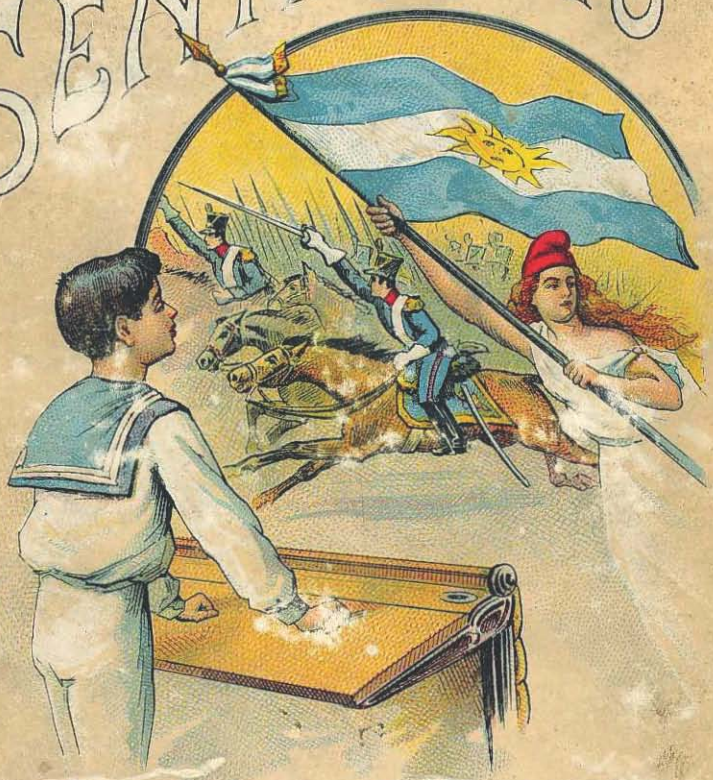
1385

LIBRO DE LECTURA

por J. M. AUBIN

SENTIMIENTO



ANGEL ESTRADA Y Cª
EDITORES
BUENOS-AIRES

LL
1920
AUB

H - 11
27

00056403

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

SENTIMIENTO

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

JOSÉ M. AUBÍN
PROFESOR NORMAL

SENTIMIENTO

LIBRO DE LECTURA

QUINTA EDICIÓN

19.385

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BUENOS AIRES
ÁNGEL ESTRADA Y C.ÍA - EDITORES
466 - CALLE BOLÍVAR - 466

137X196.

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

PAPÁ SE HA IDO...

Esta mañana, muy temprano, me despertó papá: á su lado, sosteniendo una luz, estaba Florentina, una vieja y bondadosa sirvienta, que me ha visto nacer, y que, desde la muerte de mamá, rige y gobierna nuestra casa.

—Adiós, nene—me dijo papá—afectuoso y dulce como siempre; pórtate bien, estudia mucho y no hagas rabiar á Florentina.

Me besó dos veces, y, después de

Biblioteca Nacional de Maestros

arroparme con mimo, salió de mi cuarto.

Ya fuera de él, oí que decía: — Por Dios, Florentina, cuídeme bien á Bertito.

— Vaya tranquilo, señor.

Luego sólo percibí un breve rumor de pasos, y después nada; silencio absoluto.

Á pesar de ser muy temprano, no pude volver á conciliar el sueño.

Sabía que papá había resuelto trasladarse á San Martín de las Tres Lagunas, en el territorio de la Pampa, donde pensaba ponerse al frente de un gran establecimiento de campo.

Pero, sólo en aquel momento empecé á comprender lo que de triste tienen siempre las palabras *partir* y *adiós*, y al darme cuenta de ello, sentí caer sobre mi alma algo inexplicable que me entristeció mucho y que me dió ganas de llorar.

Abandoné la cama, me vestí maquinalmente, y saliendo de mi dormitorio, recorrí toda la casa. ¡Me parecía á veces que había soñado, y que, en el comedor ó en el escritorio, encontraría á papá...

La realidad desvaneció pronto esta ilusión mía.

¡Qué grandes, qué obscuros y qué vacíos se me figuraron los aposentos!

Al penetrar en el solitario escritorio, me oprimió una gran pena: todo me hablaba allí, con

Biblioteca Nacional de Maestros

penetrante y honda voz, del amado ausente.

Enternecido por los recuerdos y amedrentado por la soledad, dejé el escritorio y me fuí al comedor.

Allí, sentada en una silla baja, y cosiendo encontré á Florentina.

—¿Extrañas á papá, *Bertito?* — me dijo, sonriente.

—Sí, mucho. ¿Volverá pronto?

—Me temo que no será tan pronto como todos deseamos.

—Yo me callé un rato, pero, luego, pregunté:

—¿Y, por qué se ha ido papá?

—Por tu bien, por ti; va á trabajar para hacerse rico, para ganar mucho dinero. Quiere que tu educación sea brillante, y que no tengas que luchar por la vida con tanta dureza como á él le ha tocado hacerlo.

Biblioteca Nacional de Maestros

¡PADRE MÍO!

¡Por mí! ¡Por mi bien deja mi padre nuestra casita, tan tranquila y alegre! Para labrarme un porvenir brillante abandona sus comodidades, sus amigos y sus hábitos; los libros que le son tan gratos y que él leía con tanto amor, junto á la estufa, en la estación húmeda y fría, y cerca de la ventana abierta, cuando el Sol era más claro y el aire dulcemente tibio; cuando los árboles se cubrían de lozanas hojitas verdes.

Al darme cuenta de este grande y callado sacrificio, comprendí, á pesar de mis pocos años,

Biblioteca Nacional de Maestros

cuán poderoso es el amor de los padres; cuán inmensa su abnegación cuando del bien y de la felicidad de sus hijos se trata.

Fuí recordando, entonces, mil detalles que revelaban claramente con cuánta ternura me amaba el mío.

Volvieron á mi memoria la amable solicitud, la inagotable paciencia con que me ayudaba á cumplir mis deberes escolares; el bondadoso empeño con que procuraba corregir mis defectitos, desvanecer mis desalientos y consolar los pequeños pesares, propios de la infancia, y que nosotros, los niños, poco acostumbrados á sufrir, exageramos enormemente, presentándolos como dolores intensos y sin nombre.

Recordé que todas las noches, antes de recogerse, venía á observar si mi sueño era tranquilo; si estaba bien arropado; si mi respiración era normal y profunda; y que, cuando convencido de mi tranquilidad me dejaba, nunca lo hacía sin haberme contemplado amorosamente durante un largo rato, y sin dejar en mi frente, su bendición envuelta en un beso.

Como á través de las nieblas de un sueño, entreví la angustia que se retrataba en sus facciones, cuando, enfermo yo de difteria, y en

Biblioteca Nacional de Maestros

peligro inminente mi vida, no se apartó un minuto de mi lado.

—Señor—le decía Florentina—se está usted matando. Vaya y descanse un rato: le enfermará la fatiga, y entonces será peor.

—No insista usted, Florentina; me sería imposible descansar: sólo aquí estoy bien.

Como si acabara de oirla, tengo muy presente la contestación que me dió cierto día.

—Papá—le dije—tú eres muy bueno; los otros papás no aman á sus hijos tanto como tú me quieres á mí.

—No, nene mío, estás equivocado. El corazón de todos los padres es igual; lo que hay es que yo tengo que amarte por dos: por mí, y por tu pobre mamá que está en el cielo.

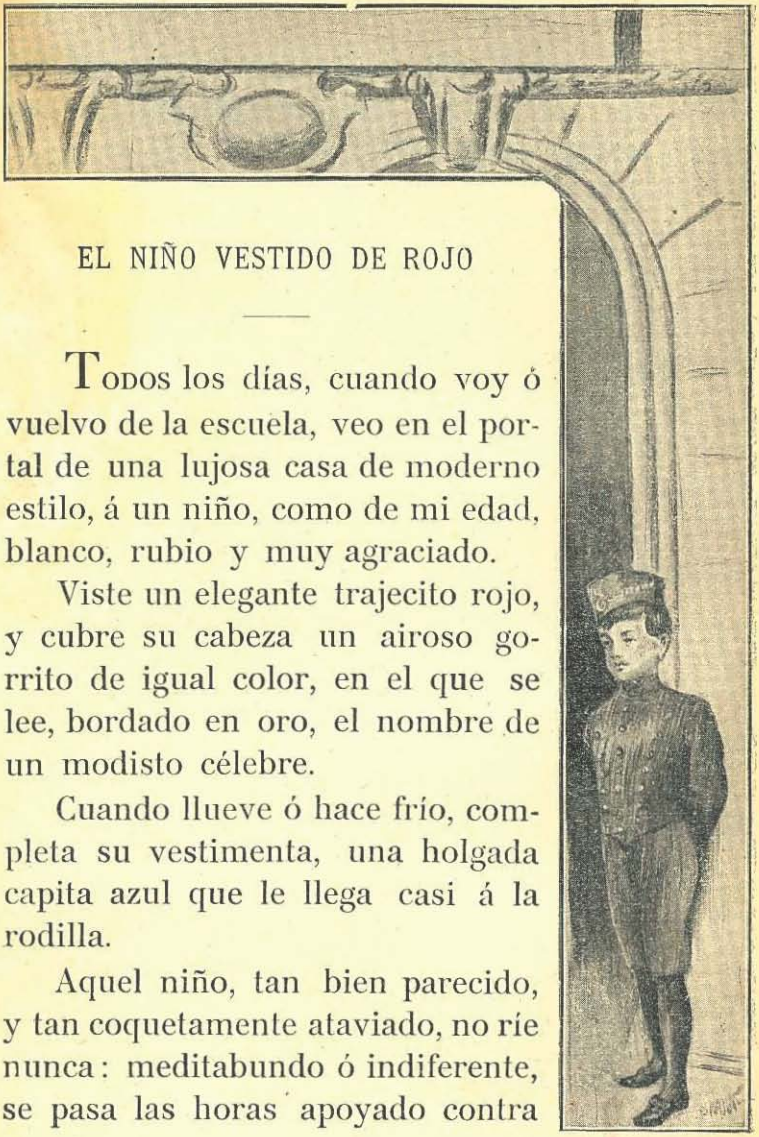
¡Dulce, bueno y santo papá mío! Tú, ahora que yo soy débil y pequeño, eres mi refugio, mi amparo y mi arrimo; yo pagaré la deuda inmensa de amor que para contigo tengo contraída, siendo gentil, amable y bondadoso como eres tú.

Y más tarde, cuando los años, las penas y las luchas hayan quebrantado tu cuerpo, blanqueado tu cabeza y apagado tus energías, yo, joven, fuerte y animoso, cuidaré tu vejez con

Biblioteca Nacional de Maestros

la misma conmovedora dedicación con que tú velas por mí en las horas doradas y serenas de la amable niñez.

Biblioteca Nacional de Maestros



EL NIÑO VESTIDO DE ROJO

Todos los días, cuando voy ó vuelvo de la escuela, veo en el portal de una lujosa casa de moderno estilo, á un niño, como de mi edad, blanco, rubio y muy agraciado.

Viste un elegante trajecito rojo, y cubre su cabeza un airoso gorrito de igual color, en el que se lee, bordado en oro, el nombre de un modisto célebre.

Cuando llueve ó hace frío, completa su vestimenta, una holgada capita azul que le llega casi á la rodilla.

Aquel niño, tan bien parecido, y tan coquetamente ataviado, no ríe nunca: meditabundo ó indiferente, se pasa las horas apoyado contra

Biblioteca Nacional de Maestros

la puerta que da ingreso al zaguán, sin hacer el menor caso de cuanto á su alrededor sucede.

Ni aun cuando un reluciente automóvil ó un lujoso carruaje se detiene frente al portal, parece salir de su atonía.

Entonces, sin apresurarse, oprime el botón de un timbre; abre la portezuela del vehículo, la vuelve á cerrar, una vez que han descendido las damas que vinieron en él, y luego, retorna á su habitual postura, y á mirar sin ver; de ese modo frío y vago, propio de aquellos cuyo pensamiento está siempre lejos, ¡muy lejos!

El niño del trajecito rojo, es simpático y de rostro muy atrayente; pero, sus facciones, inexpresivas, casi rígidas, tienen un helado aspecto de cansancio; y sus ojos, que, como los de todos los niños, debieran ser claros, alegres y serenos, reflejan la ingrata hurañez de los que han empezado á sufrir antes de tiempo.

Sólo de tarde en tarde, cuando un grupo de niños callejeros se entrega, en medio del arroyo, á los bulliciosos juegos propios de su edad, sólo entonces parece que los labios del niño del gorrito de grana van á entreabrirse para gritar, cantar y reir; que sus ojos van á iluminarse con el santo fuego de la alegría; que

Biblioteca Nacional de Maestros

sus pies, siempre clavados en el mismo sitio, van á correr, á saltar...

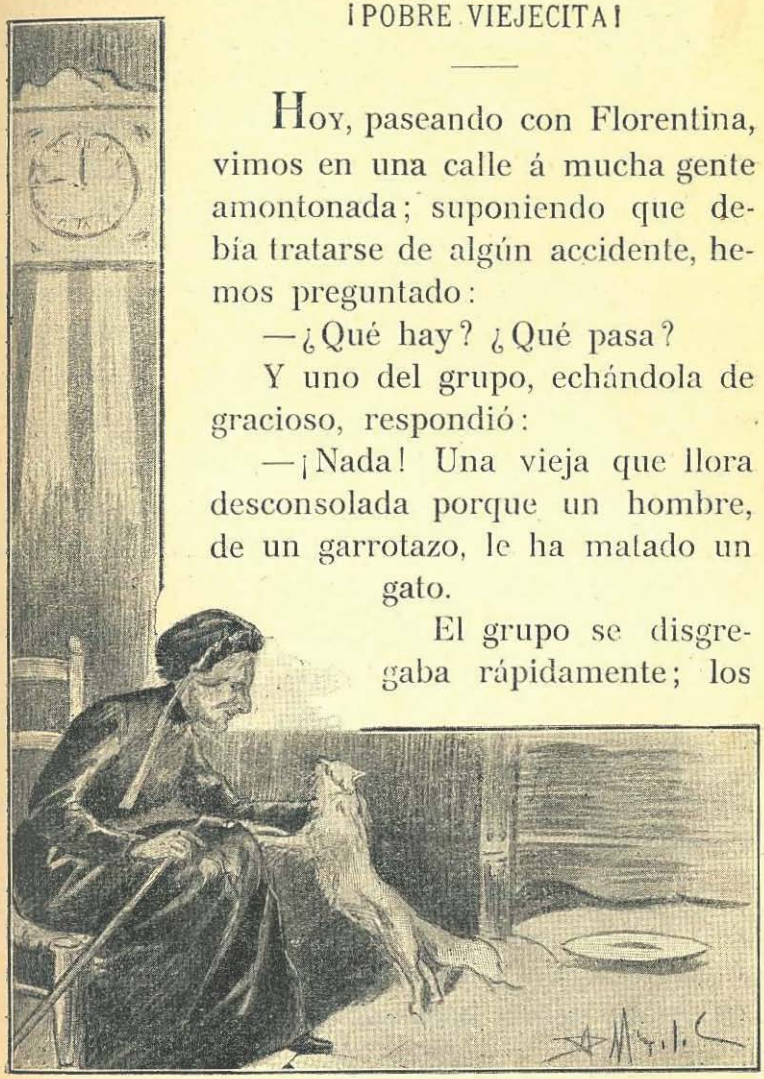
Pero esto dura unos segundos; el pie dispuesto al avance, retrocede; los labios vuelven á cerrarse, y la carita, en la que brilló un breve relámpago de vida, vuelve á petrificarse; recobra su habitual inexpresión y rigidez.

Es que los niños bullangueros del arroyo son dueños de sí mismos y de su libertad, y tienen padres que los sustentan y que les dejan jugar; él no, él, el pobre niño del vestido elegante, tiene un amo á quien servir y necesita ganar el pan.

Por eso está triste el niño del gorrito encarnado. ¡Pobre avecilla á quien cortaron las alas! ¡Pobre ser, uncido muy temprano al duro yugo del trabajo, del rígido deber y de la amarga pena!

Biblioteca Nacional de Maestros

¡POBRE VIEJECITA!



Hoy, paseando con Florentina, vimos en una calle á mucha gente amontonada; suponiendo que debía tratarse de algún accidente, hemos preguntado:

—¿Qué hay? ¿Qué pasa?

Y uno del grupo, echándola de gracioso, respondió:

—¡Nada! Una vieja que llora desconsolada porque un hombre, de un garrotazo, le ha matado un gato.

El grupo se disgregaba rápidamente; los

Biblioteca Nacional de Maestros

más, después de enterados seguían su camino; sólo unos pocos, más curiosos ó más compasivos, permanecían cerca de la viejecita.

¡Pobre señora! ¡Realmente inspiraba lástima!

¡Tiene muchos años! Sus cabellos, ya escasos y enteramente blancos, encuadraban un rostro pálido, surcado de profundas arrugas; y sus ojos, de una mansedumbre enternecedora, miraban, expresando una pena profunda, un hondo dolor.

Florentina, después de mirarla un breve rato, trató de consolarla; pero, en vano.

—¡Ay, señora! —gemía ella. —Estoy completamente sola en el mundo.

Hace un año perdí á mi gloria, á la nietecilla que crió á este gatito que está usted viendo.

Cuando la niña nos dejó, el pobre animal quedó conmigo, sin separarse nunca de mi lado. ¡Parecía que, conociendo mi dolor, intentaba consolarlo!

Yo, comprendiéndole, le hablaba á todas horas de la ausente, tal como hubiera hablado á una persona, y él me miraba con profunda atención, como haciéndose cargo de mis razones.

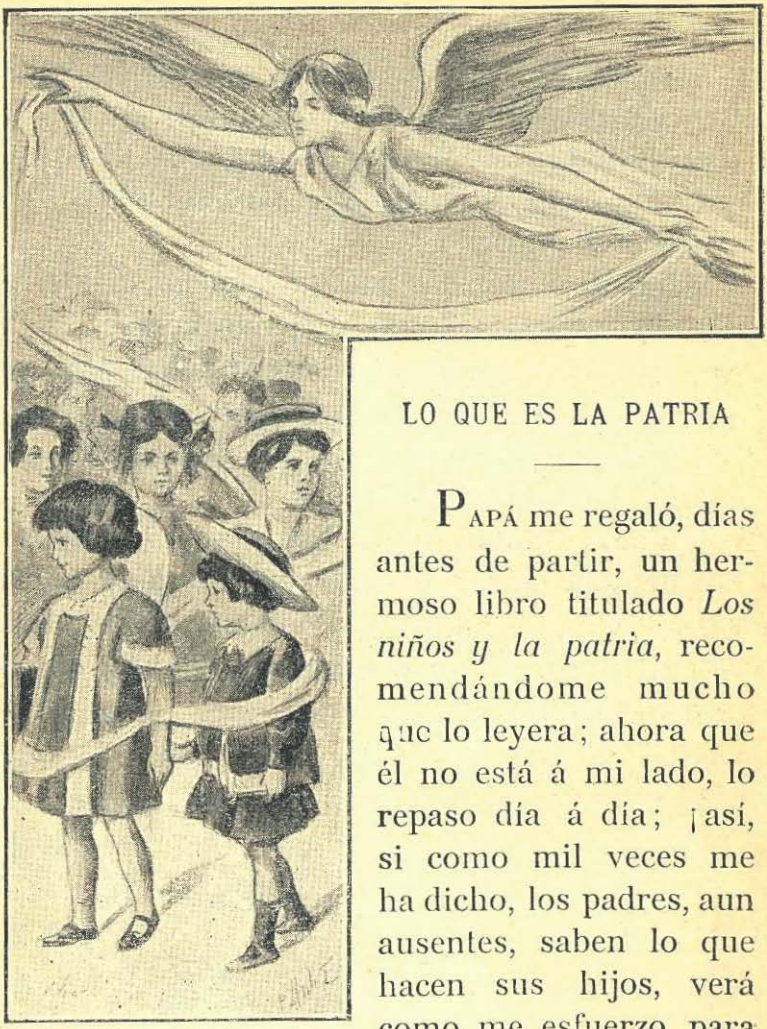
Biblioteca Nacional de Maestros

Le contaba la historia de la que se había ido, sin omitir episodio ni detalle: cuando empezó á sonreir, como por primera vez dijo ¡mamá!... y el gato, atento y grave, escuchaba, escuchaba siempre.

Cuando, vencida por la emoción ó los recuerdos enmudecía yo, dejando correr las lágrimas, entonces, el gatito, acercándose con suavidad, apoyaba las patitas sobre mis rodillas, acariciando dulcemente con su fina cabeza, mis yertas y temblorosas manos.

¡Todo... todo acabó! Estoy sola, completamente sola en la vida. Porque ahora, á quien, ¡Dios mío!, ¿á quién podré hablar de la estrella de mi amor, de mi adorada muerta, de mi pobre nietecilla?

Biblioteca Nacional de Maestros



LO QUE ES LA PATRIA

PAPÁ me regaló, días antes de partir, un hermoso libro titulado *Los niños y la patria*, recomendándome mucho que lo leyera; ahora que él no está á mi lado, lo repaso día á día; ¡así, si como mil veces me ha dicho, los padres, aun ausentes, saben lo que hacen sus hijos, verá como me esfuerzo para obedecerle y serle grato.

Hay dos capítulos que especialmente me agradan: uno dice así:

Biblioteca Nacional de Maestros

Si alguna vez, vuestros padres os dejan, por unos días, en una casa ajena, ¿no es verdad que, aun cuando os traten con mimo y agasajo, deseáis volver á vuestro hogar?

¿No es cierto que anheláis ocupar de nuevo el lugar que tenéis señalado en la mesa paterna y dormir otra vez en la habitación donde quizá nacísteis?

Es indudable que pensáis así: ¿y por qué?

¡Ah! Porque en vuestra casa todo os es conocido.

Porque en ella, las paredes, los muebles, los juguetes son para vosotros viejos amigos que os aman y os entienden; porque en vuestra casa encontráis algo imposible de hallar en la ajena: la familia.

Vuestra madre, la santa y bendita madre que os ha enseñado á hablar y á orar; que ha guiado vuestros primeros pasos; que ha velado vuestro sueño y que os ha disputado á la muerte, siempre que una de esas crueles y traidoras enfermedades que persiguen á los niños ha puesto en peligro vuestra existencia.

Vuestro padre, que lucha sin cesar para proporcionaros un porvenir más risueño que el suyo; que cuando desea algo, no lo ambiciona para

Biblioteca Nacional de Maestros

sí, sino para sus hijos, y que no tiene otro anhelo ni más orgullo que veros alegres, virtuosos y felices.

Vuestros hermanos, que son sangre de vuestra sangre, y que parten con vosotros goces y alegrías.

Todos, todos os aman en vuestro hogar y por eso no queréis abandonarlo, porque nada nos hace tan dichosos como sentirnos amados y porque siempre recordamos con ternura y alegría los sitios en que lució para nosotros, un rayo de felicidad.

Pues bien, la patria es como un inmenso hogar, una casa vastísima, donde todos los que han nacido en ella son VUESTROS HERMANOS; se llaman argentinos como vosotros y piensan y sienten como vosotros sentís y pensáis.

Si vamos á otras tierras, sus glorias no nos interesan; su historia no conmueve nuestras almas; sus hechos no nos apasionan, ni sus héroes nos entusiasman.

En cambio, en nuestro país, todo nos es caro: si los contratiempos y las desgracias lo afligen, las sentimos porque son NUESTRAS; y si la gloria lo envuelve en sus rayos de oro, nos

Biblioteca Nacional de Maestros

enajenamos con el triunfo, porque también nos PERTENECE.

En tierra extranjera nos sentimos solos, privados de ese algo que calienta los corazones y enardece las almas; en la nuestra todo nos resulta familiar y conocido: ¡hasta las piedras nos son amigas!

Biblioteca Nacional de Maestros

¡NUESTRA ALMA SERÁ UN ALTAR!

¡Y, sin embargo, hubo un tiempo en que no teníamos patria!

Nuestra tierra pertenecía á otros hombres que no habían nacido en ella, y fueron necesarios largos años de inquebrantable constancia, de cruentas luchas y de sacrificios inmensos para hacerla libre é independiente, dueña y señora de sus destinos.

Asombra, llena de orgullo y enternece, la narración de los heroicos esfuerzos realizados por nuestros mayores para librar á nuestro país de la dominación extranjera.

Carecían de todo; de armas, de ejércitos, de buques y de generales, y todo se improvisó y

Biblioteca Nacional de Maestros

creó, al impulso del unánime y ardoroso patriotismo.

Para servir á la patria, para arbitrar recursos, dieron los ricos su fortuna y hacienda, los pobres cuanto poseían representando un valor, y ¡todos!—poderosos y necesitados—la vida.

Millares y millares de hombres generosos siguieron la bandera de la patria, combatiendo á su sombra sin tregua ni descanso, un día y otro día, para morir lejos de los suyos y de su hogar, sin dejar rastro de su nombre ni en las páginas de la historia, ni en la piedra de un sepulcro.

¡Almas sublimes! ¡Corazones entusiastas! ¡Vidas radiantes que no tuvieron más que una aspiración y un amor:—la patria;—sea vuestra fe, para todos los argentinos, más que guía, destino y religión.

Á medida que se acrecienten el poderío y grandeza de nuestra nacionalidad gloriosa, será mayor y más profundo el homenaje que tributaremos á sus gigantes creadores: á Moreno, que al morir en el mar le dedicaba sus últimos pensamientos; á Rodríguez Peña, á San Martín y á Rivadavia, que cerraron los ojos lejos de ella; á Belgrano, el noble creador de su bandera; al

Biblioteca Nacional de Maestros

austero Arenales, cuyos huesos no se sabe dónde reposan; y á la innumerable legión de sacerdotes, sabios legisladores y guerreros que la ilustraron con su saber, su valor y sus virtudes.

Nuestras almas serán altares consagrados á su culto, y nuestros corazones, urnas sagradas llenas de su santo recuerdo; así de los que consiguieron escribir su nombre en nuestros anales, con letras de llameante fulgor, como de aquellos otros, más pobres y humildes, pero no menos excelsos y grandes, que nadie sabe quiénes fueron ni cómo se llamaron; pero, cuya sangre gloriosa regó, nutriéndolo, el galano y frondoso árbol de nuestra libertad.

Biblioteca Nacional de Maestros

REGRESO DE PAPÁ

Hace días escribió papá, diciendo que venía por nosotros. San Martín de las Tres Lagunas le encanta; dice que allí el hombre activo é inteligente tiene francas las puertas del porvenir y de la fortuna.

Ayer, por fin, llegó. Una hora antes del arribo del tren, estábamos, Florentina y yo, paseando nerviosamente por el andén.

Biblioteca Nacional de Maestros

Yo no quitaba ojo de la esfera del reloj, y como el tiempo no corría tan veloz como mi impaciencia, llegué á sospechar, muy de veras, que quizá no anduviera la máquina corrientemente.

—Florentina—me atreví á insinuar,—yo creo que atrasa este reloj. ¿No le parece?

—No, Bertito, no, está bien; no es hora todavía, hay que esperar.

—¡Esperar! Si pudiera ¡qué empujón le daba al tiempo!...

—Á éste no es necesario que lo empujen, —replicó jovialmente Florentina;—¡demasiado se empuja él solo!

Viendo que Florentina no participaba de mis impaciencias, me callé, pero no pude estarme quieto.

Bien se conoce—decía yo, para mí—que estos caballeros de la estación no esperan á nadie, y que los maquinistas no tienen mucho empeño en llegar... porque, ¡cosa particular! siempre oigo decir que los trenes llegan con retardo: jamás se habla de que adelanten.

De repente, me ocurrió una idea que me pareció magnífica; sin preocuparme de Florentina, muy entretenida en la contemplación de unos

Biblioteca Nacional de Maestros

avisos, me dirigí á un empleado de gorra galoneada, que estaba dando instrucciones á unos peones, al otro lado del andén, y le pregunté, muy resuelto:

—Señor: ¿No podría usted decirme si viene con retraso el tren que conduce á mi papá, porque hace mucho tiempo que espero...?

—¿De dónde viene su papá?

—De San Martín de las Tres Lagunas.

—No, no llega con retraso; dentro de diez minutos estará aquí.

—¡Diez minutos, todavía!

Y mohino y cariacontecido fuí de nuevo á reunirme con Florentina.

Al fin, llegó el instante deseado; primero sonó un timbre, luego un silbido ronco, estridente y prolongado, y, un momento después, apareció el tren.

Todos los que, como nosotros, esperaban, casi á un mismo tiempo, y como obedeciendo á idéntico impulso, dejaron sus asientos ó interrumpieron su ir y venir cachazudo, para precipitarse al borde de los andenes.

Cuando la locomotora detuvo su marcha, se produjo una enorme confusión; los que esperaban, que eran muchos, iban de un vagón á

Biblioteca Nacional de Maestros

otro, buscando con mirada escudriñadora á los deudos esperados, mientras que éstos, asomados á las ventanillas, buscaban entre el gentío á los suyos, á los que sabían que irían á recibirles.

Yo, perdido en medio de aquella batahola estuve á punto de ser atropellado por una carretilla cargada de cestas y maletas empujada por un peón, que sólo se preocupaba de gritar: ¡guarda! cuando ya no era tiempo.

—¡Mírale, mírale, Bertito, ahí viene!

Y antes de que pudiera yo contestar á Florentina, me sentí levantado en alto y besado con amor inmenso.

En aquel momento comprendí, de un modo claro, cuán desgraciados deben ser los pobres huérfanos, los que no tienen en la tierra quien les bese y les abrace, como me abrazó y besó mi padre á mí.

Biblioteca Nacional de Maestros

UN NUEVO HOGAR

Mucho sentí dejar nuestra linda casita de la ciudad, porque cuando nos alejamos de los lugares donde hemos vivido largo tiempo, parece que nos dejamos en ellos algo muy nuestro y muy íntimo.

¡Pero, mi nueva morada es tan bella, tan apacible y alegre, que me está pareciendo que, mientras la habite, no ha de tener para mí, la vida, sino horas felices y tranquilas!

Mi cuartito es una preciosidad, lleno de luz y de sol, tiene vistas al campo, á la huerta y al mar; una frondosa madreselva tiende sus ramas á modo de cortina, sobre las ventanas, y un copudo naranjo lo embalsama con la suave fragancia de sus blancas flores.

Biblioteca Nacional de Maestros

Gozo, desde la ventana, de un placer puramente campestre y del que, rara vez pueden disfrutar los habitantes de la ciudad: ¡veo nacer y ponerse el sol!

Por la tarde, cuando el astro del día se acerca á su ocaso, parece que el pensamiento se adormece y que nuestro corazón se encoge medroso y turbado.

Cuando el sol va hundiéndose, con la misma calma y prolongado detenimiento con que los buenos amigos alargan sus despedidas, los ojos lo contemplan ansiosos, como si tuvieran el presentimiento de que no han de verlo más; y, cuando ya oculto del todo, las cosas se ensombran, no podemos contener un suspiro; pensamos en todos los ausentes, en los que se han ido para no volver!...

Es la hora melancólica de los vagos ensueños; la hora tierna de los recuerdos, de la oración...

En cambio, cuando amanece, cuando la luz, al principio blanca y pálida, se hace más viva y rojiza; cuando un vivo resplandor lo inunda todo, poniendo pinceladas rojas, amarillas, azules y de todos los tonos y colores sobre la

Biblioteca Nacional de Maestros

creación entera, entonces sentimos ganas de reir, de cantar, de movernos.

¿Y el sol? Su cara no tiene el aspecto de solemne recogimiento que muestra al esconderse; parece, por el contrario, la de un muchachote alegre y bonachón, de sanos y mofletudos cachetes, que al mostrar la faz, guiña maliciosamente un ojo, como diciendo:

—¿Qué tal? ¿No me esperaban ustedes? Pues aquí estoy y estaré todos los días; yo soy buen camarada y no podría estar un solo día sin visitar á mis amigos.

Y, cuando ya en alto, baña con su luz todas las cosas, como si fuera una bendición de Dios, el mundo entona en su honor la plegaria de los hechos, el himno santo y grandioso del trabajo, de la acción y de las buenas obras.

Biblioteca Nacional de Maestros

LA LIMOSNA

Pobre, astroso, desvalido,
con acento dolorido,
de mis pasos yendo en pos,
pidióme un débil anciano
tendiendo la sucia mano,
¡una limosna por Dios!

Al oir su voz plañidera
sentí compasión sincera
y lo quise remediar;
mas no llevaba conmigo
nada que dar al mendigo
para su hambre mitigar.

Biblioteca Nacional de Maestros

—Perdón, no llevo dinero—
dije al pobre pordiosero;—
perdón, amigo, perdón.—
Y, tendiéndole la mano,
estreché la del anciano
con ternura y emoción.

—Gracias,—clamó el indigente
suspirando dulcemente;—
gracias por vuestra bondad.
Darle la mano á un mendigo
y tratarle cual amigo
es limosna y caridad.

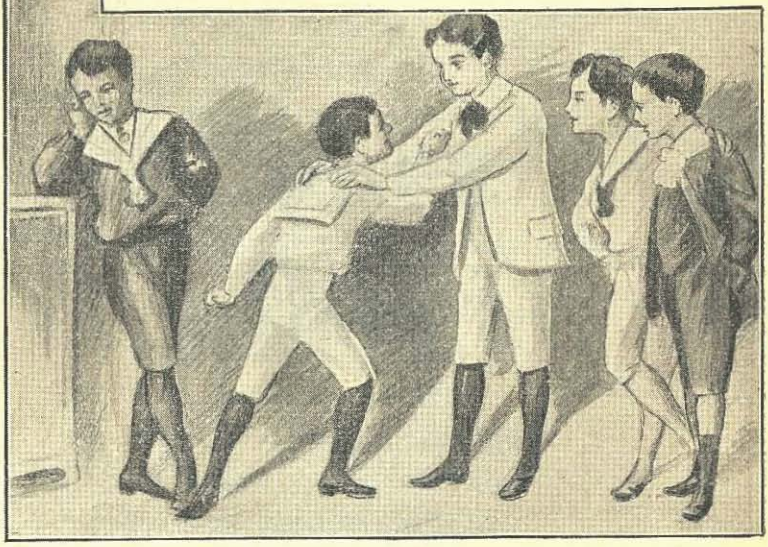
IVAN TOURGUENEFF.

Biblioteca Nacional de Maestros

EN LA ESCUELA

Desde hace ocho días asisto á la escuela nacional del pueblo, en la que paso horas muy agradables; pues todo contribuye en ella á hacerla simpática y atrayente.

Don José, el director, es sumamente afable y tolerante; se ríe con nosotros, satisface nuestra curiosidad, se muestra contento á nuestro lado, y en su



Biblioteca Nacional de Maestros

rostro, franco y bondadoso, se trasluce á todas horas, el entrañable afecto que nos profesa.

Los maestros imitan á su jefe, y son, para nosotros, benévolos consejeros y cariñosos amigos; en mi escuela es desconocido el llanto, no se ve nunca una mala cara, ni sabemos lo que quieren decir las palabras temor y aburrimiento.

Yo, soy ya amigo de todo el mundo; pero, entre mis muchos compañeros, hay cuatro, por los que siento especial estima y particular inclinación.

El mayor de todos es Eugeniano, fortacho, amigo de escudriñarlo todo, y discutidor sempiterno, que tiene la manía de llevar siempre la contraria; pero que haría olvidar este defecto, y cien más que tuviera, con su excelente corazón y su envidiable buen humor.

El menor, Bartolito, es delgaducho, trigueño y de ojos inteligentes y expresivos; tiene la movilidad de una ardilla y una energía de carácter sorprendente.

Tan discutidor como Eugeniano, es más insistente que aquél; de manera que, en sus cuestiones, es siempre él quien pronuncia la última palabra,

Hay veces en que parece que la discusión va

Biblioteca Nacional de Maestros

á degenerar en pendencia; pero, en semejantes casos, resuelve la cuestión la bondad de Eugeniano, quien, al contemplar la actitud belicosa del *pibe*, como cariñosamente llama á Bartolito, echa la cosa á broma, terminando entre chanzas y carcajadas, lo que amenazaba degenerar en riña enojosa é ingrata.

Rafael, mi más íntimo, es el conciliador de la partida; condescendiente, moderado, alegre y comedido, encuentra siempre medio de poner de acuerdo á los que no lo están ó no se entienden: el señor director le llama el diplomático: el calificativo le viene que ni pintado.

Y si Rafael es el conciliador de nuestra pequeña agrupación, Felipe, el pampita, es el servicial, dispuesto siempre á hacerse grato y á ser útil á todos; á contribuir á la alegría y comodidad de los demás, sin pedir nunca nada para sí.

Es ahijado del médico del pueblo, que quiere hacer de él un hombre de provecho, y es preciso convenir en que el chiquillo es digno de cuanto por él se haga.

Franco, callado, obsequioso y muy obediente, se conquista el afecto de todos los que le conocen.

Sólo, de cuando en cuando, tiene ratos de

Biblioteca Nacional de Maestros

tristeza y de melancolía; entonces, únicamente para contestar á sus maestros abandona su mutismo.

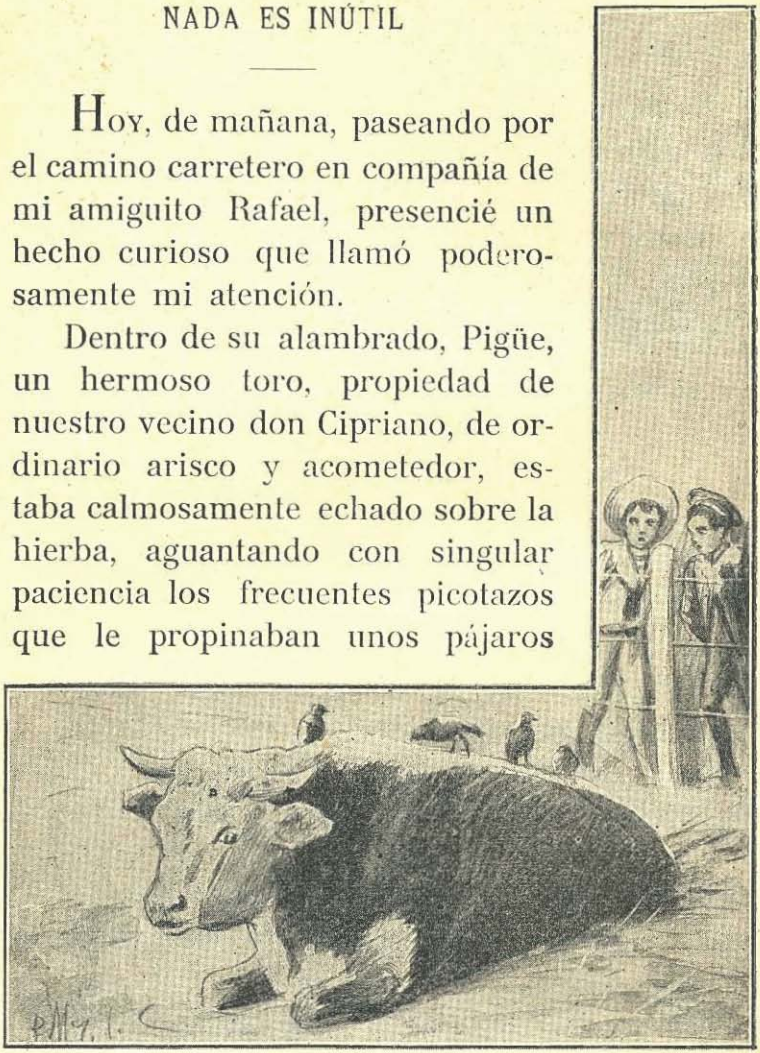
Nosotros, cuando le vemos así, no intentamos distraerle, porque sabemos que es inútil; respetamos su silencio, y cuando la racha pasa, le prodigamos mil atenciones y muestras de amistad, que él recompensa con una mirada y una sonrisa llenas de sentimiento y de cariño.

Biblioteca Nacional de Maestros

NADA ES INÚTIL

Hoy, de mañana, paseando por el camino carretero en compañía de mi amiguito Rafael, presencié un hecho curioso que llamó poderosamente mi atención.

Dentro de su alambrado, Pigüe, un hermoso toro, propiedad de nuestro vecino don Cipriano, de ordinario arisco y acometedor, estaba calmosamente echado sobre la hierba, aguantando con singular paciencia los frecuentes picotazos que le propinaban unos pájaros



Biblioteca Nacional de Maestros

chicos y obscuros que, con gran desfachatez, iban y venían sobre el ancho lomo del animal, como Pedro por su casa.

—Ahora verán lo que les pasa—exclamó Rafaelito, como si hablase á los pájaros;—á lo mejor se enoja el toro, y de un coletazo les hace á ustedes polvo, ¡so atrevidos!

Y, en espera del, para nosotros próximo y seguro rasgo de energía del cornúpeto, suspendimos, mi amigo y yo, la caminata.

Pero, esperamos en vano; el corpulento animal dejaba hacer á los descarados pajarillos sin dar la menor muestra de enfado ó de enojo; muy al contrario; en sus grandes y húmedos ojazos parecía brillar una íntima y profunda satisfacción.

—¡Pues, hombre!—dije yo, admirado de la imperturbabilidad con que el brioso toro se dejaba manosear por cuatro animalillos de mala muerte—bien dicen que hay gustos para todo.

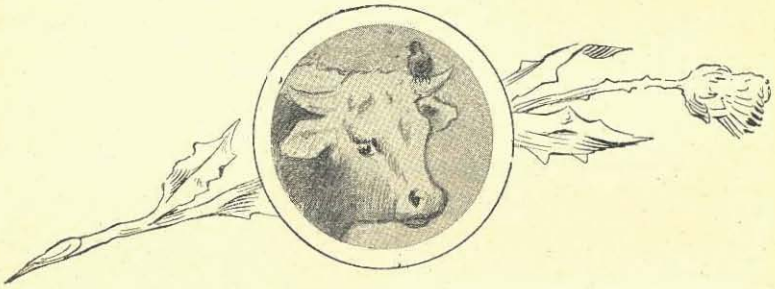
Mira tú que empezar por mirar con aires de valentón á todo el mundo, para terminar aguantando las bromas que ahora soporta ese guapo...

—Vámonos—respondió mi amigo entre bur-

Biblioteca Nacional de Maestros

lón y desdeñoso—así acaban los valentones, ¡es un zonzo!

Y, sin ocuparnos más de la ya, para nosotros inexplicable pachorra del cuadrúpedo, proseguimos el camino, en dirección á nuestras casas.



Una vez en la mía, y mientras almorzábamos, conté lo sucedido á papá, quien me contestó sonriendo:

—Y muy cuerdamente que ha procedido Pigüe, hijo mío; dime: si el dolor te martirizara, si hubieras apelado á todos los medios para vencerle, sin conseguirlo, ¿maltratarías al que te librara de él?

—Claro que no, ¡no faltaría más!

—Pues eso es lo que ha hecho el toro, cuyo modo cachaciento tanto te asombra; ha

Biblioteca Nacional de Maestros

respetado, agradecido, á unos seres vulgares é inofensivos, que le estaban librando de un atroz sufrimiento.

—¡Qué me dices, papá!

—Lo cierto; escucha. Hay varios animalillos, entre ellos, la garrapata, que atraviesan con su trompa el cuero de los toros, chupándoles la sangre y ocasionándoles agudos y persistentes dolores.

El toro, que puede, con su violento empuje, derribar y vencer á grandes y corpulentos animales, es impotente contra sus minúsculos atormentadores, pues, aunque se restriegue contra el suelo ó contra las rocas, no puede desprenderse de ellos.

Enfurecido y aniquilado por el dolor, perecería al fin, sin el auxilio de los pájaros que tú has visto, los que introduciendo su ancho y fuerte pico entre el pelo del toro, buscan las garrapatas, las desarraigan y las comen.

Estas avecillas, que tan atrevidas é irrespetuosas os parecieron á ti y á tu amigo Rafael, son una verdadera providencia para los toros, los caballos y otros animales, útiles auxiliares del hombre.

Son mansas é inofensivas: destruirlas á pe-

Biblioteca Nacional de Maestros

dradas, como hacen algunos chicos de mal corazón, es hacer daño de puro gusto, pues de nada sirven, una vez muertas.

Lo qne presenciaste hoy, hijo mío, debe servirte de enseñanza y útil lección.

No hay que despreciar nada ni á nadie, por débil, mezquino ó insignificante que sea ó parezca ser: pues, en el gran conjunto de seres y cosas que forman la Creación, no hay uno solo que sea inútil; y se dan casos, como el que tú has presenciado, en que los más diminutos prestan impagables servicios á los más fuertes, poderosos y grandes.

Biblioteca Nacional de Maestros

RESPETO Á LA VIDA

—¿Entonces, papá, no debe sacrificarse á ningún animal?

—Sin absoluta necesidad, no.

—Pues, te aseguro que pocas personas piensan así: son por millares los que los destruyen sin miramientos ni conmiseración.

—Sí, los malos y los cobardes

—¿Y los valientes?...

Biblioteca Nacional de Maestros

—Esos no, muy al contrario; sucede siempre que los fuertes y animosos, son, precisamente los que más respetan las vidas ajenas, por insignificantes y humildes que sean.

Te voy á contar un episodio de la guerra civil norteamericana, que prueba la verdad de lo que acabo de decirte:

Una columna del ejército del general Ulises Grant, dirigíase á ocupar una posición, cuando el general que la regía, que marchaba á vanguardia, dió la voz de: *¡Alto!*

Á los pies de su caballo había visto el nido de unos pájaros; á continuar la marcha de la columna, los caballos hubieran pisoteado el nido y los pequeñuelos que lo habitaban.

El general los miró complacido unos segundos, y dió luego la voz de: *Variación á la izquierda.*

Hombres, caballos, carros y cañones se desviaron á un lado y dejaron indemne el hogar de los tiernos animalillos.

Aquel noble general y aquellos bizarros soldados habían salido al campo para defender una causa santa; ideales puros y humanitarios, no para destruir nidos de pájaros.

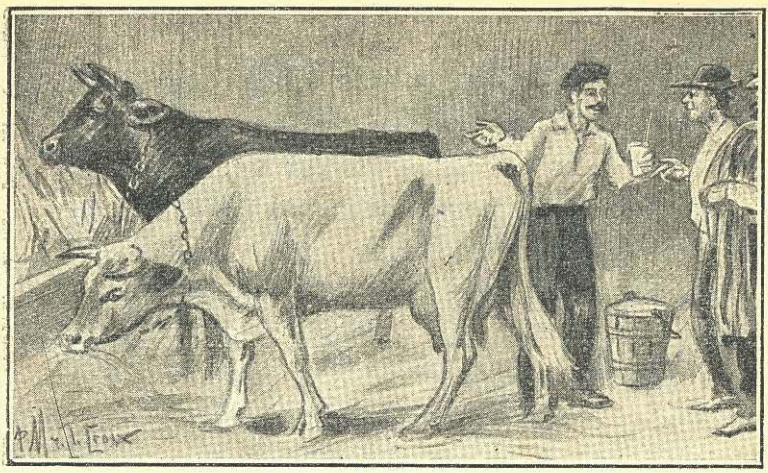
Una hora después empezó la batalla, y cien-

Biblioteca Nacional de Maestros

tos de aquellos hombres que detuvieron su marcha y variaron de camino, para salvar la vida de unas avecillas, daban valerosamente la suya, luchando por la libertad de los esclavos.

Ya ves, hijo mío, como tenía razón al afirmarte, que sólo los cobardes atentan á la vida ajena, y que son los valientes los que más noblemente la respetan.

Biblioteca Nacional de Maestros



ENTRE AMIGOS

I

LAS VACAS DE MARTINCHU

Martinchu y Bautista, son dos buenos amigos que, á pesar de quererse entrañablemente, se pasan la vida discutiendo y regañando.

Á Martinchu, le robaron, no hace mucho, la Roja y la Pastora, dos vacas espléndidas que eran su gloria y orgullo.

¡Venga acá la justicia — vociferó, al advertir el robo. — ¿Es posible que la gente de mal vivir, pueda saquear impunemente y á las barbas de la autoridad, á los hombres de bien, que viven

Biblioteca Nacional de Maestros

como Dios manda, trabajando y sin perjudicar á nadie?

Á sus voces y lamentaciones acudieron los vecinos, y, entre ellos, Bautista, quien, á medio enterar, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, soltó á su desesperado compañero, la siguiente rociada:

—¿Conque, te quitaron las vacas? ¿no?... Si tenía que suceder. Y, como si lo viera; ha de haber sido por tu culpa. ¡Eres tan bodoque!

—¡Que yo tengo la culpa, dices? ¡Vaya, tú estás loco ó mareado! Y, mira; si no tienes otro consuelo que darme, puedes volverte por donde viniste, porque aquí no haces falta.

Otro, á quien hubieran dado semejantes despachaderas, se hubiera ido corrido y enfadado; pero Bautista, que, en las continuas contiendas que á diario sostenía con su amigo, estaba muy acostumbrado á darlas y á recibirlas, se quedó tan fresco, sin darles mayor importancia.

—Pero, tú, Bautista, ¿no puedes sospechar quién sea el ladrón?

—¡Esa es otra! ¿Te cabe á ti en la mollera, que, á saber yo quien me ha robado, estaría aquí lamentándome?

Biblioteca Nacional de Maestros

—Bueno, no te sulfures, y vamos por partes, á ver si desenredamos esa madeja. ¿Te visitó alguien ayer? ¿Recuerdas con quién hablaste?

—Pues, con dos forasteros que entraron en el tambo, á tomar, cada uno, un vaso de leche.

—¿No ves? ¿Quién te mandó hablar?

—¡Hombre! ¿Y para qué tengo yo lengua y boca, si no es para hablar á quien me pregunte ó á quien se me dé la gana?

—¿Y de qué hablásteis?

—Pues, de mis vacas. Elogiáronmelas como se merecían, y yo, complacido, les llevé al establo para que las admiraran de cerca, lo que, por cierto, hicieron con gran detención.

—¡Ya, ya! ¿Y... no hubo más?

—Nada: al salir me dijeron que, seguramente, yo, poseedor de tales alhajas, tendría buenos perros para guardarlas.

—Y tú, les contestarías...

—¡Pues, la verdad! Que ni tenía perros ni me hacían falta; porque aquí todos somos gentes de bien, sin que haya un ladrón ni para muestra.

—¿No lo dije yo?—¡Pedazo de babilonio! Pues fueron los tales sujetos los que te robaron, y fuiste tú mismo quien les dió las noti-

Biblioteca Nacional de Maestros

cias necesarias para que te saquearan impunemente.

¿Y no quieres que te llamen tonto? ¡Mastuerzo, asno, babieca!

—Oye: el majadero y el asno serás tú. ¿Y sabes lo que digo? Que no gastes tantas ínfulas, porque también te llegará la vez de hacer una borricada. Y, por si acaso, ten cuidado; no vaya á resultar ella tan grande y enorme que deje tamañitas á todas las mías.

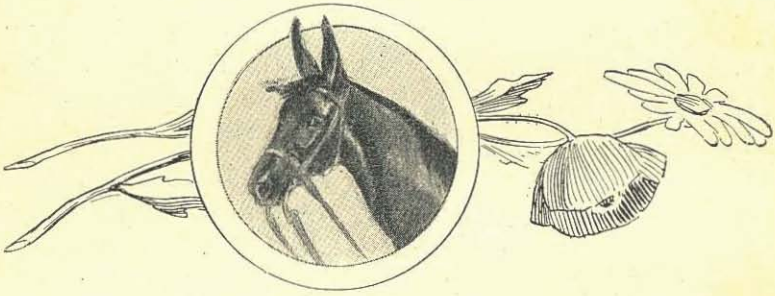
Y dicho esto, dió á todos la espalda y metióse en su casa, mientras Bautista, muerto de risa, iba camino de la suya.

Biblioteca Nacional de Maestros

II

LA MULA DE BAUTISTA

Días después del percance ocurrido á Martinchu, tuvo Bautista necesidad de hacer un corto viaje; y, como tuviese el caballo enfermo, lo hizo montando una hermosa mula, de la cual se sentía muy ufano.



Á la mitad de su camino, detúvose en un almacén, para tomar descanso, y allí, mientras refrescaba, trabó conversación con un desconocido que, con grandes extremos, hizo el elogio de la hermosa cabalgadura del chacarero.

—Amigo,—le decía;—puede usted vanagloriarse de poseer el animal más espléndido de la provincia.

Biblioteca Nacional de Maestros

—Gracias;—exclamó Bautista, muy hueco.

—Precisamente ando ahora ocupado en reunir un lote de mulas flor, para enviar al extranjero.

—¿Y ha reunido usted muchas?

—¡Pché! Unas veinte. Buenos ejemplares, es verdad, pero que no llegan ni con mucho á parecerse á la suya: por una bestia así, daba yo cuanto me pidieran. Pero, usted no se desprenderá de la suya, ¿no?

—Eso, según y conforme—dijo Bautista—tocado de súbita codicia.

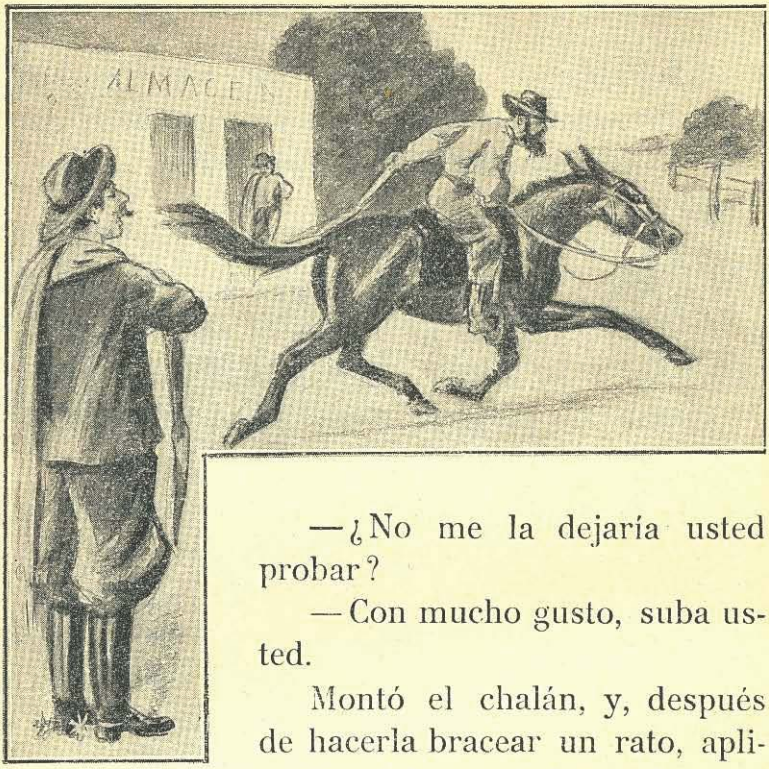
—Pues, ese según y conforme, sería pagarle á usted, en buena moneda, lo que usted juzgue que la mula vale y sin rebajar un centavo; porque no soy yo hombre de regatear, tratándose de un animal que, mejor, no lo tiene un arzobispo.

—Eso es hablar como un hombre,—exclamó Bautista.

—Me parece que nos hemos juntado para hacer negocio: falta ver, sin embargo, si el paso corresponde á la estampa.

—¡Oh!, en cuanto á esto, apostaría doble contra sencillo, á que camina una legua con un vaso de agua sobre la silla, sin derramar gota.

Biblioteca Nacional de Maestros



—¿No me la dejaría usted probar?

—Con mucho gusto, suba usted.

Montó el chalán, y, después de hacerla bracear un rato, aplicó los talones á la mula, que salió rápida como una flecha.

—¡Eh, eh, amigo! ¿Dónde va usted? Dese vuelta, que eso no es lo pactado.

Pero en vano: el burlador se alejaba cada vez más, mientras que Bautista, comprendiendo que había sido arteramente robado, vociferaba colérico.

Biblioteca Nacional de Maestros

Por fin, triste y abatido, renegando de la incauta simplicidad, que tan cara le costaba, emprendió el camino de su casa.

Á poco más de una legua del almacén, muy arrimadas á un árbol, encontró Bautista, riendas, cabezadas, silla, alforjas y albarda.

Era claro que el sutil ladrón se había querido desprender de aquellas prendas, para él harto comprometedoras.

Cargado con ellas, mohino y avergonzado, entró Bautista en Tres Lagunas, donde su aventura fué objeto de general chacota; sólo Martinchu le compadeció sinceramente.

—¿No ves, Bautista,—decíale, sin el más leve acento de reproche,—no ves como al mejor cazador se le va la liebre? ¡Y pensar que tú, por no hacerte cargo, me has llamado en mil ocasiones, gaznápiro y burro!...

—Cállate, por Dios, buen Martinchu; cállate, que bien me pesa; porque aquí no hay más jumento que yo, y bien me lo ha demostrado

Biblioteca Nacional de Maestros

Dios, cargándome, con toda justicia, la silla, las alforjas... y lo más merecido: la albarda.

Así habló Bautista, y es fama que, desde aquel momento, se hizo humilde; tanto, que jamás motejó ni se burló de nadie.

Biblioteca Nacional de Maestros

CORRIENDO POR LOS PRADOS

Acompañados del señor director, realizamos ayer, los alumnos de los grados superiores, una excursión por el campo.

Caminábamos en grupos, conversando unos, curioseando otros, y dando todos prueba manifiesta de sentirnos muy contentos y á nuestras anchas.

Biblioteca Nacional de Maestros

Rafael y yo, aprovechamos la ocasión para reunir elementos con qué confeccionar un herbario que deseamos presentar á nuestro maestro, antes de finalizar el curso.

Muy entretenidos estábamos en la búsqueda, cuando mi compañero levantó del suelo una trenza amarillenta, que tenía adherido á uno de sus extremos, un aparato de metal.

—Oye, tú, —me dijo; —¿qué será eso?

—¡Hombre! —contesté; —¿de veras que no lo sabes?

—Yo, no.

—Pues, es un yesquero.

—Y, ¿qué hago con él? ¿Lo tiro?

—Como quieras... pero, es mejor que lo guardes: puede aparecer el dueño, y, si no aparece, puede ser útil alguna vez.

—Tienes razón: lo guardo. Pero, mira, me parece que el señor director está dando alguna explicación á nuestros compañeros; vamos, vamos á prisa, á oir lo que dice.

Apretamos el paso, y llegamos donde, formando un compacto grupo, estaban nuestros condiscípulos.

—Con que usted cree, Nobal, que el terreno

Biblioteca Nacional de Maestros

sembrado de hierba, podría estar mejor empleado, ¿no?

—Á mí me parece, —replicó el aludido.

—Esto es porque usted no ha reflexionado bien sobre el asunto. ¿Ha pensado usted alguna vez, en lo que vale y representa un humilde tallo de hierba, de pasto?

—No, señor, —contestó Nobal—sonriendo.

—Ya me lo parecía; —dijo el director.

—¿Qué animales son los que nos proporcionan la leche, ese alimento conveniente á todos, é indispensable á los viejos y á los niños?

—¡Las ovejas, las cabras, las vacas!

—Justo. Pero, ¿es la leche el único producto alimenticio que nos proporcionan la vaca, la cabra y la oveja?

—No, señor. Nos proporcionan la carne, la grasa...

—Cabal—asintió el dirccior.—Pero, ¿qué es lo que comen estos animales que ustedes acaban de nombrar?

—Pasto, hierba, señor.

—De modo que la leche, con la que se fabrican la manteca y el queso, lo mismo que la carne y la grasa, no vienen á ser más que hierba transformada, ¿no es así?

Biblioteca Nacional de Maestros

—Sí, señor, así es.

—Reflexionen, pues, cuántas cosas debemos ya á la vulgar hierba: pero, aun hay más. ¿De qué se hacen los géneros para nuestros vestidos, especialmente de los de invierno?

—De lana, señor.

—Y las frazadas, las medias y las camisetas, ¿de qué son?

—De lana también.

—Y, ¿con qué llenamos los colchones, sobre los cuales descansamos?

—¡De lana también!

—Y, la suela y el cuero de los botines, ¿con qué se fabrican?

—¡Con cueros de vaca, de becerro, de cabra...!

—Y, los peines, los botones, los cabos de cuchillo, los cortapapeles, ¿de qué se hacen?

—¡De hueso!

—De hueso, sí, pero con huesos ¿de qué animales?

—¡De buey!...

—Es decir, de animales que comen hierba; vean, pues, esta sencilla planta, cuántas cosas ricas y útiles nos da; carne, leche, manteca, vestidos, colchones, frazadas, peines y mil otros objetos de incuestionable utilidad.

Biblioteca Nacional de Maestros

¿Comprende usted, ahora, Nobal, el valor de la hierba tan sencilla y humilde?

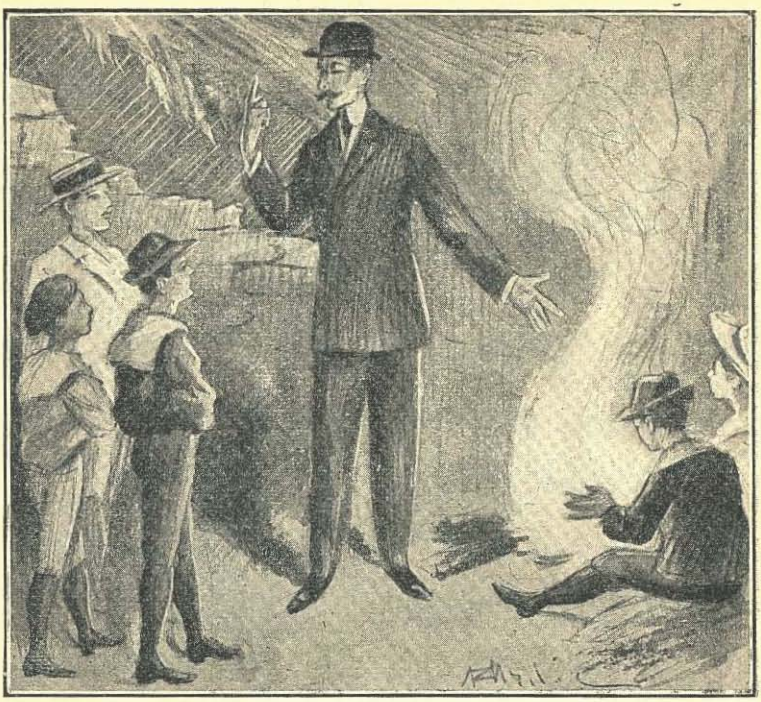
—Sí, señor—contestó el interpelado.

—Todo cuanto existe, aun lo más insignificante, es útil y presta indecibles servicios al hombre, que debe, además de amor y respeto, profunda gratitud al que de la nada sacó tales maravillas.

—Señor, director,—advirtió Felipe;—vea usted cómo obscurece; parece que va á llover.

—¡Y es verdad! Aprisa, niños; que si no caminamos de firme, me temo que no llegaremos secos de cuerpo á la escuela.

Biblioteca Nacional de Maestros



LA LECCIÓN DE LA HOGUERA

Y, efectivamente: no llegamos. La tormenta reventó furiosa, y, mal lo hubiéramos pasado, si la suerte no pone en nuestro camino una casucha, abandonada y medio derruída, donde nos guarecimos del agua y del viento.

Nuestras ropas estaban caladas; así es que, á los pocos minutos de haber penetrado en aquel refugio, empezamos á sentir frío.

Biblioteca Nacional de Maestros

—Si tuviéramos fuego... murmuró Eugeniano.

—Trataremos de tenerlo,—le contestó el maestro, mientras tentaba todos los bolsillos de su traje, como si en ellos buscase algo; pero, al cabo de un rato de inútil busca, dijo mohino:

—¡Toma! ¿pues no dejé olvidados los fósforos?

A ver,—prosiguió;—¿hay alguno que los tenga?

—Yo, no!—¡Ni yo!—¡Yo, tampoco!—exclamamos, casi á la vez.

—Pues, entonces, nos quedamos sin fuego; ¡paciencia!

—No, señor, aquí tengo con qué encenderlo —exclamó Rafael, muy orondo, mientras agitaba triunfalmente el yesquero, poco antes encontrado.

En un rincón encontramos un poco de hierba seca, y en la parte más obscura del recinto, restos de una puerta y un cajón vacío: amontonamos la hierba; funcionó el yesquero, saltaron unas chispas, y pronto una tenue llama hizo presa de las astillas, cuidadosamente amontonadas sobre la hierba.

Al poco rato, una luz viva y un confortante calor se difundieron por la antes lóbrega pieza,

Biblioteca Nacional de Maestros

y, todos, contentos y alegres, nos sentamos alrededor de la hoguera, acercando á la juguetona llama, los pies mojados y las manos ateridas.

Con la luz y el calor renació la alegría, desatáronse las lenguas, y un rosario de dichos y carcajadas se dejó oir.

—¡Gran cosa es el fuego!—exclamó Rafael.

—¡Ya lo creo!—respondí yo.

—¡Calienta el agua! ¡Da luz! ¡Cuece los alimentos!

—¡Ahuyenta el frío...!

—Sí,—continuó don José,—hace todo lo que habéis dicho, y algo más.

—¿Algo más?

—Sí, amiguitos míos, da, os está dando, una hermosa lección.

—¿Una lección?

—¡Ya lo creo! ¿No la entendéis, acaso?

—No, señor—respondimos todos unánimes.

—Ya me lo figuraba. Pues bien, esa hoguera os enseña cómo nace y cómo se conserva uno de los bienes más nobles de la vida: la amistad.

¿Recordáis de qué manera nació esa llama?

—Sí, señor; una chispa cayó sobre unas briznas de hierba; éstas incendiaron las asti-

Biblioteca Nacional de Maestros

llitas que sobre aquéllas estaban; y, luego, añadiéndole leña, se ha formado ese bello foco de alegría, calor y luz.

—Pues, así, de este mismo modo, nacen los grandes afectos; las santas amistades.

Un día, una circunstancia impensada, una palabra ó una acción cualquiera, encienden en dos almas la tenue llamita de la simpatía: el trato frecuente y las mutuas atenciones, agrandan la llama y la convierten en brillante foco que, como tú has dicho, Rafael, llena las almas de luz, calor y alegría.

Pero, no hay que descuidarse: pues, así como la hoguera se extinguirá lentamente, si no le añadimos, de continuo, leña, ó se apagará del todo, si le echamos agua, así la llama de la amistad se irá acabando, si dejamos de alimentarla con astillas de buena voluntad, tolerancia y cariñosa correspondencia; y morirá para siempre, si dejamos caer sobre ella el frío chorro de la ingratitud y del olvido.

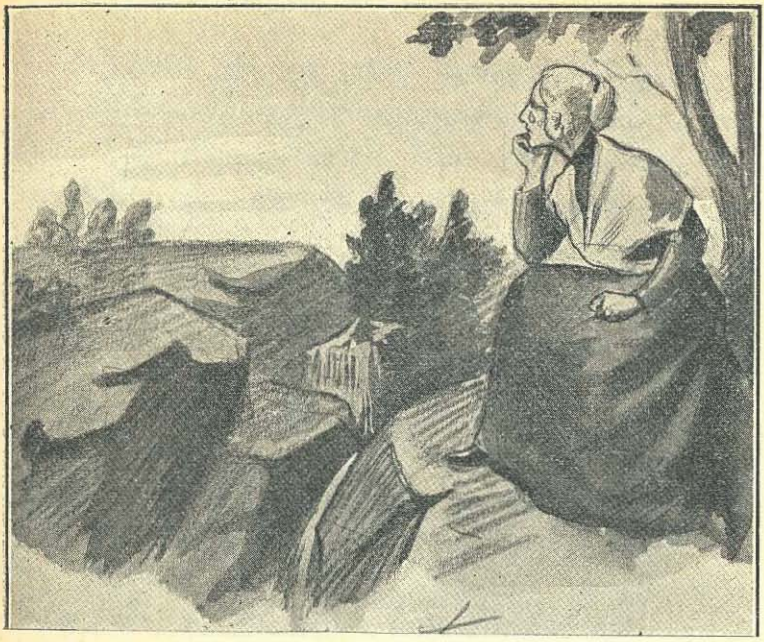
La lluvia había cesado; vestidos y calzados estaban secos, y la noche se nos venía encima. emprendimos el regreso á nuestros hogares, marchando juntos, ¡muy juntos!

La lección del maestro nos había llegado al

Biblioteca Nacional de Maestros

alma, y todos, todos sin excepción, nos prometíamos, á nosotros mismos, echar continuamente abundante combustible de cariñosos afectos á la naciente llama de nuestra amistad, para que, creciendo, creciendo siempre, fuera, con los años, robusta y fulgurante hoguera que durase tanto como nuestra vida.

Biblioteca Nacional de Maestros



GOTAS DE AGUA

Gota de agua es la lágrima escondida
que al nacer, en los ojos se evapora;
gota de agua es la perla de rocío
que nace y muere en la mañana hermosa.

Gota de agua también es la perpetua
gota que filtra y que la piedra horada,
secreto de las rocas de granito,
caliza filtración de la montaña.

Biblioteca Nacional de Maestros

¡Gota de agua las dos! y cuán distinta
es la que nace y muere en un momento,
de aquella que, entre rocas serpeando,
se petrifica y desafía al tiempo!

Así también del alma soñadora
brotan, á veces, fugitivas lágrimas,
que mueren á la luz de una sonrisa,
que evapora el calor de una esperanza.

Y, otras veces, hay lágrimas que brotan
y dejan en el alma, para siempre,
estalactitas de dolor profundo,
que el tiempo agranda, y que jamás perecen.

SOFÍA CASANOVA.

Biblioteca Nacional de Maestros

UN CONCURSO DE COMPOSICIÓN

Hace, próximamente un mes, que visitó nuestra escuela el doctor Cámara; el hombre más popular de San Martín de Tres Lagunas, que le debe grandes beneficios y muchas é importantes mejoras.

Biblioteca Nacional de Maestros

El doctor Cámara se enteró, complacido, de nuestro estado de adelanto; de nuestra puntualidad, y visó, con gran detenimiento, nuestros cuadernos de deberes.

Ha felicitado al señor director, á los maestros, y, finalmente, á nosotros, con palabras muy sentidas y llenas de nobles consejos.

—Sabed, niños,—nos dijo,—que dentro del inmenso círculo de las cosas posibles, á todo pueden aspirar los hombres de sana y firme voluntad; y, no echéis jamás en olvido, que no hay victorias más nobles y brillantes que aquellas que se consiguen por medio del esfuerzo sostenido y del trabajo honroso y santo.

Después, nos prometió enviar una máquina fotográfica, para que sacáramos mejor partido de nuestras excursiones; aparatos para jugar al *tennis* y al *foot-ball*, una gran colección de vistas del país, y, finalmente, un precioso libro de historias y cuentos para los niños, que debería adjudicarse al alumno que mejor resultado alcanzara en un concurso de composición, que, el señor director, quedaba encargado de organizar.

Hace pocos días llegaron los regalos, y anteayer se verificó el concurso; todos los que

Biblioteca Nacional de Maestros

en él tomamos parte hicimos esfuerzos sobrehumanos para vencer; desgraciadamente, fuímos muchos los pretendientes al único premio, y, como es natural, era muy difícil sobresalir y triunfar.

Ayer debíamos conocer el fallo del señor director, así es que, ni uno de los mayores faltó á clase; en el fondo de nuestro corazón se libraba una verdadera batalla; pues, mientras por unos instantes abrigaba cada uno de nosotros la esperanza de vencer, en otros, la indecisión y la poca confianza en nuestras fuerzas, nos acobardaba.

La presencia del director fué acogida con gran curiosidad y con verdadera ansia; pues todos deseábamos salir de dudas.

—Amiguitos, —dijo; —estoy muy contento de sus trabajos: sobresaliente, sólo puede haber uno; y ése, no sé aún cual es; pero, airosos y en buen lugar, quedan todos; este resultado me llena de alegría, y, por él, les felicito á ustedes.

La clase, sumida en el silencio hasta entonces, se animó en un instante, y un leve murmullo de satisfacción se dejó oir.

—Hay cuatro composiciones —prosiguió don

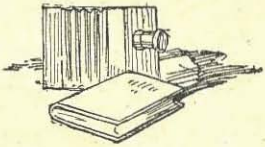
Biblioteca Nacional de Maestros

José — que sobresalen; y son las que tienen por títulos: *¡Todo llega...! ¡Todo acaba...!* — *La cigarra y la hormiga* — *La leyenda del petirrojo*, y *Un grillo que nunca calla.*

Al oir estas palabras, mi corazón latió con violencia; una de las cuatro composiciones nombradas, era mía. ¡Qué alegrón iba á tener mi padre cuando lo supiera!

—Yo,—prosiguió el señor director—no acabo de decidirme por una de ellas; por lo tanto, vamos á leerlas delante de toda la clase, y ustedes dirán cuál es la que más les gusta; cuál es la que merece el premio.

Y, dicho esto, empezó la lectura.



Biblioteca Nacional de Maestros

¡TODO LLEGA...! ¡TODO ACABA...!

Cada mañana, al amanecer, besaba el Sol á un frondoso rosal que crecía ufano, próximo á una fuente coronada por la estatua de la Poesía.

Un tierno botón, al sentir la tibia caricia, preguntaba con voz ansiosa: —¿Cuándo romperé

Biblioteca Nacional de Maestros

yo la fuerte envoltura que oprime mis pétalos? ¿Cuándo luciré al aire mis suaves colores?

Y el rosal, agitando rítmicamente sus ramas, susurraba: —Ten calma, espera. *¡Todo llega...!*

Corrieron los días, y llegó, por fin, el que tanto ansiaba el anhelante capullo, que se abrió esplendente, lleno de gracia y de hermosura.

Un himno triunfal de cálidas y entusiastas alabanzas, saludó la eclosión de la radiante flor.

Las aves todas, la enaltecieron en sus cantos; el Sol, la Luna y los astros brilladores, la miraron prendados de ella; y, las demás flores, le rindieron vasallaje, exclamando:

—¡Salve, rosa gentil! ¡Gloria á nuestra hermosa soberana!

* * *

El tiempo *pasó*, las sedosas hojas de la flor se marchitaron, y á las horas gloriosas del triunfo, sucedieron los días de angustiosa soledad.

¡Adiós corte de gentiles adoradores! ¡Adiós bellos cantos, tesoros de armonía! ¡Adiós rutilante Sol! ¡Adiós para siempre, glorias, encantos y alegrías!

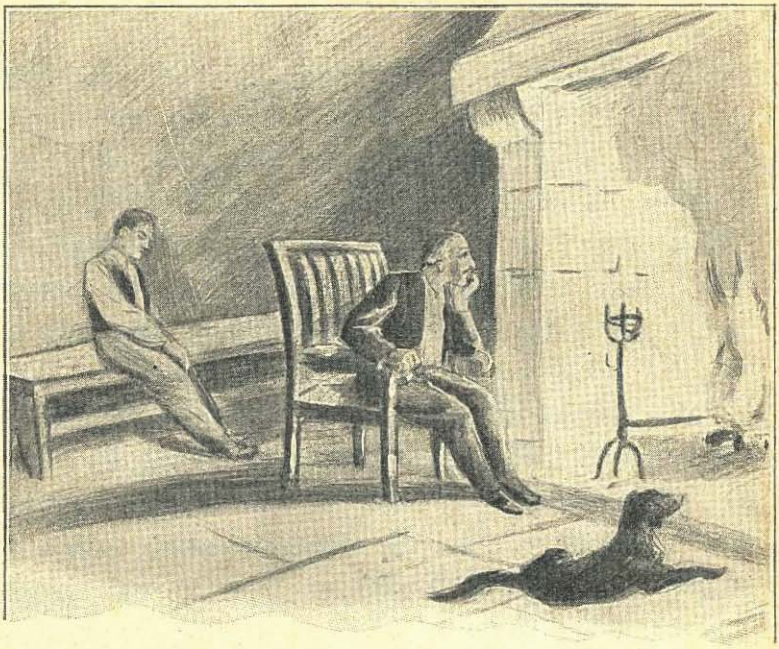
Biblioteca Nacional de Maestros

La alocada turba de alados trovadores, que tanto la lisonjearon, levantó el vuelo en busca de otros climas y de otros ídolos á quienes dedicar sus cristalinos arpegios; el Sol, que aparecía tarde y se escondía pronto, la bañaba con luz pálida y desmayada, y la Luna y las estrellas, casi siempre escondidas tras las nubes, sólo de tarde en tarde la contemplaron.

Al compás de sus ilusiones, fueron cayendo los secos y arrugados pétalos de la un día gentil soberana; y, al caer la última, arrebatada por violenta ráfaga, el aire murmuró, con susurro vago y entristecido:

¡Así acaban las glorias del mundo! Siempre se repite la misma monótona historia. *¡Llegar, pasar, morir!*

Biblioteca Nacional de Maestros



LA CIGARRA Y LA HORMIGA

(PENSAMIENTO DE APELES MESTRES)

En la ahumada y vasta cocina de la granja, sentado en un viejo y pesado sillón, estaba Matías, el viejo granjero, inmóvil y meditabundo, fijos los ojos en el mortecino fuego del hogar.

Á sus pies, se acurrucaba un perro, y en la sombra; dormitaba un criado; el único de la casa, adherido á su amo por la identidad de ideas y la fuerza de la costumbre.

Biblioteca Nacional de Maestros

Embebecido en amargas memorias, oyendo, medio amodorrado, el silbador gemido del viento que sacudía á intervalos, puertas y ventanas, entreveía el viejo, medio velada por grisáceas brumas, en las remotas lejanías del pasado, la borrosa visión de su incolora y triste existencia.

Había vivido sin otro anhelo que el de enriquecerse.

Egoísta y solitario en su juventud, insensible y avariento en la edad madura, no supo crear afectos ni amistades, y así llegó para él, la triste y temida vejez, yerta, solitaria y sin cariños...

Y, cuando se es viejo, cuando la vida acaba, es muy doloroso no tener quién nos ame, ni á quién amar.

Un fuerte golpe sonó en la puerta de entrada, quebrando el silencio.

—¿Quién podrá ser, tan tarde y con tal tiempo?—exclamó Matías, dirigiéndose al criado.

El sirviente encogió los hombros, sin contestar, y se dirigió á la puerta.

—Espera,—dijo su amo—yo veré quién es.

Y, llegándose á la puerta, abrió el ventanillo, y, mirando hacia afuera, preguntó:

—¿Quién llama?

Biblioteca Nacional de Maestros

Una voz juvenil, atrayente y simpática, contestó:

—Dadme, por Dios, acogimiento y amparo; tengo hambre y me atormenta el frío.

—¿Y adónde vas, vagando por los campos, con un tiempo tan crudo? ¿No tienes casa?

—Nada poseo; sólo el ensueño es mío.

—¡Pobre cosa es esta!—contestó, desdeñoso, el viejo.—¿No trabajas? ¿No te aprovecha tu oficio?

—Muy poco; las gentes son ahora muy prosaicas.

—Pero, tú, ¿quién eres? ¿Qué haces?

—Un poeta, que admiro y canto todo lo grande y bello.

—¡Ah! ¿Tú eres uno de esos gandules que se pasan la vida como las cigarras y que, como ellas, pródigos y sin seso, cuando vienen los tiempos duros tienden la mano á la previsora hormiga...? ¡Bah! Ya te conozco. ¿No pasaste el buen tiempo cantando? Pues bien, sigue cantando ahora.

Y Matías, dicho esto, cerró con violencia el ventanillo, volviendo á hundirse en su arcaico sillón.

Pasaron unos momentos, y una música, alada

Biblioteca Nacional de Maestros

y vaga, se filtró á través de los muros, y una canción de infinita dulzura se dejó oir.

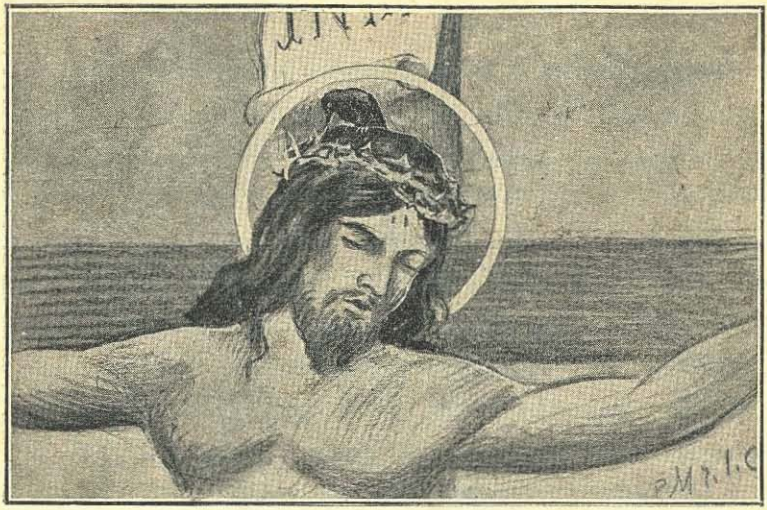
Matías levantó la cabeza y escuchó; primero con curiosidad, y luego con emoción.

Al conjuro de aquellas armonías revivieron en un súbito despertar del alma, las horas luminosas de su infancia; los recuerdos siempre amados de la niñez; las primeras esperanzas; las doradas ilusiones de la adolescencia, y lágrimas purísimas surcaron su marchita faz.

Levantóse ligero y animoso; y corriendo hacia la puerta, la abrió de par en par.

—Entra, entra, dulce cigarra, en la triste morada de la solitaria hormiga; mi techo te dará albergue y amparo contra el hambre y el frío, y tus estrofas de oro, tus cantos de vida y de esperanza, mitigarán mis tristezas y vestirán de sol mis postreros días.

Biblioteca Nacional de Maestros



LA LEYENDA DEL PETIRROJO

Cuando Cristo, Nuestro Señor, agonizaba en el Gólgota clavado en la santa cruz, y mientras sus verdugos echaban á la suerte sus pobres vestiduras, un pajarillo, de corazón tierno y compasivo, fué á posarse sobre la augusta cabeza de *Aquél* que quiso sufrir pasión y muerte para redimir á los hombres y abrirles las puertas de la Eterna Morada.

—¡Oh, buen Jesús!—gimió doliente.—Los hombres, hechos á tu imagen y semejanza, laceran tu cuerpo, te coronan de punzantes espinas y afligen tu alma con los agudos dardos

Biblioteca Nacional de Maestros

de su ingratitud; pero, nosotros, los seres débiles y sencillos, á quienes Tú, con paternal amor, has dado el sol, la libertad y el sustento, nosotras, las avecillas del cielo, no olvidaremos nunca tu bondad ni tus beneficios.

Y, compadecido del sufrimiento que afligía al Redentor, y lleno de caridad y misericordia, empezó el buen pajarillo á forcejear, anheloso de arrancar las punzadoras espinas que taladraban la frente del Hijo de Dios.

Enardecióle tanto el piadoso empeño; tanto se aproximó á las traidoras espinas, que, una de ellas, hincándosele en el pecho, manchó de sangre su delicado plumaje, arrancándole un débil quejido.

Entonces, el Salvador, agradecido, sonrió á la avecilla, mirándola con ojos amorosos, y con voz suavísima, llena de bondad y cariño, murmuró:

—Tu acción será grata á mi *Padre*, que os mirará siempre con benévola complacencia á ti y á los tuyos.

Como nobilísimo blasón, llevarán en el pecho, todos los de tu raza, la huella de tu sangre; y *dondequiera que vayáis*, viviréis protegidos por los hombres de conciencia pura, y amparados por la bendición de Dios.

Biblioteca Nacional de Maestros

UN GRILLO QUE NUNCA CALLA

Adolfito era un niño de inclinaciones aviesas; pendenciero, descomedido, audaz y violento.

Despótico por temperamento, imponía, á la fuerza, su ley á los débiles; y, respecto de sus actos, creíase con derecho de hacer lo que se le antojara ó le conviniese, fuera ello justo ó no.

La mamá de Adolfo, á quien apenaban mucho las poco recomendables tendencias de su hijo, no desaprovechaba ocasión de afear su proceder, vituperando su conducta.

Pero el mozuelo, muy despreocupado, seguía en sus trece, cometiendo, de continuo, mil ba-

Biblioteca Nacional de Maestros

rrabasadas, y haciendo oídos de mercader á las insinuaciones y á los ruegos de su buena madre.

En una noche de verano, un grillo empezó á cantar dentro del dormitorio de Adolfito; éste, que no podía conciliar el sueño, se arrojó furioso de la cama, con el designio de castigar al fastidioso insecto.

No consiguió dar con él, pues el animalejo, al oir ruido y percibir claridad, cesó en su fastidiosa tarea, llamándose prudentemente á silencio.

Viendo inútiles sus pesquisas, volvió Adolfo á su lecho y apagó la luz; y, ya empezaba á dormirse, cuando, tras breve silencio, resonó de nuevo el monótono y fatigante ¡ric, ric, ric!

Esta vez le fué mal al insolente grillo: descubierto por Adolfito, que revisó todo el dormitorio, poniendo todo lo de abajo arriba, el incómodo cantor murió aplastado por el botín del jovenzuelo.

La mamá del violento matador, que había acudido, atraída por los regaños de aquél, le dijo:

—Suerte ha sido, —hijo mío, —la de poder hacer callar á este grillo, que al fin, era aplastable.

Biblioteca Nacional de Maestros

Otra cosa hubiera sido, si das con un grillo indestructible.

—Cómo, mamá. ¿Es cierto lo que dices? ¿Hay, efectivamente, grillos así?

—¡Vaya si los hay! Son chicos, más que chicos, minúsculos; se introducen, nadie sabe por dónde, dentro de nosotros; se radican en la cabeza, y con su ric ric, enloquecen y aun acaban por matar.

—¡Miren qué cosa!—exclamó Adolfito, con cierto retintín.—Y, ¿no me dirías, mamá, cómo se llama ese grillo tan curioso, que se filtra dentro de nuestro ser como *Pedro por su casa*, y que mata tan suavemente?

—Sí, hijo mío; sí que te lo voy á decir,—contestó la bondadosa señora, entristecida por el tonillo burlón de su descastado hijo.

—Se llama la *Conciencia*. No lo olvides, y ruega á Dios que nunca tengas que oir su voz, ¡sobre todo, si está irritada!

Biblioteca Nacional de Maestros

¡TODOS CONTENTOS!

La lectura de las cuatro composiciones fué

escuchada en medio de un silèncio profundo; y, cuando el director dijo, ya hemos terminado, Felipe, que estaba á mi lado, murmuró, un poco contrariado: ¡Qué lástima!

—Ahora,—dijo don José, —toca á ustedes decir cuál es la mejor, y, por lo tanto, cuál merece el premio.

Nadie habló: los niños se miraban unos á otros, como invitándose mutuamente á hablar.

Biblioteca Nacional de Maestros

Viendo que nadie decía una palabra, el señor director preguntó:

—¡Cómo es esto! ¿No se atreven á expresar sus opiniones? ¿Temen ofender á alguien, ó es que no han comprendido bien lo que se ha leído...?

No bien acabó, —Rafael, que esta vez demostró que no en balde llevaba el sobrenombre de diplomático— dijo, muy resuelto:

—¿Me permite usted, señor?

—Hable usted, —dijo, amablemente, don José.

—Creo, señor, que mis palabras, interpretarán la opinión de todos los compañeros; pensamos nosotros, señor director, que todas las composiciones son igualmente lindas y dignas de recompensa; pero, como en nuestro sentir son cuatro los merecedores, y uno sólo el premio adjudicable, estamos perplejos, buscando un medio, no de quedar bien, sino de hacer justicia á todos. ¿Es así, compañeros?

—¡Sí!, ¡sí! ¡Eso es, eso pensamos todos!

—¡Bravo, señor orador, se ha portado usted como un hombre! —le ha dicho á Rafael, el muy bromista de Eugeniano.

—Un poco de orden no estará de más— dijo bondadosamente don José —y nosotros, que

Biblioteca Nacional de Maestros

acatamos como ley inapelable el menor de sus deseos, y la más simple de sus indicaciones, nos hemos callado al instante.

—Ya que no es posible hacer cuatro pedazos del libro, —prosiguió, —y, como no sería equitativo conceder á uno sólo lo que en realidad han ganado cuatro, propongo una solución, agradable y justiciera á la vez.

El libro,—continuó,—quedará propiedad de la escuela; y, como será de propiedad común, en comunidad leeremos las historias que guarda en sus páginas, siempre que haya lugar para ello, ó bien, cuando su aplicación y buena conducta les haga á ustedes merecedores de un rato de solaz. ¿Estamos conformes?

Un aplauso formidable acogió las palabras del maestro, que sonrió satisfecho.

—Ahora, que lo del premio está resuelto, ¿querrán ustedes saber quiénes son los que vencieron?

Antes de que nadie intentara responder, yo, como movido de un resorte, me puse en pie y dije:

—Usted, señor, ha dicho, que estaba contento de todos, y acaba de hacernos ver que el libro debe ser de todos también; puesto que entre

Biblioteca Nacional de Maestros

todos lo hemos ganado; pienso, pues, señor, que aquí no puede haber vencidos, y que sólo hay un vencedor, usted, que tan bien nos dirige, y que con tanto amor nos enseña á ser buenos, amables y condescendientes.

Una grande aclamación coronó mi razonamiento, prolongándose largo tiempo; todo el que empleó don José en descender de su tribuna, venir á mi encuentro y abrazarme conmovido.

Luego, afable y risueño, dijo, con voz jovial:

—¿No les parece que ahora debiéramos hacer algo determinado?

—Sí, señor—replicó Felipe;—creo, si usted lo permite, que hay algo que se impone imperiosamente.

—Y, ¿qué es ello?

—Pues, una cosa muy sencilla: Leer la primera historia del libro.

—Es justo y oportuno. Leamos, pues, la *Historia de una madre*, de Cristián Ánderson; un gran escritor, de exquisita sensibilidad y superior talento, que amó mucho á los niños, y que, casi siempre, escribió pensando en ellos.

Biblioteca Nacional de Maestros

HISTORIA DE UNA MADRE

(REDUCCIÓN DE UN CUENTO DE ÁNDERSON)

Una madre infeliz, velaba dolorida junto á la cuna donde su hijo agonizaba: de pronto, llamaron á la puerta, y un viejo, ya caduco, penetró en la estancia.

—Dame albergue por caridad,—dijo, con plañidero acento;—soy viejo y el frío hiela y agarrota mis pies.

—Entra, hermano, y acércate al fuego.

La pobre mujer continuó meciendo la cuna

Biblioteca Nacional de Maestros

donde yacía su tesoro, hasta que, vencida por la fatiga y las vigilias, se adormeció.

Cuando un recio portazo la arrancó de su letargo, lanzó un hondo gemido: su hijo y el viejo, habían desaparecido.

Llena de dolor, se lanzó al campo, que, cubierto de nieve, extendíase á su paso como una blanca é interminable sábana.

A poco andar tropezó con una viejecita, que la dijo: —¿Buscas á tu niño? Acaba de pasar la Muerte con él en brazos.

—Si sabes por dónde fueron, indícame, por piedad, el camino.

—Te lo diré cuando me hayas cantado todas las canciones con que adormecías á tu hijo.

La angustiada madre las cantó todas; ¡todas, sin olvidar una!

—Sigue á la derecha, penetra en el bosque, é intérnate por el camino de abetos: por allí van.

En medio de la selva, el camino de los abetos se bifurcaba. ¡Por dónde seguir, Dios mío! —clamó la desconsolada.

—Yo puedo decírtelo, —respondió un retorcido espino —si derrites, con el fuego de tu corazón, el hielo que me seca y mata.

—¡Sea! —dijo aquella imagen del dolor.—

Biblioteca Nacional de Maestros

Y con rápido abrazo, estrechó contra su pecho el espino, —cuyas agudas aristas, clavándose en sus carnes, las llenaron de roja sangre.

Entonces, se produjo algo verdaderamente milagroso.

El calor de aquella sangre preciosísima reanimó el espino, que se cubrió de verdes hojas y de blancas y hermosas flores.

—¿Cuál es el camino por donde la Muerte arrebató á mi ángel?

—Aquél—contestó la espinosa planta.

La santa madre partió, rauda y ligera, hasta tropezar con un ancho río, de rápida corriente.

—¡Dame paso, por Dios!—clamó afligida.

—Lo haré, si accedes á lo que voy á pedirte. Amo las perlas con locura; pero tus ojos son las más puras y transparentes que he visto: déjalos caer dentro de mis aguas, y prometo conducirte á la morada de la Muerte.

—Cúmplase tu deseo;—respondió la desventurada—¿qué no haría una madre por su hijo?

Y, ¡lloró, tanto y tanto! que sus ojos, dulces y bellísimos, desprendiéronse de las órbitas para hundirse en las verdosas aguas.

Recuéstate sobre mí,—le dijo el río—y,

Biblioteca Nacional de Maestros

suavemente, la llevó al lugar donde la Muerte cultiva y troncha la vida de los humanos.

—¿Qué quieres, qué buscas?—preguntó una voz tenue, como el tañido de una campana, que en las lejanías suena.

—¡Busco á la Muerte, que me ha robado un hijo!

—Partió, y no ha vuelto todavía. Pero, ¿cómo has podido llegar hasta aquí, donde jamás humano alguno penetró?; ¿quién te prestó ayuda?

—Dios, piadoso siempre con las pobres madres; pero, ¿dónde hallaré á mi hijo?

—No lo sé, ni le conozco, pero puedo decirte cómo vas á encontrarlo; pero, si tal te digo, ¿qué me darás en recompensa?

—¿Qué podré darte yo, mísera de mí, si nada poseo?

—Dame tus espléndidos cabellos negros, y toma los míos, blancos y escasos.

—Tómalos, y habla.

—Mira: cada una de esas plantas que cultiva la Muerte, es una vida; como tú ves, son todas iguales, sólo se las distingue por el latido de sus corazones: ¿conocerás por ese medio el de tu hijo?

—Y tú, me ¿preguntas eso?

Biblioteca Nacional de Maestros

—Pues, busca.

La madre buscó afanosa, y pronto, con voz salida del alma, exclamó: —¡Este, este, es mi hijo!

Y tendió las ansiosas manos sobre una desmayada planta, cuya flor macilenta, gradualmente se marchitaba.

En aquel momento, el hondo silencio que en el lugar reinaba, se hizo más profundo aun, y un algo como un gran hálito, helado más que la nieve, lo envolvió todo.

¡Era la Muerte que llegaba!

—¿Quién te guió hasta aquí?—preguntó la siniestra segadora.

—Soy madre, y enternecí al Eterno.

—¿Qué quieres, pues?

—¡Á mi hijo!

—Espera. Toma antes tus ojos, que recogí flotando sobre las aguas del río, y mira atenta en el fondo de esta laguna.

La doliente madre miró anhelante, y vió sucederse en el cristal de las aguas, las múltiples faces de dos destinos: fúlgido el uno, como el amanecer de un claro día; triste, amargo y doloroso el otro, como una helada noche obscura.

Biblioteca Nacional de Maestros

—Una de estas vidas será, si vive, la de tu hijo;—susurró quedamente la Muerte.

—¡Dime, por caridad, cuál de las dos!

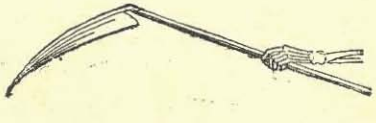
—Me es imposible. Ese secreto sólo lo posee Dios.

La desolada y sublime madre dobló las rodillas, y, llena de dolorosa emoción, exclamó, alzando las cruzadas manos al cielo:

—¡No me escuches, Señor; cúmplase tu voluntad y no la mía!

Si has resuelto que mi hijo ha de ser desgraciado, descarga sobre mí el peso de los dolores que debían amargar su existencia; y á él, llévalo contigo al paraíso.

Y con humilde resignación dobló sobre el pecho la cabeza, mientras que la Muerte conducía á su hijo á la eterna morada de Dios.



Biblioteca Nacional de Maestros

"LA VERDAD"

He leído, no sé dónde,
que va á salir *La Verdad*,
periódico independiente.
Si á su título responde,
le darán amenidad
sueltos del tenor siguiente:

"Hemos tenido el honor
de hablar con el director
del *Banco Fuenteovejuno*.
Nos ha parecido un tuno
de los de marca mayor."

Biblioteca Nacional de Maestros

" Anoche, en el Club Docente,
dió Ruiz una conferencia,
y estuvo tan elocuente
que hizo dormir dulcemente
á toda la concurrencia."

" Ha muerto don Luis Corral,
prestamista, ex concejal
y ex director de *El Papel.*
Si Dios no se apiada de él
tememos que le ha de ir mal."

" Hemos tenido el disgusto
de saludar á don Justo
Roldán, bravo coronel,
pero, tan cerril y adusto,
que da miedo hablar con él.'

" Ayer se vió en juicio oral
la causa de *El Manantial,*
y á decir verdad, lector,
si el defensor habló mal
el fiscal habló peor."

" Ayer falleció en Orcón,
sin directa sucesión,
el banquero Montesinos.

Biblioteca Nacional de Maestros

Reciban sus dos sobrinos
nuestra felicitación."

"No caben más tonterías,
ni más sucias groserías,
en el librejo *Pimienta,*
que ayer se puso á la venta
en todas las librerías."

"La *Poción Estimulante*
que el necio doctor Pedante
anuncia pomposamente,
como es agua de la fuente
sólo es un buen refrescante."

. . . . . .

¡Y, así, sucesivamente!

JULIO ROMERO GARMENDIA.

Biblioteca Nacional de Maestros

MI "CHACRITA"

Tengo el gusto de comunicar á ustedes que soy propietario; sí, señor, así como suena; y no crean ustedes que se lo comunico para darme tono, sino para que sepan que yo también amo el cultivo de la tierra y los sencillos goces que tal ejercicio proporciona.

Mi chacra, como chanceramente la llama mi papá, está situada en uno de los ángulos de la espaciosa quinta adjunta á la casa que habitamos, y, me da bastante que hacer, porque tiene muy bien sus cincuenta metros cuadrados, y yo,

Biblioteca Nacional de Maestros

la tengo tan cuidadosamente arreglada, que parece un verdadero jardín.

He plantado en ella, una higuera que ya levanta unas dos cuartas: como espero que con el tiempo dará sabrosos higos en abundancia, ya estoy pensando cómo me regalaré saboreándolos y obsequiando con ellos á mis amiguitos.

También he sembrado unos cuantos granos de maíz y algunas pepitas de melón y de zapallo; ya ven ustedes que sé dar variedad á mis cultivos.

Florentina, que siempre me pregunta con cierto retintín por el estado de mis sembrados, me ha ofrecido, muy formalmente, convertir en apetitosos dulces los productos de mi cosecha.

¡Ah! Se me olvidaba: muy arrimada á la pared, he puesto una planta de *primavera;* en unas cuantas macetas tengo claveles, geranios y capuchinas, y en el centro del terreno, se alza un guindo, de cuyas ramas suelo colgar la jaula de un bellísimo canario.

También tengo en mi propiedad dos gallinas; una blanca y otra batarasa, con sus correspondientes polladas.

Una y otra son muy airosas, despiertas y

Biblioteca Nacional de Maestros

excelentes madres; porque, otras que cuiden mejor á sus polluelos no las hay, pueden ustedes creerme, no sólo en el pueblo, sino en todo el partido.

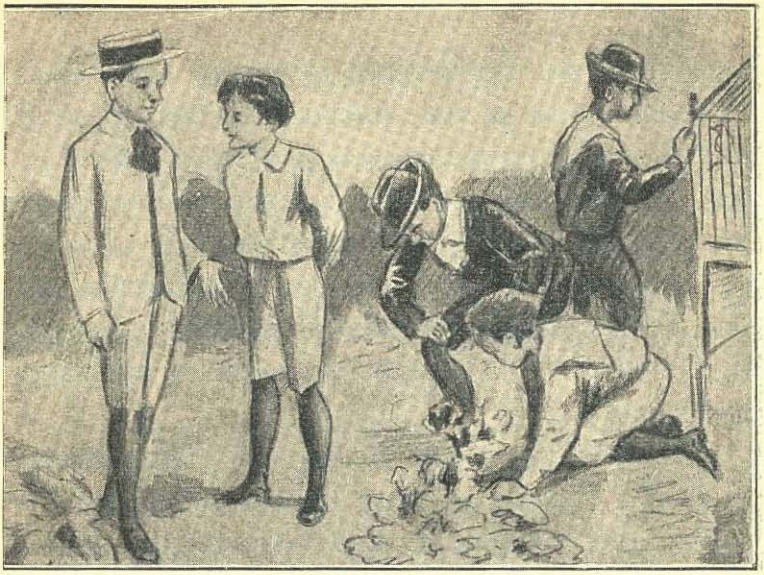
Tengo herramientas apropiadas á mis fuerzas y edad, con las que remuevo y esponjo constantemente la tierra; recojo las hojas caídas, riego con mucho cuidado y á las debidas horas, y tengo los caminitos tan limpios y aseados, que da gusto pasear por ellos.

Las hormigas me dan mucha guerra; pero, con la ayuda de nuestro quintero Giovanni, que de cuando en cuando viene con la máquina hormiguicida á darles un susto, consigo tenerlas á raya.

En fin; que mi "chacrita" me proporciona muchísimos ratos agradables, porque, cuando veo brotar una planta ó abrirse una flor, experimento la dulce satisfacción de decir que aquellas vidas son producto de mi labor y de mi empeño, y esta es una satisfacción, grande y legítima como todas las que produce el trabajo.

Papá también está satisfecho; dice que el trabajo manual fortalece y dignifica, y que los hombres amantes de la naturaleza, amigos de los animales, de las flores y de los árboles, jamás tuvieron ideas bajas ni sentimientos innobles.

Biblioteca Nacional de Maestros



UNA VISITA

Hoy, aprovechando la circunstancia de ser día feriado, mis cuatro amiguitos, Rafael, Eugeniano, Bartolito y el pampita Felipe, han visitado mi huerta.

Todo lo han visto, y todo les ha interesado.

Eugeniano opinó que *el zapallar* dará mucho fruto; en cambio, Bartolito ha dicho que ha de dar poco, pues ha oído decir, que el tiempo reinante no favorece á esta clase de cultivos.

Biblioteca Nacional de Maestros

Han discutido mucho, según su costumbre, y, únicamente se han puesto de acuerdo en un punto; en acompañarme á probar el dulce que con los productos de mi cosecha va á preparar la buena y habilidosa Florentina.

Felipe y Rafael, no se han preocupado mucho de las plantas; desde el primer momento han dedicado la mayor atención al canario y á las gallinas.

También ellos han hecho sus observaciones.

—Tu canario es muy bello—ha dicho Bartolito—pero su jaula es demasiado grande. ¡Parece una catedral!

—No conviene—repliqué yo—tener á los canarios en jaulas muy chiquitas; pues, cuando están acostumbrados á ellas, si se les traslada, por casualidad, á una más grande, se aturden, sin saber encontrar la comida.

—¡Bah!

—¡No es broma! Se ha dado el caso de que algunos canarios perecieran de hambre, porque al ser trasladados á otra jaula mayor, no han sabido encontrar el depósito del alpiste, por razón de que en la nueva jaula, en vez de estar colocado en el interior, lo estaba en la parte exterior.

Biblioteca Nacional de Maestros

—Entonces, dí que estos pajarillos son unos zonzos.

—Y, ¿qué culpa tienen ellos si son así?

—Pues, entonces, si son tan pavotes—ha observado Rafael—¿por qué tú, en vez de ponerles un tachito chico para que tomen agua, les has puesto este depósito grande como una laguna?

—Porque es necesario.

—¡Qué va á ser!

—¡Bien se ve que no sabéis cuidar canarios!

—¡Hombre! No faltaba más que no lo supiéramos; se les pone agua y comida... y ya está.

—Te olvidas de lo principal, Rafael,—ha dicho muy serio el bromista de Eugeniano.

—¿Qué cosa olvido?

—Que es preciso estar muy ojo alerta para que no se los coman los gatos.

Todos han reído la ocurrencia.

—Reid cuanto gustéis; pero eso prueba que tuve razón al deciros que no sabéis cómo se cuidan los canarios.

—Pues, tú, que lo sabes, ¿por qué no nos lo enseñas?

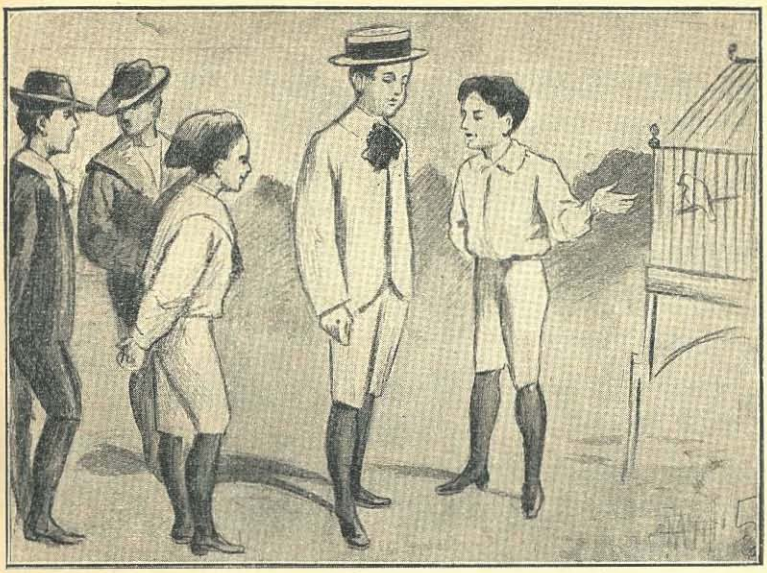
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS
Biblioteca Nacional de Maestros

—Pues ya lo creo, que os lo enseñaré, si os interesa.

—No deseamos otra cosa. Empieza, que ya te escuchamos.

—Pues, allá va.

Biblioteca Nacional de Maestros



CÓMO SE CUIDA UN CANARIO

—Debéis saber, amiguitos míos, que las personas que, teniendo encerrado en una jaula algún canario, creen no tener otra obligación para con el cautivo que la de velar para que no le falte alpiste y agua, olvidan ó ignoran que, si lo desean, tienen muy á su mano los medios necesarios para hacer alegre y feliz la existencia de estos pequeños seres, que recompensan con las suaves notas de su ágil y privilegiada garganta, los cuidados y cariños de cuantos les quieren y miman.

Biblioteca Nacional de Maestros

—Pues, hombre—interrumpió Eugeniano;—no sé qué más se puede hacer por ellos.

—Ya lo verás, si escuchas.

Los canarios tienen pasión por los baños tibios; hay que verles, cuando se bañan, para darse cuenta del placer que sienten. Baten las alitas, echándose el agua sobre el lomo; se agitan, mueven la cabecita y demuestran su bienestar por infinitos medios.

—¿Sabes, Alberto, que tenías razón.—Yo, por mi parte, ignoraba todo eso que nos estás contando.

—Pues, aun hay mucho que agregar, Rafael. Es general la creencia de que los canarios deben permanecer siempre enjaulados:—¡nada más erróneo!—debe, por el contrario, acostumbrárseles á estar en libertad.

—Sí,—dijo Engeniano, riendo;—para que un buen día, así que encuentren un agujero por donde colarse, se escapen... y, si te he visto no me acuerdo.

—Estás muy equivocado, Eugeniano; el canario es muy amigo de su casa y ama mucho á quien le cuida. Dejarle en libertad es proporcionarle el más intenso de los goces; salta, revolotea y brinca á sus anchas, volviendo sose-

Biblioteca Nacional de Maestros

gadamente á su jaula cuando se siente cansado ó tiene hambre. Es más, con la continuidad, aprende á volar hacia su dueño, obedece á su voz y se posa sobre un dedo extendido.

—Pues, mira, —objetó Eugeniano; —yo tengo que oponer algo á lo que acabas de decir. Teníamos en casa un canario, al que cuidábamos y queríamos en extremo: un día, nunca supimos cómo, se escapó.

Al notarlo, todos acudimos al lugar donde el muy atrevido se divertía, volando de un lado á otro, llamándole con los nombres más cariñosos. Pero él, en vez de atendernos, empezó á revolotear furiosamente, y, por fin, se escapó por una ventana entreabierta.

—Y, es muy natural; los canarios, como buenos músicos qne son, tienen un oído finísimo y detestan los ruidos; tanto, que se ha dado el caso de que un estrépito violento é impensado les causara la muerte.

Por ignorar esto, vosotros le hicisteis perder la serenidad, impulsándole á la fuga y quizá á morir.

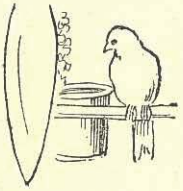
—¡Es curiosa tu historia! ¡Jamás hubiera imaginado que cuidar un canario fuese cosa tan complicada.

Biblioteca Nacional de Maestros

—No he terminado todavía, Eugeniano; los canarios gustan tanto del calor como temen al frío; pero no por eso se les debe dejar al sol en la estación canicular, ni exponerles nunca á las corrientes de aire, ni menos tenerles en lugares obscuros.

Como les molestan muchos los mosquitos, para librarles de los malignos zumbadores, conviene cubrir su jaula con una funda de gasa.

Con esto, y darles agua fresca y alpiste limpio, regalándoles, de cuando en cuando, con unos cañamones, con pedacitos de yema de huevo, migas de pan ó galleta fresca y una hojita de lechuga tierna, se crían los canarios sanos y alegres; teniendo, los que así les cuidan dos satisfacciones; la de reconocerse acreedores á la simpatía de los buenos, y la de tratar, con el respeto que ellas se merecen, la vida y la felicidad de todas las criaturas de Dios.



Biblioteca Nacional de Maestros

SOLILOQUIO DE UN CHINGOLO

¡Váyanse ustedes á paseo! ¡Ya sé que no tengo la blancura del gallardo cisne, ni la majestuosa presencia de los pavos reales; pero sé también que no me hacen la menor falta tales condiciones, y que, sin ellas, me va muy ricamente.

—¿Qué dicen ustedes?—que soy chico, feúcho, algo botijón y poco elegante?—¡Corriente! ¡Convengo en ello!

Así me hizo Dios y, muy bien sabría Él porqué, pero, en cambio, soy chancero, móvil y bullicioso como un trompo, y alegre como unas castañuelas.

Biblioteca Nacional de Maestros

Así les decía yo, pobre chingolo de los campos, á tres ó cuatro de estos pájaros de lujo que, porque viven en jaula dorada y comen semillas escogidas, nos miran á nosotros, los pájaros de poco más ó menos, como si fuéramos trapos de cocina.

Mis razones no debieron agradar mucho á un señor canario, con grandes pretensiones de tenorino, que le dijo á un compañero:

—Es tiempo perdido razonar con ellos. No les hagas caso.

—¿Eso va por mí?—pregunté.

—Por ti, y por todos los de tu laya... contestó el muy fatuo.

—¡Alza, pilili!—repliqué yo.—Pues no gasta pocas ínfulas su señoría. ¡Farfantón! ¡Mamarracho!

—¡Descarado! ¡Canillita!

—¡Á mucha honra! Así, cuando tú y los pájaros sabihondos escribáis periódicos, yo y los míos andaremos de árbol en árbol y de rama en rama, voceándolos y vendiéndolos.

No sé lo que me contestaría; porque yo, contento con haberle dicho cuatro claridades, le volví *la cola* sin hacerle caso.

Yo no sé lo que se figuran estos aristócra-

Biblioteca Nacional de Maestros

tas de la pajarería, ni comprendo porque han de estar tan orgullosos con su plumaje ó su garganta.

Porque, al final de cuentas, me van ustedes á decir ¿para qué les sirve á los zorzales, á los jilgueros, á las calandrias y á todos estos cantarines de la floresta, su voz argentina, clara y armoniosa?

Pues, sencillamente, para que el hombre los atrape y los encierre en una jaula, donde, ó se vuelven tontos, ó se mueren de fastidio ó de rabia.

Y, esos vanidosos de colibríes, picaflores y demás pájaros lindos, ¿qué sacan con tener en sus plumas todos los colores del iris, y los brillantes reflejos de todos los metales?

Nada, como no sea ser muertos á millares para ser convertidos, una vez disecados, en adorno vulgar de un sombrero, más vulgar todavía.

Yo no sé como las señoras, que son tan buenas, permiten que los sacrifiquen así, á millares; que los extingan de una manera tan dura y brutal.

Nosotros, los menospreciados *chingolos*, que par falta de condiciones y habilidades no lla-

Biblioteca Nacional de Maestros

mamos la atención de nadie, pasamos una existencia mucho más tranquila y feliz.

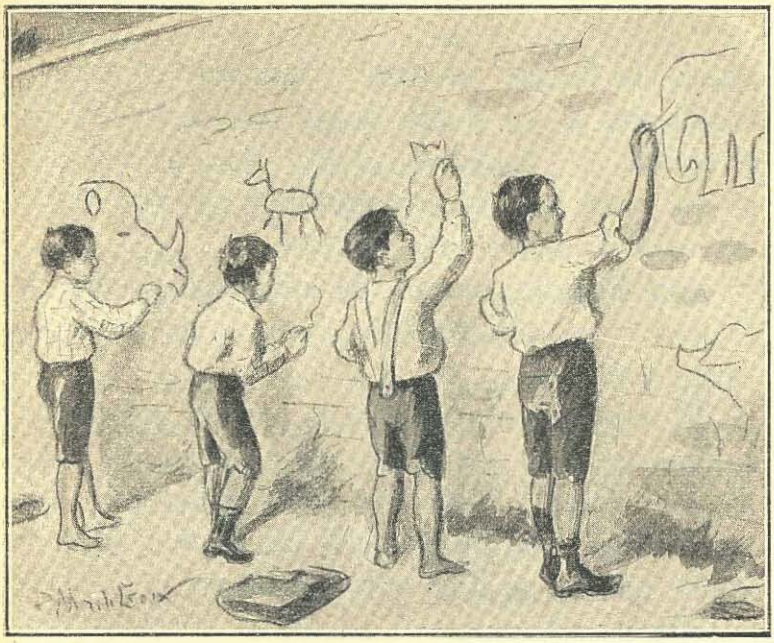
Vivimos á nuestras anchas, ni envidiosos ni envidiados: dondequiera que vayamos, el buen Dios vela por nosotros, sin que jamás nos falte una rama por palacio; pobres semillas para alimento, y un hilito de agua para saciar la sed.

No tenemos pico acerado ni garras temibles; pues, somos seres inofensivos, amantes del sosiego y de la paz.

Tenemos aire, sol, cielo azul y sereno, y un espacio infinito donde poder batir las incansables alas, y dos bienes que no tienen precio: la libertad y la alegría.

¿Hay muchos hombres que puedan decir otro tanto?

Biblioteca Nacional de Maestros



PALABRAS MALSONANTES

Hay gentes tan mal educadas, me decía papá, anoche, que no pueden decir la cosa más insignificante, sin pronunciar alguna palabra grosera ó malsonante, sin tener en cuenta si les escuchan señoras, niños ú otras personas, respetables por su educación y edad, ni preocuparse del lugar donde se hallan.

Esas gentes son tan delincuentes como los que en medio de una vía pública disparan

Biblioteca Nacional de Maestros

armas de fuego; porque el lenguaje grosero y canallesco es un delito moral contra la familia y contra la sociedad; delito que, en algunos países, está penado con multas y aun con arrestos más ó menos prolongados.

Por higiene moral, es necesario asear la lengua y el pensamiento, así como aseamos nuestro cuerpo.

El lenguaje torpe, signo es de un pensamiento grosero y sin elevación; pues, así como se suele decir: "Dime con quién andas y te diré quién eres"; se puede decir también: "Oyendo cómo hablas, te diré cómo piensas".

Puede, además, ser origen de descrédito colectivo y aun nacional; pues, un extranjero que visite un país cuyos habitantes no hablen ó no se conduzcan en público como las leyes de la buena educación exigen, tiene derecho á formarse de aquel país ó de sus habitantes, un concepto poco favorable.

Otro daño de graves consecuencias produce la intemperancia y grosería en el hablar, y es el de acostumbrar á los niños á oir palabras feas, familiarizándoles con su uso.

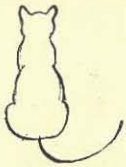
Y, ¡creedme! ¡Nada es tan triste como oir pronunciar á un niño una palabra poco decente

Biblioteca Nacional de Maestros

Porque, así como un asqueroso gusano saliendo del perfumado cáliz de una flor, la mancha y corroe, así una palabra torpe y soez, salida de labios infantiles, mancha y corroe el alma y el corazón del desdichado niño que la pronunció.

No imitéis jamás á los imbéciles malhablados, y evitad las ocasiones de oirles.

Sed, en todo caso, niños respetuosos y honestos, y tened siempre ideas nobles y puras, para que éstas se muestren en la limpieza y dignidad de vuestro lenguaje.



Biblioteca Nacional de Maestros

EL SUEÑO DEL PESCADOR

Y, ya que de lenguas sucias hablamos, te quiero relatar lo que á mí me contó un viejo pescador catalán, en Mar del Plata, un día en que yo manifestaba la grata impresión que me causaba no oirle pronunciar palabrotas ni groserías, contra la cos-

Biblioteca Nacional de Maestros

tumbre de las gentes de mar que, por una singular contradicción, suelen ser tan devotos como malhablados.

—Pues, esa buena costumbre que tanto le sorprende á usted, se la debo á un sueño.

—¿Á un sueño? Esto me huele á cuento.

—Cuento parece, pero es verdad.

—Y, ¿no podría saber yo, cómo ocurrió el milagro?

—¡Si á usted le complace oirme!—contestó.

—Ya estoy escuchando.

—Hace unos veinte años, señor, era yo el hombre más soez y grosero de la tierra: lengua de hacha como la mía, ni boca tan á propósito para escandalizar á las gentes con una letanía de votos, pesias y reniegos, como la que á mí me particularizaba, no se vieron jamás en la cristiandad.

Si, por desdicha, sucedía que después de largas horas de estar en el mar veíame forzado á volver á tierra, sobrado de fatiga y escaso de pescado, eran tales mis blasfemias y desvergüenzas, que estoy seguro de que en el cielo se tapaban los oídos con algodones para no oirme.

Pero, un día, tuve un sueño espantoso que

Biblioteca Nacional de Maestros

me impresionó de tal manera, que, de una vez y para siempre, perdí la mala costumbre de blasfemar y echar tacos.

Soñé que estaba en la playa remendando mis redes y cantando á media voz, cuando, al oir que me llamaban, levanté la cabeza.

Frente á mí, estaba una barca con vela izada, y, dentro de ella, mirándome con cara de pocos amigos, estaba San Pedro, el apóstol pescador, muy erguido y cruzado de brazos, con su luenga barba blanca, las llaves y su gran calva.

—Tonio—me dijo:—vamos, ya es hora.

—¿Hora de qué?—contesté yo, algo escamado.

—Pues, de partir, va á sonar la última que pasas en la tierra. ¿Cómo tienes el alma?

—Como tenerla... la tengo bien, es decir, bien: no del todo mal...

—Bueno, esté como esté, tú te entenderás con Dios. ¡Vamos, que es tarde!

Y, como yo remolonease, el santo se puso serio, y me dijo:

—¿No me has oído? Dígote que te embarques. ¡Arriba!

—Yo, dominado por aquella voz, pensé:

Biblioteca Nacional de Maestros

Mira, Tonio, mejor es que obedezcas, no sea que...

Y, sin hablar más, salté dentro de la barca; sentéme en un banco, y me despojé de la gorra de manga, que en mi tierra usamos todos. Al fin y al cabo, pensé, aunque uno sea algo bruto y arisco, mostrar un poco de educación nunca está de más.

No tuve tiempo de hacer nuevas reflexiones; el mar se puso alborotado, el cielo tempestuoso, y la barca empezó á inclinarse sobre un costado, amenazando volcar.

—Tonio,—me dijo el celestial portero;—nos vamos á pique; ¿qué tienes dentro de la gorra que pesa tanto?

—¿Qué he de tener: ¡nada!

—¡Cómo, nada! Míralo bien. Mete la mano dentro.

Obedecí, y quedé frío: la gorra estaba llena de guijarros que pesaban cien veces más que el plomo.

—¡Échalos al mar!

—No me lo hice decir dos veces; pero, al tirarlos al agua, sucedió algo que me llenó de espanto.

Cada guijarro, al caer al mar, repetía una

Biblioteca Nacional de Maestros

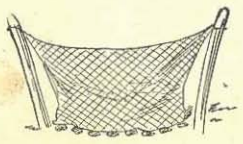
de las blasfemias y malas palabras que yo, infeliz de mí, había usado á diario durante años y años.

—Ya te lo dije—recalcó el santo.—Tu lengua soez nos pierde; el agua entra por la borda. Si hay en ti un resto de fe, ruega, suplica á Dios.

Yo me arrodillé, levanté los ojos á lo alto, y... en aquel momento desperté azorado y lleno de congoja.

Al verme salvo en mi casa y entre los míos, medité:

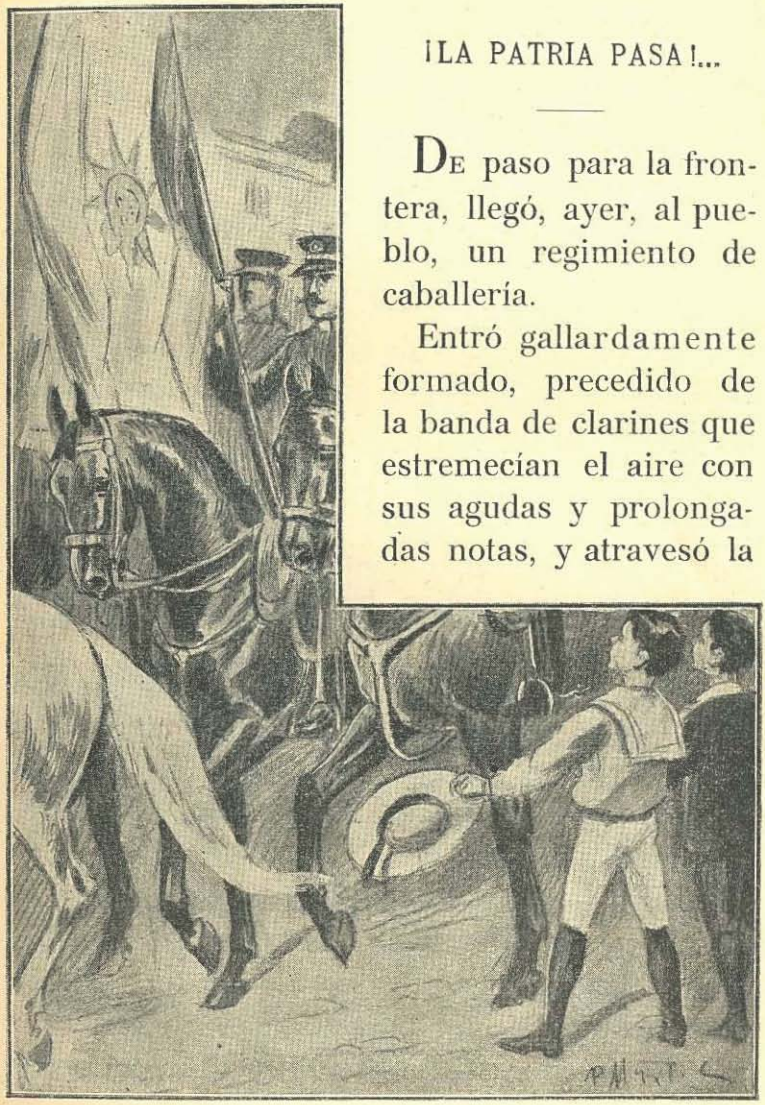
—¡Tonio—me dije.—Esto es un sueño; pero á veces, los sueños resultan avisos. Por sí ó por no, Tonio, será mejor que te enmiendes y asees tu lengua. Jura que jamás se abrirá tu boca para maldecir ni acusar las quinientas.



Lo juré y lo he cumplido. Lo que fué sueño podría ser verdad algún día, y, por si acaso... ¡bueno es estar en paz con los hombres, y con Dios!

Así habló el viejo marinero, que después de haber sido un boca sucia y un pendenciero durante largos años se mostró siempre razonable, comedido y cuerdo.

Biblioteca Nacional de Maestros



¡LA PATRIA PASA!...

De paso para la frontera, llegó, ayer, al pueblo, un regimiento de caballería.

Entró gallardamente formado, precedido de la banda de clarines que estremecían el aire con sus agudas y prolongadas notas, y atravesó la

Biblioteca Nacional de Maestros

población con admirable apostura.

Daba, realmente gusto, contemplar aquellos jinetes tan apuestos y airosos, fijos en la silla, enhiesto el cuerpo, arrogante la mirada, sosteniendo con fuerte mano la ligera lanza, cuyas banderolas, rojas y blancas, ondulaban alegres al viento.

Aquí, tan tierra adentro, el brillo de los uniformes, las voces de mando y el chocar de las armas, impresionan mucho más que en las grandes ciudades.

Yo, en Buenos Aires, veía militares á cada paso; pero nunca comprendí, en la populosa capital, como aquí he comprendido, el hermoso significado que tienen las palabras soldado y ejército.

Aquí, he visto claro que ser soldado, no es un penoso deber, sino una honra; que vestir el uniforme y cargar un sable ó un fusil, es convertirse en defensor, en guardián de nuestro hogar, de nuestras leyes; del suelo augusto de la patria; y un sentimiento de noble orgullo ha invadido todo mi ser, al considerar que, de aquí á unos años, yo también seré soldado; también seré custodio de mi pueblo, de mi nación.

¡El ejército! ¡Cuántas nobles ideas ha hecho

Biblioteca Nacional de Maestros

nacer en mí ese nombre! Me he figurado que, tras del regimiento que á mis ojos desfilaba, vendrían otro y otros más, en infinita y no interrumpida sucesión, formados de hombres de todas las edades, posiciones y fortuna; de todos los argentinos, en fin, y al pensar así, me he dado cuenta de que el ejército es el pueblo entero, la nación puesta en armas para castigar al osado que se atreviera á desconocer ó vulnerar nuestro derecho. ¡Qué cosa tan grande!

Y, entonces, también, á pesar de mi corta edad, he comprendido el porqué del culto tierno, íntimo y entusiasta que, ya de niños, tributamos á nuestra bandera, que es, á la vez que símbolo de nuestro pasado, sentimiento é idea que nos une á todos en una sola aspiración y en una esperanza única; y, tanto se enseñoreó de mí este pensamiento, que, cuando mantenido en alto por un alférez muy joven, ha pasado ante mí el estandarte del regimiento, blandamente mecido por los puros aires de la Pampa, me he descubierto reverente, mi corazón ha latido con más brío, y una voz venida de arriba, de muy arriba, me ha dicho: así, así debes honrarla siempre, porque al pasar ella, la bandera, es la patria, *¡tu patria!*, la que pasa.

Biblioteca Nacional de Maestros

BANDERA DE LA PATRIA...

ÁGUILA de oro templada por el sol de la victoria
Tu vuelo es rosa de estrellas tejida en fúlgida lumbre;
Por eso al flotar rutilas como una llama de gloria
Sobre un altar de laureles en el plinto de una cumbre.

Tiñó la aurora tus pliegues con regias pompas triunfales;
Guardaron nobles Bayardos tu brillo con sacro anhelo:
La espada te dió una selva de coronas inmortales,
Y el esplendor de la idea te ornó en ráfagas de cielo.

Riza tus ondas el viento como imperial vestidura;
Cual un jirón de infinito vibra el azul de tu manto:
Y en las galas deslumbrantes de tu olímpica blancura
La inspiración de los libres halló el fulgor de su canto.

Te siguió el héroe entre el humo y el fragor de la metralla;
Belgrano te ungió princesa con férvido ardor bravío;
Y ufano de tu hermosura te contempló en la batalla
Como un ala redentora tremolando en el vacío.

PEDRO J. NAÓN.

Biblioteca Nacional de Maestros

LOS JINETES ARGENTINOS

Cuatrocientos años atrás, no se conocía el caballo en nuestras llanuras.

Vinieron, los primeros, con los descubridores españoles; y, cuando los indios, moradores del país, les contemplaron, creyeron, llenos de espanto, que jinete y cabalgadura formaban un solo ser, monstruoso y horrible, y huyeron ante él llenos de supersticioso temor.

Terminada la conquista, esparcióse el caballo por la inmensidad de la Pampa desierta; y,

Biblioteca Nacional de Maestros

tanto se multiplicó, que durante muchísimos años, fueron los rebaños de caballos sin dueño conocido, los solitarios y únicos moradores del desierto.

El caballo criollo, de mediana estatura, no se distingue por la belleza de su estampa, ni por la elegancia de sus formas; pero, es fuerte, sufrido, resistente y sobrio.

Bajo la mano y cuidado de su jinete inseparable, el gaucho, estos caballos hacen milagros; devoran las leguas y resisten el hambre, la sed y la fatiga, como quizá no las resista caballo alguno de la tierra.

¡El gaucho! Su nombre va unido al pasado heroico de nuestro pueblo, y no es posible evocar el recuerdo de la pampa, sin que surja en el horizonte la inconfundible silueta del admirable jinete argentino, caminando despacio y tranquilamente, una veces, ó bien, cruzándola rápido y veloz como una flecha, otras.

Los gauchos, los gloriosos y fuertes campesinos que, en Perdriel se midieron con los veteranos soldados de Inglaterra, tienen en nuestra historia militar, páginas luminosas.

Son ellos los que, con su irresistible empuje, quebraron al ejército español en Tucumán; los

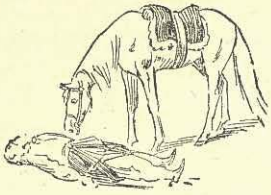
Biblioteca Nacional de Maestros

que en Salta, siguiendo á Güemes, defendieron y cerraron las fronteras de la patria.

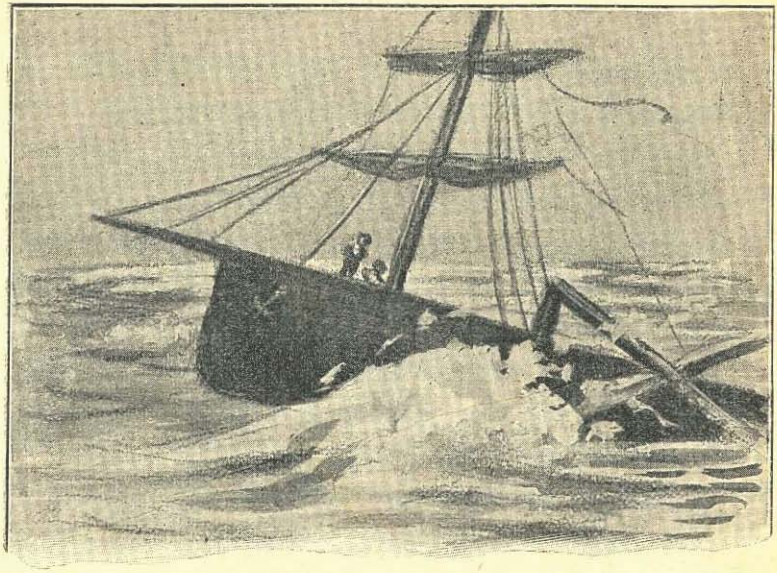
Con frecuencia, sin otras armas que el flexible y resistente lazo, acercábanse á los soldados del rey, enlazábanles cual si fueran reses, y luego, ya derribados, les arrastraban por el campo como sangrientos é inertes despojos.

Y no se limitaba á esto sólo su audacia: vióseles, en muchos casos, arrebatar á lazo los cañones, dejando al enemigo sin artillería.

Hoy, ya no hay gauchos, nuevas gentes y nuevas costumbres han acabado con ellos, pero no con su memoria; puesto que nada ni nadie podrá borrar el recuerdo de aquel tipo hermoso y gallardo, gran jinete, buen cantor, guitarrero, jaranista y domador incomparable, que fué el encanto de nuestras campiñas y la noble personificación de un glorioso pasado.



Biblioteca Nacional de Maestros



UNA BORRASCA

Todas las mañanas, al levantarme, mi primera mirada es para el mar.

Me gusta contemplar sus aguas verdosas, casi siempre dormidas, y sigo con curiosidad incesante la blanca vela ó el penacho de humo de los escasos buques que, de cuando en cuando, aparecen en el lejano horizonte.

Pero, mi hermoso mar, tranquilo y risueño, hace días cambió de aspecto; el inquieto olaje y el tono más lívido y obscuro del agua y del cielo, presagiaban la terrible borrasca que ha

Biblioteca Nacional de Maestros

estallado hace muchas horas, y que no tiene trazas de acabar.

En pleno día, la obscuridad es cada vez más profunda; y las olas, que furiosas baten las escarpadas barrancas de la costa, al chocar contra ellas, con estridente mugido, levantan altos penachos de blanca espuma que se desvanece en el espacio.

Hace más triste y medroso el aspecto que el mar ofrece, la continuada luz de los relámpagos, el retumbar de los truenos y el seco crepitar de los rayos.

—Cuán triste debe ser la suerte de los infelices que, sin más amparo que el de Dios, se encuentran lejos de toda costa, combatidos por esas montañas de agua que pueden tragarlos en un segundo, sin dejar siquiera rastro de ellos.

Así, me decía yo a mí mismo, cuando papá, que hacía rato entrara en mi habitación, sin que yo lo advirtiera, me contestó:

—No creas, Bertito; no es en alta mar, cuando en tiempo borrascoso como este, se sienten más intranquilos los navegantes. Allí pueden huir, pueden correr el temporal, como dios dicen.

Biblioteca Nacional de Maestros

El peligro, las probabilidades de naufragar aumentan cuanto más cerca de la costa se hallan; entonces, una ráfaga, un golpe de mar, empujándoles con violencia, hace, en un instante, de un fuerte y poderoso buque, un montón de astillas, y, de los hombres, débiles juguetes, que se hacen añicos contra las peñas.

—Y, ¿los que están seguros en tierra, les dejan perecer? ¿No pueden hacer nada para salvarles?

—¡Oh! Ya lo creo; pueden hacer y hacen: para socorrer á los que están sobre el mar, para señalarles los escollos, hay muchos hombres humildes y abnegados que arrastran grandes peligros, y que viven una vida triste y miserable; los torreros son, entre ellos, los que más penan y sufren.

—¿Quiénes son los torreros, papá?

—Te lo voy á explicar.

Biblioteca Nacional de Maestros

LOS FAROS

En las partes más abruptas y solitarias de las costas, para advertir á los marineros y evitar los naufragios, las naciones construyen faros; torres cilíndricas, de más ó menos altura, que se yerguen en un islote ó sobre un peñascoso promontorio, batido á todas horas por las olas.

La vida del guardafaros es triste, dura y peligrosa; más que hombres que ejercen una misión, parecen penados que purgan una pena, ¡tan solitaria es su existencia, y tan completo su aislamiento!

Biblioteca Nacional de Maestros

Del bote que les conduce al faro, suben á la torre, á través de cuyas troneras sólo se divisa cielo y agua, y á la hora de estar allí, empiezan á sentir las angustias de la asfixia, sensación penosa que no les abandona hasta que los pulmones se han acostumbrado á la enrarecida atmósfera que allí reina.

De noche, los aullidos estridentes del mar, llenan de lúgubres rumores los rincones todos de la torre. y, mientras arriba, en la linterna, uno de los torreros, con los doloridos ojos protegidos por negros anteojos, vigila el juego de los cristales, abajo, en el sótano duerme el otro vigía, indiferente á la bronca sinfonía del viento y del agua.

Á veces, estos dos hombres, que viven juntos en un espacio tan reducido, están más separados que si vivieran en puntos muy distantes; no cruzando entre sí otras palabras que las precisamente necesarias para cambiar una consigna.

El aislamiento, la soledad y la monotonía aplastadora de su modo de vivir, les vuelve ensimismados y taciturnos; rara vez, dos guardafaros, se tratan de tú; entre ellos, el usted, es casi reglamentario.

Biblioteca Nacional de Maestros

Están expuestos á graves peligros; pues, aparte de que algunas veces los golpes de mar han destruído las torres, arrastrando á los guardianes, padecer hambre y sed, es para ellos cosa corriente; pues, son infinitos los casos en que los temporales impiden á las chalupas conductoras de los víveres, aproximarse al faro.

Y, sin embargo, y, á pesar de todo, esos hombres no descuidan jamás el cumplimiento de su deber; diríase que la responsabilidad que sobre ellos pesa, les da fuerza y resistencia para no dejarse vencer por el marasmo y la atonía.

Son, estos humildes funcionarios, dignos de consideración y respeto; forman, como tantos otros, la numerosa falange de los héroes abnegados é incógnitos que, á menudo, sacrifican hasta su vida, sabiendo que su sacrificio no será recompensado, y quizá ni aun reconocido.

Estas torres solitarias y tristes, son teatro, con harta frecuencia, de dramas punzantes y conmovedores; quiero relatarte uno de ellos, de lo cual ha dado cuenta no hace muchos días, uno de nuestros grandes periódicos: *La Nación*, de Buenos Aires.

Biblioteca Nacional de Maestros

NOCHE HORRIBLE — LA MUERTE EN EL FARO

En uno de los faros de la costa de Bretaña, en Francia, servía un guardián que, por concesión especial, logró permiso para que vinieran con él, en la torre, su mujer y sus dos hijos: un niño y una niña.

Sucedió, que un día, mientras limpiaba la linterna, sintióse el torrero enfermo: sobreponiéndose á los dolores, acabó su tarea, dejando el mecanismo listo para funcionar.

Bajó después al cuarto donde estaban reunidos los suyos y se dejó caer sobre una silla, pálido el rostro, frías las manos y nublada la vista.

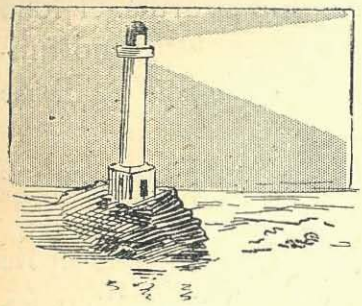
Biblioteca Nacional de Maestros

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?—le preguntó alarmada su esposa.

—No sé, siento una angustia... algo extraño que no he sentido nunca. Pero, no te alarmes; voy á acostarme un rato y verás como el malestar desaparece.

Se acostó para no levantarse más: á las dos horas murió, en los precisos momentos en que el mar, en aquellos parajes siempre imponente, empezaba á ponerse bravo y amenazador.

La pobre esposa y los niños, solos con su pena, sin nadie que les consolara ni les prestase ayuda, lloraban en silencio, fijos los ojos en el amado muerto.



Pero, en medio de su aflicción, la viuda no olvidó su deber: acallando sus melancolías, al ver que la noche se aproximaba, subió á la torre y encendió la linterna; cumplida esta obligación, volvió á ocupar su sitio cerca del extinto.

En medio del recogimiento que reinaba en la estancia mortuoria, sólo interrumpido por el

Biblioteca Nacional de Maestros

ronco mugir de las olas, se dejó oir un grito; en tanto que el varoncito, que se había asomado á la pequeña explanada de la torre, para observar si mejoraba el tiempo, entraba agitado, y decía:

—¡Mamá! ¡Mamá! La linterna no da vueltas.

La madre quedó un momento sobrecogida, dándose cuenta de la gravedad del hecho observado por el niño.

El faro, era, efectivamente, giratorio; si permanecía fijo, los marinos, desorientados, le confundirían con otro; y, engañados por las apariencias, irían, quizá, á estrellarse contra los riscos y los escollos.

—¡Venid!—dijo á sus hijos; y, casi corriendo, subió á la altura, donde ardía el foco luminoso. Examinó el mecanismo, que no funcionaba bien, y que ella no se sentía capaz de componer.

Meditó un momento y tuvo una idea salvadora.

Explicó y enseñó á sus hijos la manera de hacer girar á mano la linterna, y, cuando les vió entregados á su tarea, bajó de nuevo, y sola y derramando amargas lágrimas, amortajó al compañero de su vida.

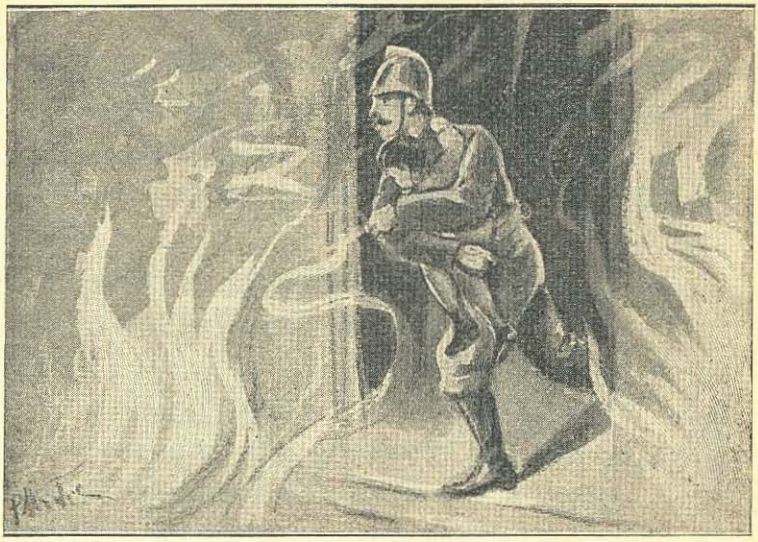
Biblioteca Nacional de Maestros

Durante toda la noche, compartió su tiempo, ya rezando junto á su marido, ya subiendo á la linterna para acariciar y animar á sus hijos que, con un cuidado extremo, seguían haciendo girar el luminoso guía.

Al amanecer, poco después de apagada la luz, la chalupa aprovisionadora bajaba á tierra el cadáver, los huérfanos y la viuda.

El gobierno francés, en recompensa de su conducta, concedió á la señora la dirección de un faro, situado en un lugar menos desierto, y el pueblo de París, al conocer el hecho, levantó una subscripción á favor de los huérfanos que, en pocas horas alcanzó á veinte mil francos.

Biblioteca Nacional de Maestros



HÉROES HUMILDES—EL BOMBERO DE NUEVA YORK

—Tenías razón, papá, hay muchas vidas sencillas y obscuras, que, por su abnegación y heroísmo, son dignas de respeto y simpatía.

Tu historia del faro me recuerda la que nos contó hace días en la escuela, el señor director, y cuyo héroe fué un bombero de Nueva York.

—Y, ¿qué es lo que os contó el señor maestro?

—Pues, nos dijo, que habiendo estallado un violento incendio en una casa habitada por obre-

Biblioteca Nacional de Maestros

ros, el fuego se propagó con tanta rapidez, que, á los pocos momentos, estaba el edificio convertido en una hoguera.

Los bomberos, que creían haber puesto en salvo á todos los moradores de la casa, se ocupaban en contener las llamas, cuidando de que no hicieran presa en las construcciones vecinas, cuando de pronto, se dejaron oir los gritos desgarradores de una mujer que, llorando desesperadamente, decía: "¡Salvad á mi hijito!; ¡no le dejéis perecer!; ¡le dejé durmiendo, arriba, en el quinto piso!; ¡si vosotros tenéis hijos, en memoria suya, no dejéis que yo pierda el mío!"

La multitud, enternecida, abrió paso á la desgraciada madre, que, suplicante, tendía á todas partes los brazos, en demanda de auxilio y de piedad.

—¿Hay un hombre valeroso que quiera desafiar á la muerte?—preguntó el jefe de los bomberos.

—Uno de ellos, de alta estatura, pelo entrecano y mirada dulce y serena, adelantó unos pasos, diciendo:

—Estoy pronto; que arrimen la escalera.

En un instante se desplegó uno de estos aparatos ligeros y resistentes, con cuya ayuda

Biblioteca Nacional de Maestros

trepan los bomberos á grandes alturas, y se vió á un hombre ascender ligero y resuelto, seguido por la mirada anhelante de la multitud.

Por fin, llegó á la meta: viósele poner las manos sobre el alféizar de una ventana, saltar y perderse entre el humo y el fuego.

Al poco rato, un ¡hurra! colosal llenó el espacio, al divisar la multitud al noble bombero que, con un niño en brazos, aparecía en el ventanal.

Pero, entonces, sucedió algo horrible; la escalera, atacada por el fuego, se quebró, cayendo al suelo con estrépito.

Al hurra entusiasta, sucedió un grito de terror, y, luego, un silencio profundo.

El abnegado salvador del niño no se turbó, pero, comprendiendo que estaba perdido, quiso terminar su noble acción tratando de salvar, por segunda vez, la existencia de la débil criatura, que se aferraba á su cuello con fuerte abrazo.

Hizo la señal de la cruz; colocóse en pie sobre la ventana, de espaldas á la calle, y levantando en alto al niño, se lanzó al espacio.

El niño salvó, pero su heroico salvador quedó sin vida, destrozado contra las losas de la calle.

—¿Y no os dijo más vuestro director?

Biblioteca Nacional de Maestros

—Ya lo creo; nos dijo que las mujeres de Nueva York, levantaron, en el cementerio más bello de la ciudad, un monumento al hombre de corazón que dió su vida por salvar la de un niño; y que en aquel monumento nunca faltan flores.

—Y aun debió deciros que no faltarán jamás; porque, cuando no las hubiera en los campos, siempre adornarían la tumba del modesto héroe las del amor y de la gratitud, que crecen siempre bellas y ufanas, en el alma pura y santa de las madres.

Biblioteca Nacional de Maestros

EL CORREO DE LOS ANDES

Justo es alabar y aplaudir los nobles ejemplos, sea donde sea que se produzcan: pero, bueno es que sepas que, afortunadamente, no es necesario salir de nuestra casa para hallar rasgos de valor y de abnegación, dignos de loa y alabanza.

Cuéntase de un pobre correo andino que, sorprendido por un violento temporal de nieve, en plena cordillera y lejos de todo auxilio y refugio, sintiéndose invadido por el sueño precursor de la muerte, se arrastró, penosamente, hasta encontrar una oquedad en la roca, donde introdujo la valija de la correspondencia, para salvarla de ser destruída por el agua y los hielos. Cumplido este deber, se sentó al pie del peñasco para morir resignado, velando hasta el último momento por la conservación del depósito que le fuera confiado.

Biblioteca Nacional de Maestros

Este humilde servidor del Estado, dió pruebas de ser tan animoso y valiente como el más bravo de los soldados.

No menos digno de respetuosa memoria es un humilde gendarme de nuestra policía, que en la última inundación, cuando millares de

personas se vieron en un momento, envueltas por las fangosas aguas, sin hogar, sin fuerza, y á merced de la violenta correntada, salvó, arrostrando peligros inmensos, á veintiocho personas, casi todas ellas, ancianos, mujeres y niños.

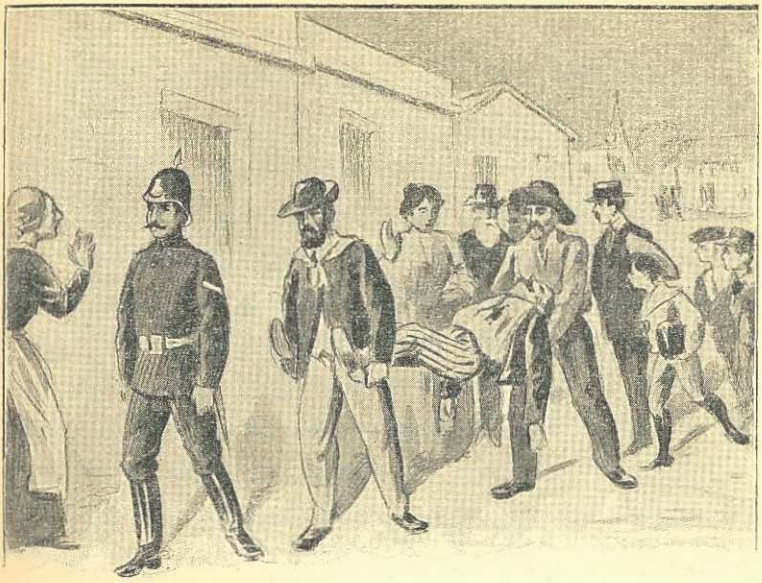
Biblioteca Nacional de Maestros

Cansado, exhausto casi, iba á retirarse, cuando unos gritos lastimeros se dejaron oir, pidiendo amparo y socorro.

El noble gendarme, sin pensar en sí ni en los suyos; sin tener en cuenta que él también tenía esposa é hijitos á quienes proteger y por los que debía velar, se lanzó de nuevo al agua; salvó á un anciano, á una señora joven y á dos niños; pero el caballo, muerto de hambre y fatiga, se dobló y, en un instante, el jinete y la cabalgadura, desaparecieron, arrollados por la mole inmensa de las aguas.

Es de esperar, que la sociedad, agradecida, salve del olvido el nombre de este héroe de última fila, como un tributo de honor, y como un acto de justicia hacia un hombre bueno, que todo lo sacrificó á la religión santa del altruísmo y del deber.

Biblioteca Nacional de Maestros



UNA DESGRACIA

—¿Sabes la noticia, Alberto?

—No, ¿qué ocurre, Rafael?

—Pues, sucede, que esta mañana han encontrado muerto, en medio de la carretera, al viejo Martín; parece que un carro le atropelló.

—¡Pobre! Y, ¿cómo ha podido ser esto?

—El comisario cree que Martín, como de costumbre, estaría ebrio; que estando así, ha caído, quedándose dormido, y que algún carro le ha pisado.

Biblioteca Nacional de Maestros

—¡Pobre Martín! ¿Te acuerdas? ¡Cuánto nos ha hecho reir!

—¡Parece imposible que haya personas que se dejen dominar así, por un vicio tan feo!

—Y tan vergonzoso; porque, cuando un hombre está habituado á la bebida, no parece hombre, parece una bestia; no puede mantenerse en pie, no sabe lo que habla, ni lo que hace, y se convierte en mofa de todo el mundo.

¡Qué vergüenza no sentirán, cuando una vez serenos y tranquilos, recuerden lo que han hecho; las sandeces que han dicho, y el triste espectáculo que han dado!

—Eso será al principio. El médico, días atrás, hablando con papá, á propósito, precisamente del pobre Martín, decía, que es tan destructor el efecto de la bebida, que, hombres que antes de entregarse á ella, eran modelos de pundonor y delicadeza, acababan por degradarse y perder toda noción de dignidad.

—Y, ahora ¿qué van á hacer con Martín?

—Dice que le harán la autopsia, y luego le llevarán al cementerio.

—¡Y allá quedará solo, sin nadie que le llore ni le recuerde!

Biblioteca Nacional de Maestros

—Es verdad; nadie en el pueblo sabe de dónde vino, ni si tiene familia ó no.

—¡Qué desgraciado era este hombre! Solo; sin amigos que le acompañasen, le atendieran ó le aconsejasen, y, para colmo de desgracias, víctima del alcohol... ¡Yo, te lo digo francamente: preferiría perder la vida á caer tan bajo.

—Tienes razón. El hombre debe preferir cien veces la muerte, antes que enlodar su dignidad y su reputación.

Preocupados por la desgracia del pobre Martín, llegamos á la escuela, donde encontramos ya á muchos compañeros: ¡todos hablaban de lo mismo, y todos mostraban el mismo horror al detestable vicio, que ataca y destruye lo que constituye la superioridad del género humano sobre la creación entera: ¡la razón, el juicio!

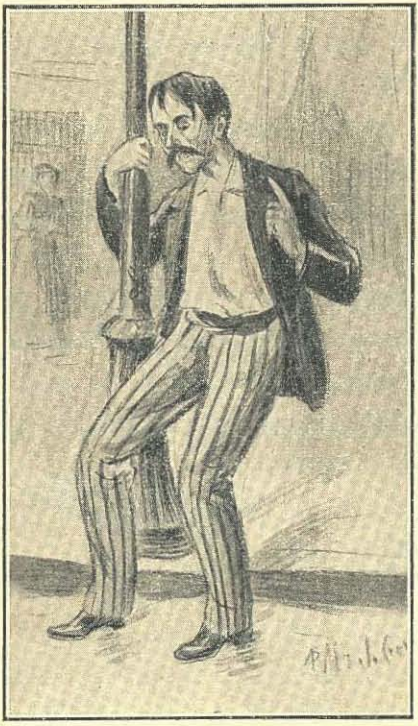
Al empezar la clase, el señor director, que daba muestras de estar muy afectado, nos dijo:

—Todos ustedes conocen la desdichada muerte del pobre Martín; quiero hablar de esta desgracia con ustedes, para que aprendan á odiar ese veneno moral y material que á tantos seres hunde en la miseria y la abyección: el alcohol.

Biblioteca Nacional de Maestros

UN HORRIBLE Y ODIOSO VENENO

El triste fin de este desgraciado, muerto en la soledad y en el abandono, sin haber dado á su vida un fin útil, ni haber servido para nada, ni á nadie, deben ustedes recordarlo siempre: si tienen ustedes la suerte de ser temperantes, para felicitarse de poseer tal virtud; como á saludable ejemplo, si nunca una tentación ó un mal amigo quisieran inclinarles á contraer tan bajo y repugnante vicio.



Los bebedores, los que consumen sus energías. envenenan su

Biblioteca Nacional de Maestros

sangre y aniquilan su cerebro con el alcohol, dicen, para justificar su fatal costumbre:

El alcohol abre el apetito, alimenta, da fuerzas, calienta el cuerpo, exalta la imaginación y aviva la inteligencia.

Jamás se han dicho tantas falsedades en tan pocas palabras: el alcohol no abre el apetito, ni facilita la digestión, ni alimenta.

Experiencias químicas, numerosas y decisivas, demuestran lo contrario; el alcohol no facilita, sino que dificulta y hace incompleta la digestión, destruye el estómago y origina muchas enfermedades tan incómodas como peligrosas.

Tampoco es cierto que dé fuerzas: produce una momentánea excitación del sistema nervioso, que, aparentemente y por breve plazo, da al hombre mayor energía, pero, sobreviene pronto la reacción, y con ella el agotamiento y la incapacidad para dedicarse á toda ocupación material ó mental que exija un esfuerzo intenso y continuado.

—*Pero,*—dirán algunos—*aun suponiendo que el alcohol no dé fuerza, ni alimente, ni favorezca la digestión, no puede negarse que en invierno calienta el cuerpo.*

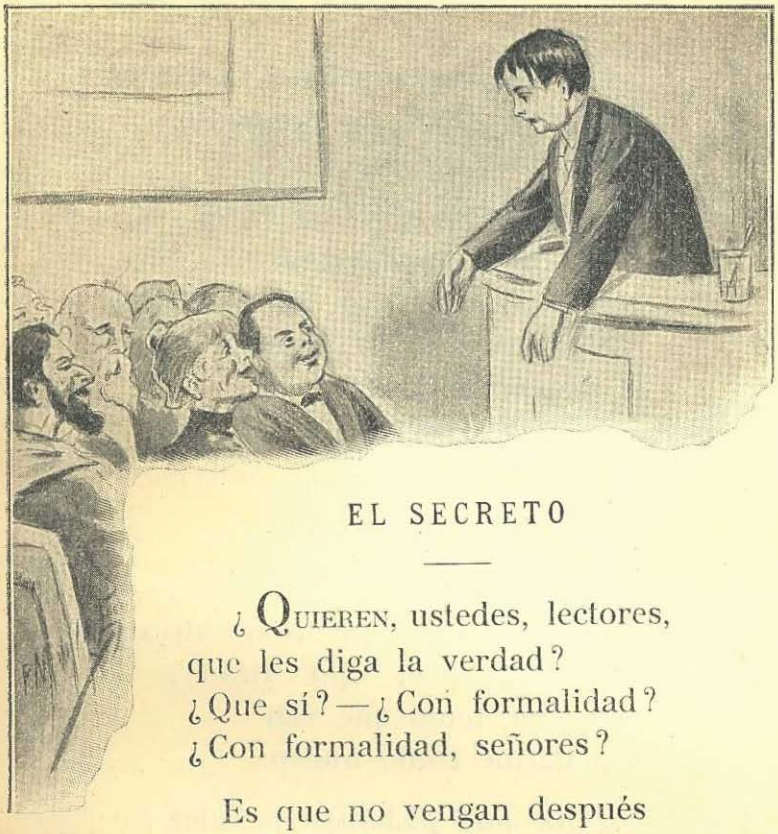
Biblioteca Nacional de Maestros

Á los que así se expresan, se les podría preguntar: *y si para tomarlo invocáis la necesidad de combatir los fríos invernales, ¿ por qué lo tomáis en verano? ¿ es para daros frío?*

Sin grande esfuerzo se puede probar, igualmente, que el alcohol ni aviva la inteligencia, ni exalta la fantasía; lo que hace es arruinarlas; los hombres más inteligentes y artistas del mundo, jamás fueron los más viciosos.

Los que buscan en el alcohol inspiración é ideas, son los nulos, los fracasados, los inútiles; los que confunden la fugaz llamarada de un puñado de paja seca, con el esplendoroso brillar del sol.

Biblioteca Nacional de Maestros



EL SECRETO

¿Quieren, ustedes, lectores,
que les diga la verdad?
¿Que sí?—¿Con formalidad?
¿Con formalidad, señores?

Es que no vengan después
y me pongan en un potro
con que si esto ó si lo otro
ó con que sí es ó no es.

Tal vez yo me tome alargas
confiando en sus bondades...
Y como sé que hay verdades
que resultan tan amargas...

Biblioteca Nacional de Maestros

En fin, ¿se empeñan? Corriente.
Bien está. Pero, un momento.
¿Digo todo lo que siento?
¿Todo? Bien, perfectamente.

Me dejan en libertad
¿eh...? Gracias por las mercedes.
¡Caiga, caiga sobre ustedes
la responsabilidad!

Digo, pues... Vamos, no sé
cómo empezar á decir
ni cómo he de concluir.
¿Me animan? Pues digo que...

Mas, por Dios, que no me atrevo;
me horroriza el "qué dirán".
Caramba, temo que van
á ponerme como nuevo.

¿Que no? ¿Llaman pesadez
á mis temores fundados,
y hasta exclaman irritados
que concluya de una vez?

En duro trance me veo,
y todo por culpa mía.
Señor, ¿quién me mandaría
sacar la lengua á paseo?

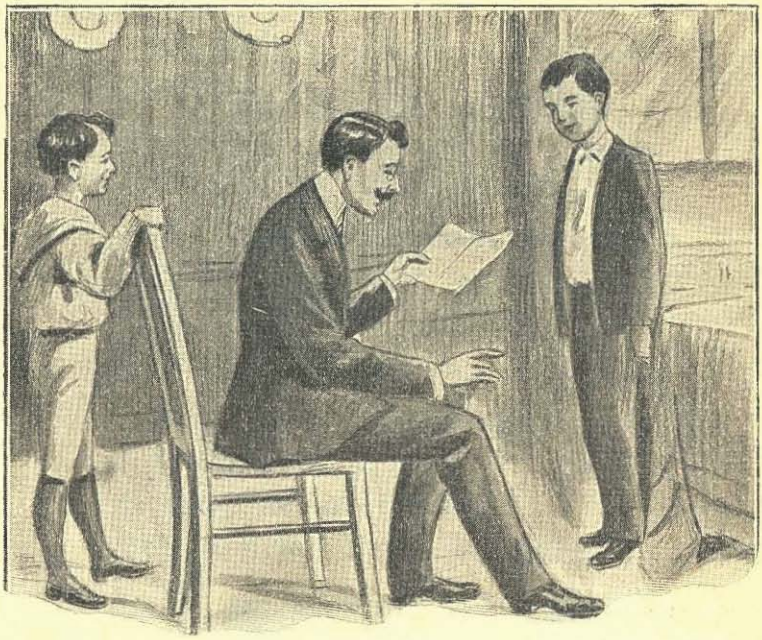
Biblioteca Nacional de Maestros

. . . . . .

Acérquense. Las paredes
oyen, y yo me prevengo...
La verdad es... que no tengo
nada que decir á ustedes.

RAMÓN BARCO.

Biblioteca Nacional de Maestros



CARTA DE ESPAÑA

Nuestro sirvientito Jesús, es un asturianito muy simpático; servicial, trabajador y respetuoso sobre toda ponderación.

Es inteligente, aunque su extremada timidez no le permita demostrarse tal cual es; papá suele decir que es uno de estos seres que, de puro humildes, parecen zonzos.

Hace medio año que llegó al país y cinco

Biblioteca Nacional de Maestros

meses que está con nosotros; quiere entrañablemente á su mamá y á sus hermanitos, y les recuerda á todas horas con ternura; á mí me profesa una adhesión sin límites, y nunca está tan satisfecho como cuando hace algo que sea de mi agrado

Hizo, semanas atrás, un giro á España por cincuenta pesos; primer dinero enviado á los suyos desde su arribo á la Argentina, y ayer, por fin, llególe carta acusando recibo de la letra.

Como él no sabe hacerlo, pidió á papá que se la leyera; y era cosa digna de ver la atención con que atendía la lectura, y las emociones que delataba su rostro, al escuchar los consejos y las frases llenas de cariño que, desde el otro lado del mar, le enviaba su buena madre.

— " Dios te pague en bendiciones, hijo mío, — decía la carta — la alegría que me has dado. Bien, muy bien, me ha venido el dinero; pues, tú ya sabes que en la aldea, la vida es dura, las necesidades muchas y los recursos pocos; pero, lo que más me ha llenado de contento, son tus recuerdos y tus buenas palabras.

Biblioteca Nacional de Maestros

"No nos olvides nunca: tus *hermaniños* preguntan siempre cuándo vas á volver, y yo, que te sigo siempre con el pensamiento, que te veo en todas partes, con los ojos del alma, le rezo todas las noches á la bendita Virgen de Llanes, para que no te deje nunca y vele siempre por ti, alejándote de todos los peligros.

"Sé bueno, sé honrado, como lo fueron tu padre y tus abuelos, pórtate como un buen servidor, y sé siempre sumiso y humilde con tus patrones y superiores.

"Dale al buen señor en cuya casa estás, y en mi nombre, las gracias más cumplidas por la bondad con que te trata, y págasela tú, sirviéndole con amor, respeto y lealtad, sin darle nunca motivo de queja, ni menos de arrepentimiento por haber sido contigo benévolo y misericordioso: no olvides nunca, hijo mío, que la gratitud es el título de nobleza de los pobres."

Cuando terminó la lectura de la carta, en los ojos de Jesús había lágrimas; papá permaneció callado un momento, y luego, con voz muy cariñosa, dijo al buen muchacho: — Dios te bendiga, Jesús, por el buen rato que has proporcionado á tu excelente madre y por el

Biblioteca Nacional de Maestros

buen corazón con que has aliviado su estrecha situación.

—Y, bendita sea la tierra,—contestó el rapaz, levantando sus mansos ojos,—donde hay personas buenas como usted, y donde el que es honrado y trabajador *lo puede ganar.*

Biblioteca Nacional de Maestros

UN TERCETO SIMPÁTICO

Cuando trabajo en "mi chacrita" casi nunca estoy solo; me acompaña un trío de personajes en miniatura, á cual más simpático y monín.

Es el primero, Juanita, apreciable y gentil señorita de cuatro años, blanca, rubia, de ojillos alegres, y una lengüecita que maneja con garbo y primor sorprendentes.

Es la amiguita de los pájaros: recoge cuanta miga de pan está á su alcance; la desmenuza con paciencia, y luego, cuando viene á verme, deposita su regalo en un lugar visible, y grita, muy entusiasmada y palmoteando gozosa:

—¡Vengan, pajaritos, vengan; aquí tienen comida!

Pero los pájaros, que á la cuenta, ya saben que las caricias de los chicos suelen resultar para ellos *cariños que matan*, se mantienen á prudente distancia, sin abandonar la rama en que se posan, hasta que Juanita, ofendida por tanta esquivez, les da la espalda, y se aleja, murmurando muy despectivamente: —¡Zonzos!

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

Eduardito, otro de la partida, es una personita de dos años, blanco, rosadito y con una cabecita escarolada que da gusto: su miradita tranquila y apacible, parece delatar un genio corto y apocado; pero, fíese usted de apariencias; porque, el tal caballerito, es un travieso, que, ¡ya!, ¡ya!

No permite, ni deja sin correctivo, avances ni demasías de nadie ni de ninguna especie.

Días atrás, mientras examinaba mis macetas, se golpeó contra una tina; quedóse un momento pensativo, sin llorar ni quejarse, y, luego, de repente, echó á correr.

—¿Adónde irá este diablillo?,—pensé yo.

No se hizo esperar la respuesta: armado de un grueso palo, reapareció don Eduardito; y,

Biblioteca Nacional de Maestros

sin otro trámite, sacudió reciamente á la tina, diciéndole con cierta jactancia: *Lastímeme ahora; toma, toma y toma, para que otra vez no seas atrevido ni te metas á zonzo.*

Pero, el hombre grave del terceto, es mi señor don Carlitos, una preciosidad de tres años, tan afectuoso como estiradito, que ya está mostrando ser un hombrecito de mucho carácter.

Una vez, tomó un libro de poesías que encontró sobre una silla, y, después de hojearlo, se fijó, muy atento, en el retrato del autor.

¡Ché, Alberto, —me dijo: —¿Has visto que bien hecho está esto? Y, luego, dando con los ojitos y la boquita, muestras repetidas de aprobación, prosiguió, como hablando para sí: ¡vaya

Biblioteca Nacional de Maestros

si está bien hecho!, ¡pero, muy bien hecho!

Otro día, poco apacible, por cierto, compareció impensadamente y cuando yo, ya no le esperaba; pues sé que su mamá no le deja salir cuando el tiempo está inseguro.

—¡Hola, valiente!—le dije;—¿no te asustó el tiempo?

—¡Á mí, no!—contestó, muy resuelto.

—Es extraño que te hayan permitido venir.

—La *negrita* (así llama cariñosamente á su hermana Lelia), no quería que saliera; y yo, por eso mismo, quise salir.

—¿De modo que tú has venido sólo por llevarle la contraria?

—Por eso sólo; porque ella no quería.

Y, luego, con un airecillo muy resuelto, prosiguió: ¡*Está fresca la negrita*, si piensa que va á gobernarme...!

Y, al expresarse así, me miraba, moviendo la cabecita de arriba abajo, como si quisiera decirme:

—¿Te has figurado, tú, que á mí se me domina así no más?

Así como Eduardito lo es de las plantas, Carlitos es muy amigo de los animales; se pasa el tiempo observando mis gallinas, y, en sus

Biblioteca Nacional de Maestros

diminutos bolsillos, hay siempre algún piñoncito para el canario.

Son tres criaturas buenas, lindas y amables, que me demuestran cariñoso afecto, y que con su charla, graciosa y bullanguera, me proporcionan ratos muy agradables.

Buenos y cariñosos camaradas, se quieren mucho; lo que no impide que, de cuando en cuando, regañen, se enfurruñen, y se propinen algún cachete.

En estos casos, intervengo yo; y, sin mucho esfuerzo, logro restablecer entre ellos la paz y la concordia.

Biblioteca Nacional de Maestros

RIÑA DE SANTOS

REDUCCIÓN Y ADAPTACIÓN DE UN CUENTO CATALÁN

—¡Tú eres un tonto y un mal educado!

—¡Y tú, un sinvergüenza y un guarango!

—¿Yo? ¿Yo un guarango?—Vuélvelo á decir y te bajo los dientes.

Así vociferaban esta mañana Nicanor y Paulino, dos de nuestros condiscípulos que, ellos sabrán por qué causa, se trenzaron en descomunal disputa.

—¡Cómo es eso!—exclamó una voz muy suave.—¿Ustedes también saben reñir á gritos en medio de la calle?

Biblioteca Nacional de Maestros

Sorprendidos, dimos vuelta á la cara, y vimos que, quien hablaba, era la señorita Antonieta, la maestra de grado primero, que, como nosotros, se dirigía á la escuela.

Todos, incluso los dos peleadores, la saludamos con respetuoso agrado, mientras que Nicanor murmuraba, tímidamente:

—No fué mía la culpa, señorita.

—Ni mía tampoco,—replicó Paulino, con vehemencia—fué él que...

—Bueno, no empecemos otra vez; sea quien sea el culpable, es el caso que los niños bien educados no riñen nunca; y, si riñen, riñen como los santos...

—¿Cómo los santos? Y, ¿cómo riñen los santos, señorita?

—¿No lo saben?—Pues, andando, que se hace tarde, y mientras caminamos, les explicaré el cuento.

Un día, San Pedro y San Pablo conversaban amigablemente en la portería del cielo, cuando el segundo, dijo al primero:

—Dime, Pedro: recordando aquellos tiempos en que juntos andábamos rodando por el mundo, luchando y padeciendo, ¿no has sentido deseos, alguna vez, de renovar, aunque fuese de menti-

Biblioteca Nacional de Maestros

rijillas, aquellas pasiones y aquellas luchas?

—¡Hombre, no!

—Pues, yo sí. Has de saber que, cuando echo una mirada hacia abajo, y veo á los hombres batallando, unos con otros, siento una comezón inexplicable; un deseo ardiente de hacer lo mismo, y, entonces, siento tristeza y añoranza.

—Si que lo lamento,—dijo San Pedro, afligido:—sería capaz de hacer un sacrificio, con tal de librarte de esa preocupación.

—Pues, si tú lo quisieras, muy fácil sería darme gusto.

—¡Pues no he de querer, mi buen Pablo! Dime, dime en seguida, cómo puedo complacerte.

—Muy fácilmente. Mira, uno de estos días, cuando salgamos á dar nuestro paseo, yo te ordenaré: ¡Pedro! Súbete en seguida á este árbol; tú me mirarás enojado...

—¡No, hombre, no! ¿Cómo te voy á mirar con enojo?

—Pero, ¿no recuerdas que todo será fingido?

—¡Ah! es verdad. Lo había olvidado. Continúa.

Biblioteca Nacional de Maestros

—Como decía; tú me miras con cara seria, y me contestarás: sube tú, si quieres, que á mí no me da la gana.

Nos pelearemos; estaremos enfadados un par de horas, nos reconciliaremos luego, y, ¡todos contentos!

—Me parece muy bueno tu plan. ¿Cuándo lo realizamos?

—Mañana. ¿Quieres?

—Corriente.

* * *

—Al día siguiente, salieron los santos amigos de paseo, y, como á poco andar, tropezaran con un árbol; San Pablo, con voz campanuda, dijo:

—¡Pedro! Ya estás subiendo á este árbol. Ligero, ¡que yo lo ordeno...!

No pudo seguir, tal fué la sorpresa que le causó ver á su compañero, que, con la mayor sumisión, se dirigía al árbol, dispuesto á obedecer á su compañero de apostolado.

—¡Baja, Pedro, baja! ¿Quieres caerte y romperte un hueso, hombre de Dios? ¿No habíamos quedado en que tú te negarías á obedecerme?

Biblioteca Nacional de Maestros

—Sí, hombre, sí, eso habíamos convenido; pero, ¡que quieres! me lo mandaste con tal ímpetu, que yo me dije: Puede ser que Pablo tenga verdaderas ganas de verme subir, y... obedecí.

Quedóse San Pablo callado y mohino, con gran pena del celestial portero, que, al rato, y sonriendo bonachonamente, le dijo:

—No te aflijas; mañana empezaremos de nuevo, y... ya verás.

* * *

Y dicho y hecho. Al día siguiente, salieron de nuevo, y al llegar á sitio apropiado, San Pablo, como lo hiciera el día antes, ordenó con imperio:

—¡Pedro! Trepa en seguida á este árbol, sino...

—No pudo concluir, porque San Pedro, poniendo cara fea y los brazos en jarras, replicó:

—Pues, mira, hazlo tú, si quieres, porque á mí, no me da la real gana.

Y se quedó muy fresco, aguardando la arremetida de San Pablo; pero éste, adelantándose hacia el príncipe de los apóstoles, le dijo, con gran dulzura:

Biblioteca Nacional de Maestros

—¡Tienes razón, pobre Pedro! ¿Por qué habrías de molestarte sino tienes ganas?

Y, tomándose cariñosamente del brazo, continuaron su paseo, alegres y satisfechos.

—Conque—ya saben ustedes cómo riñen los santos, ¿eh?

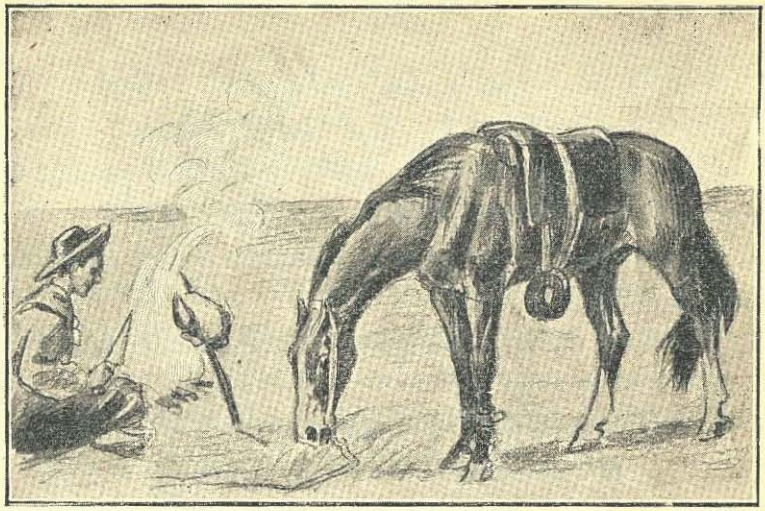
—Sí, señorita; gracias por el cuento, que es muy bonito.

—Me satisface que haya sido de su agrado. Pero, supongo que habrán entendido la indirecta, ¿no?

—Sí, señorita, y no la olvidaremos nunca.

La campana sonó, y maestra y alumnos penetramos en la escuela.

Biblioteca Nacional de Maestros



UN CUENTO DEL LIBRO

CURIOSA HISTORIA DE UNA MUJER QUE SIEMPRE ENCONTRÓ BUENO TODO LO QUE HACÍA SU MARIDO

Vivía, en un pueblecillo de campaña, llamado *Los Manantiales*, un paisano joven, llamado Julián, cuya mujer, que tenía por nombre Petrita, con admirable conformidad, encontraba siempre bueno y plausible, cuanto á su marido se le antojaba hacer.

Ocurrióle un día á Julián, la idea de vender una de las dos vacas que poseía, y Petrita, como de costumbre, lo encontró muy del caso y puesto en razón.

Biblioteca Nacional de Maestros

Al día siguiente, Julián, al amanecer, ensilló su caballo, y, arreando á la vaca, se dirigió á *Los Caldenes*, pueblo cercano al suyo, famoso por la animación de sus ferias.

Al llegar á la población, Julián, arrastrado por su amor á los trueques y permutas, no tardó en cambalachear la vaca por un cerdo, éste por una chiva; la chiva por un carnero, y, últimamente, el carnero por un gallo de roja cresta, brillante plumaje, aire provocador y gesto de perdonavidas.

—¡Ajá!—decía:—esto es tener talento é instinto de comerciante, ¡pues, no estará poco satisfecha Petrita con este gallo gordo y coquetón como no hay otro!

Y, aparejando su cabalgadura se apresuró á dar la vuelta á su casa.

Á la mitad del camino, empezó á sentir cierta languidez de estómago, que no tardó en convertirse en hambre canina; y, como no viese ni sombra de fonda ú hospedaje, mató el gallo y lo asó, comiéndolo muy tranquilamente.

Satisfecha la necesidad, siguió viaje á su pueblo, donde llegó al atardecer, dando, de manos á boca, con su compadre don Martín, quien,

Biblioteca Nacional de Maestros

muy amablemente, le preguntó cómo le había ido.

—¡Pse!—contestó Julián—ni bien ni mal.

—¡Cómo ni bien ni mal! ¿No vendió usted la vaca?

—Sí, que la vendí, pero, es como si no lo hubiera hecho.

Y contó á su compadre lo que le había sucedido.

—¡Válganme Dios y los santos, compadre! ¡Pues no será floja la escandalera que le armará mi comadre cuando se entere de sus negocios! ¡Ni por todo el oro del mundo quisiera yo hallarme dentro del pellejo de usted!

—No lo piense usted. Mi mujer es tan rebuena, que, de seguro, estará conforme con cuanto hice.

—¡Hombre! Ni que usted lo jure, creo yo eso.

—¿No lo cree usted? Pues le apuesto cien pesos á que pasa así.

¡Van!—exclamó don Martín, con firmeza.

—Bueno; venga usted tras de mí, colóquese junto á la ventana de mi casa, y, desde su atalaya, oiga, vea y juzgue.

Así lo hicieron. Petrita, al ver aparecer á su marido, no pudo contener su alegría.

Biblioteca Nacional de Maestros

—¡Gracias á Dios, que estás de vuelta! ¡Si vieras cuánto te eché de menos!... Ven, siéntate, y dime cómo te fué.

—¡Tal cual! Al empezar la feria, cambié la vaca por un cerdo.

—¡Qué bien hiciste! Verás tú, qué jamones saco de él...

—El caso es que no tengo el chancho; pues lo cambié por una chiva.

—¡Por una chiva! No pudiste hacer cosa mejor. Poco que te gustarán los quesos que haré con la leche...

—No, mi Petrita; no lo podrás hacer, porque cambalaché la chiva por un carnero.

—Pero, hombre de Dios, ¿por qué tardaste tanto en decírmelo? Hilaré su lana, y, con ella, voy á tejerte una tricota, que ni la de un rey.

—No creo que puedas tejerla. Dí el carnero por un gallo.

—¡Un gallo! ¡Trajiste un gallo! No sabes la

Biblioteca Nacional de Maestros

alegría que me das. Ya no dormiré intranquila pensando en la hora de levantarme. ¡Jesús! Si ya me parece oir el ¡quiquiriquí! que lanzará á la aurora, como diciendo: ¡arriba lirones! ¡ya llegó el día!

—Tampoco cantará el gallo...

—¿Tampoco? Y, ¿por qué?

—Porque, al regresar, sentí hambre, lo asé y lo comí

—¡Alabado sea Dios, que te inspiró tal idea! ¡No faltaba más que hubiera pasado hambre, mi maridito, teniendo á mano un gallo tierno y apetitoso!...

La puerta se abrió, y don Martín penetró en la sala, diciendo:

—Llevaba usted razón, compadre. Perdí la apuesta y pago.

Petrita, enterada del caso, se manifestó muy contenta, sabiendo que, con su conformidad, había hecho ganar á su marido una apuesta.

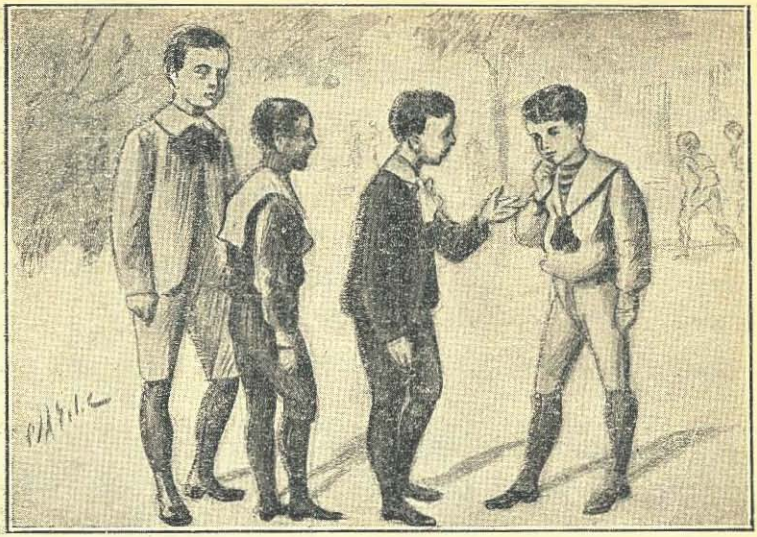
Don Martín, se retiró asombrado de que hubiera en la tierra una mujer de tan rara condición.

Contó lo sucedido á todo el mundo; y, tanto se habló de ello, que aun hoy, que ni Julián ni su mujer existen, si váis á *Los Caldenes* ó á

Biblioteca Nacional de Maestros

Los Manantiales, aun oiréis hablar de aquella amable mujer que siempre encontraba acertado y bueno, cuanto en la vida le plugo hacer á su marido.

Biblioteca Nacional de Maestros



UN ASUNTO DIFÍCIL

—Alberto, —me ha dicho Rafael; —tenemos el propósito de hacerle un buen servicio á Pedrito Morales, y, contamos con que nos ayudarás.

—Si está en mi mano, ya sabéis que no podría negarme á satisfacer un pedido vuestro; sepamos, pues, de qué se trata: ¿qué le pasa á Pedrito?

—Se ha metido en un mal negocio: ya sabes que es poco amigo de estudiar, y que, por esta causa, recibe frecuentemente amonestaciones del señor director.

Biblioteca Nacional de Maestros

—Adelante.

—Pues, sucede que ayer, el muy tonto, prefirió, á presentarse en la escuela, sin haber estudiado ni cumplido sus deberes, hacer la rabona.

—Eso no está bien, Rafael; si su padre le envió á la escuela, á ella debió ir.

—Sí, sí; no abono yo el acto de Pedrito: pero, ¡que quieres! la diablura ya está hecha: ahora, lo que importa, es salvarle del castigo que le amenaza.

Tú sabes que el padre de Pedrito es muy severo y de mano dura.

—Sí, á lo menos así lo he oído decir.

—Pues, bien; parece que alguien vió ayer á nuestro condiscípulo correteando por las quintas y...

—Y se lo contó al padre, ¿no?

—Eso es: Pedrito está que no le llega la camisa al cuerpo; pues dice que si su padre llega á saber la verdad, lo desloma á palos.

Nosotros hemos pensado lo siguiente: acercarnos al señor director, y pedirle que, por esta vez, no dé aviso al padre del rabonero; y después decirle á aquél, si nos pregunta si vimos ayer en la clase á Pedrito, que sí, que realmente estuvo en ella.

Biblioteca Nacional de Maestros

—Tú ves, —añadió Eugeniano—que aun cuando Pedrito haya obrado mal y es un desaplicado, tiene buen corazón y es servicial y buen compañero.

—Sin contar que, las palizas no convencen, pero estropean—dijo Felipe.

—¿Qué nos contestas?

Yo permanecí un momento callado, y, al fin, dije:

—En cuanto á lo primero, os acompañaré gustoso; pero, en cuanto á lo demás, no puedo complaceros.

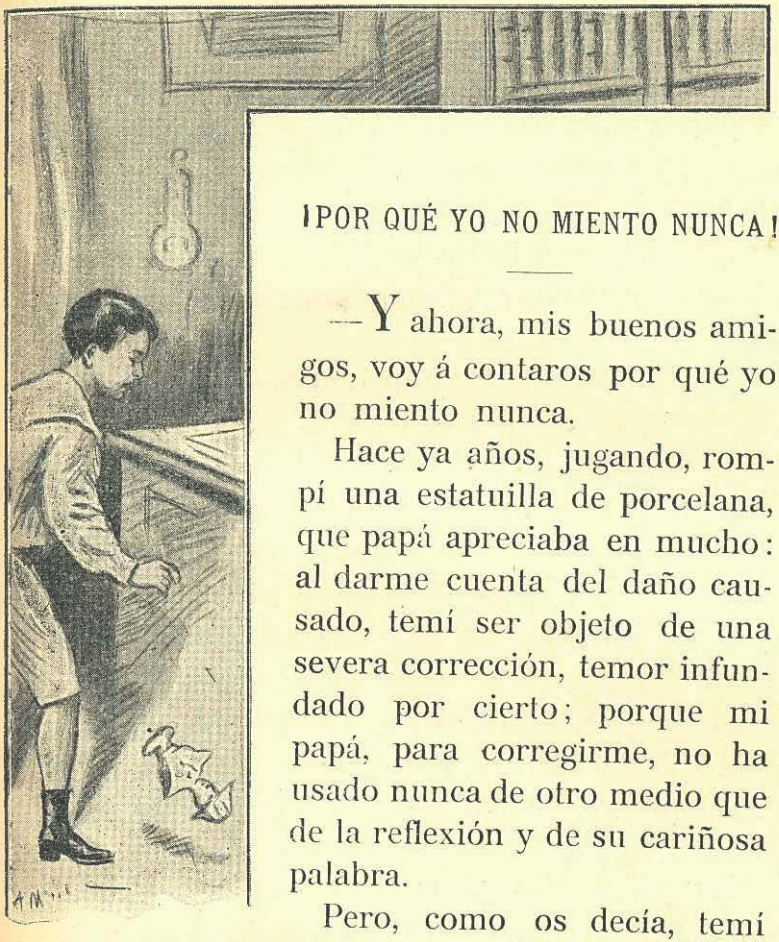
—¡Pero, hombre! ¿Qué te cuesta?

—Como costarme, nada; pero no puedo hacerlo: yo, no puedo ni quiero mentir.

—¡Hombre! esto es indirectamente hacernos un reproche.

—No, es simplemente cumplir con una promesa solemne; y, para que veáis que deseo complaceros en lo posible, procuraré no ser preguntado; y, si no puedo eludir el serlo, le contaré el hecho á papá, á quien respeta mucho el señor Morales, y me empeñaré en obtener el perdón del culpable, siempre que éste prometa no repetir su falta.

Biblioteca Nacional de Maestros



¡POR QUÉ YO NO MIENTO NUNCA!

—Y ahora, mis buenos amigos, voy á contaros por qué yo no miento nunca.

Hace ya años, jugando, rompí una estatuilla de porcelana, que papá apreciaba en mucho: al darme cuenta del daño causado, temí ser objeto de una severa corrección, temor infundado por cierto; porque mi papá, para corregirme, no ha usado nunca de otro medio que de la reflexión y de su cariñosa palabra.

Pero, como os decía, temí esta vez ser castigado; y, para eludir la penitencia que yo creía bien merecida, tomé el peor de los caminos; oculté la verdad, y achaqué

Biblioteca Nacional de Maestros

disimuladamente la falta mía á quien estaba inocente de ella.

—Nene, ¿has roto esa figurita?

—No, papá—contesté—no la he tocado. ¿No habrá sido Florentina?

Papá se calló, y yo creí la cuestión ya concluída; me engañé: unas horas después entró casualmente la sirvienta en el escritorio, trayendo unas cartas, y papá le preguntó:

—¿Ha roto usted esta porcelana, Florentina?

—No, señor, fué el niño, impensadamente; pero no le diga nada al pobrecillo; ¡se ha llevado un susto!...

—¿Usted lo vió?

—Casualmente. Estaba arreglando la sala, cuando oí el estrépito; levanté la cabeza, y por aquel espejo, vi á Albertito, pálido y sin saber lo que le pasaba. Tan afligido le vi, que me hice la desentendida, sin dar muestra de haberme enterado del suceso.

—Papá no preguntó más, pero á la noche, cuando nos encontramos á solas, me miró largo rato, y, con voz más apenada que severa, me preguntó:

—Alberto, hijo mío, ¿por qué me has en-

Biblioteca Nacional de Maestros

gañado? ¿Por qué, cuando te interrogué, no dijiste la verdad? ¿Por qué has mentido?

—¡Papá...!—contesté confuso.—Temí que me castigaras.

—¿Eso has temido? Mal has pensado. ¿Acaso te castigó tu padre alguna vez?

—No,—susurré yo, sintiendo que se me anudaba la garganta, y que las lágrimas me quemaban las mejillas.

—¡Oh, papá! No te apenes: siento mucho haberte privado de la estatua que tanto te agradaba; pero fué sin querer, se me escapó de las manos.

—No es la destrucción de la estatua lo que me apena; es la pérdida de algo de mucho más valor que todas las estatuas del mundo, lo que me llena de aflicción; es que he perdido la fe en ti, en mi hijo, en mi sangre.

Yo no tenía valor de levantar la vista del suelo, ¡tan avergonzado estaba!

—¡Pensar que has podido engañarme! ¡Tener la certeza de que, en lo sucesivo, siempre que afirmes algo, tendré que ponerlo en duda, mirarlo con recelo y prevención; sospechar que, como yo dudaré, podrán dudar los otros de tu

Biblioteca Nacional de Maestros

veracidad y de tu palabra, eso es lo que me llena de tristeza y me hace desgraciado.

El rostro de mi padre, de mi buen papá, expresaba una aflicción tan grande; sus ojos, que jamás tuvieron para mí sino miradas de afecto y cariño, se fijaban en los míos de un modo tan desolado, que yo sentí lleno mi corazón de un dolor muy punzante y muy agudo.

Pero, en aquel instante, una voz muy dulce y lejana, la de mi buena madre, sin duda, me dijo: todas las faltas son redimibles, cuando de corazón deseamos borrarlas.

Alentado por aquella voz, me arrojé en los brazos de papá, y le dije, con acentos que me salieron del alma:

—Papá, papacito mío; no quiero que sufras por mi causa: te prometo que nunca, ¿oyes? que nunca en la vida, volveré á manchar mis labios con una mentira.

Papá, mi buen papá, mírame á los ojos y verás que no te engaño: que te digo la pura verdad.

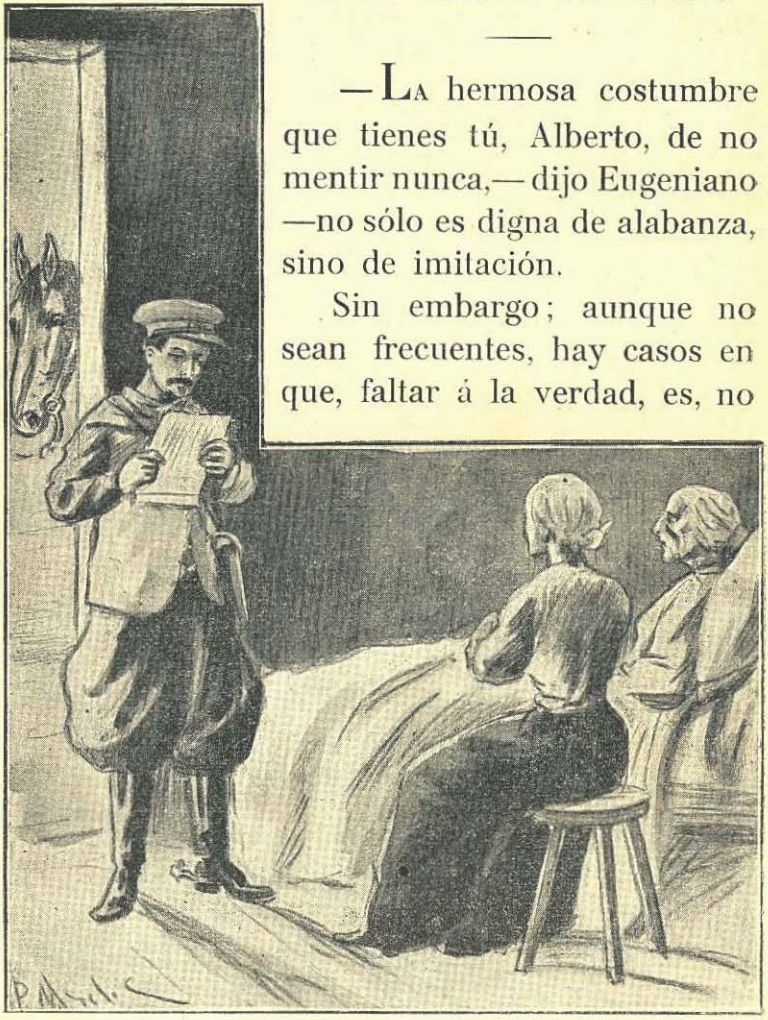
Él me estrechó cariñosamente contra su pecho, y llorando, vencido por la emoción, exclamó gozoso: ¡Te creo, hijo mío; estoy seguro de que ya nunca me has de engañar!

Biblioteca Nacional de Maestros

Y aquí tenéis explicado por qué yo no falto jamás á la verdad; por qué no miento; porque amo á mi padre sobre todas las cosas, y porque preferiría morir mil veces, antes que darle otra hora tan cruel y amarga, como la que entonces le dí.

Biblioteca Nacional de Maestros

¿HAY CARTA PARA MÍ?



—La hermosa costumbre que tienes tú, Alberto, de no mentir nunca,—dijo Eugeniano —no sólo es digna de alabanza, sino de imitación.

Sin embargo; aunque no sean frecuentes, hay casos en que, faltar á la verdad, es, no

Biblioteca Nacional de Maestros

sólo disculpable, sino piadoso y caritativo.

Os lo probará la sencilla historia que un pobre estafetero contó en mi presencia.

—Era yo—empezó diciendo—cartero de uno de los distritos más despoblados de La Rioja, cuando estalló la sangrienta guerra del Paraguay.

Entonces, mi presencia era anhelada en todos los hogares; pues no había una sola familia que no tuviera á alguno de sus deudos guerreando en defensa del honor y de la dignidad nacional.

Cuando llegaba correo, yo realizaba, contento, una tarea abrumadora: sabía que en todas partes se me esperaba con ansia, y esa seguridad me daba energía para hacer la distribución de la correspondencia con una celeridad pasmosa.

Fuí, durante aquella época, testigo de mil alegrías y de infinitas escenas llenas de ternura; en cambio, ¡no fueron pocas las lágrimas que vi derramar y los momentos de dolor que presencié!

Cuando entregaba una de esas cartas simpáticas, cuyo blanco sobre parecía decir: entregadme pronto, qne traigo noticias buenas, caminaba apresurado, deseoso de cumplir un deber grato; pero, cuando el sobre era negro, sentía

Biblioteca Nacional de Maestros

la pena de ser portador de funestos mensajes, y mi paso, entonces, era tardo y cansado: ¡me era penoso llegar!

*
* *

En lo más apartado de la montaña, en un pliegue de la roca, se levantaba un mezquino rancho, que, sólo de milagro se mantenía en pie.

Su única moradora era una viejecita, casi caduca, que, al verme cruzar ante su puerta, se asomaba, preguntando:

—Cartero, ¿no hay nada para mí?

—Nada, señora.

—Ella suspiraba tristemente, y se retiraba abatida.

Era muy pobre; vivía sola, y esperaba anhelante noticias, que no llegaban nunca, de su único nieto, que, como tantos otros, marchó á la guerra sin volver jamás.

Pasaron los meses, luego los años, y la dulce ancianita seguía preguntando: Cartero, ¿no hay nada para mí?

—Nada, señora, respondía yo, apenado.

Un día no la vi: lancé un suspiro de satisfacción, viéndome, siquiera por una vez, libre de darla una desconsoladora respuesta.

Biblioteca Nacional de Maestros

Pasé otras veces, y no la vi tampoco; al fin, resolví preguntar por ella.

Otra anciana, sola y triste también, me contestó: la pobre, muere de pena; está convencida de que su nieto ha muerto, y la acaba la idea de que quizá sus huesos yacen solitarios, sin sepultura ni oraciones, en algún medroso rincón del país que con tanta injusticia y saña nos hace la guerra.

—¿Sabe escribir la señora?—pregunté, acariciando una idea que me acababa de ocurrir.

—Ni escribir ni leer, ¡es como yo!—me contestó, la cuidadora.

Me despedí, y continué mi camino, satisfecho: había concebido el plan de mitigar aquel gran dolor, y me tardaba la hora de realizar mi intento.

Llegué á mi casa, tomé una hoja de papel, y poniendo manos á la obra, escribí como lo hubiera hecho á mi madre, y una vez concluída la carta, la metí dentro de un sobre, más que sobado, ajado.

Peguéle unas estampillas viejas que tenía, y con un corcho y un cobre, imité, lo mejor que pude, los sellos y señales que todas las cartas llevan.

Biblioteca Nacional de Maestros

Satisfecho de mi obra, y gozoso por la alegría que iba á proporcionar á la pobre abuelita, mezclé la carta fraguada con las verdaderas, y me dormí.

Al día siguiente, á primera hora, empecé mi tarea; al llegar á la vista de la pobre vivienda solitaria, me puse á gritar: *¡al fin, hay carta! ¡llegaron las noticias esperadas!*

Mis voces fueron oídas; y la amiga de la enferma salió á recibirme, haciéndome entrar, sin demora, en la choza.

Fatigosamente sentada sobre la pobre yacija, devorándome con los hundidos ojos, que la fiebre abrillantaba, la pobre señora tendió hacia mí las anhelantes manos.

Recibió la carta; la miró atenta; besóla, y después de apretarla contra su pecho, me suplicó que la leyera, lo que hice, hondamente conmovido.

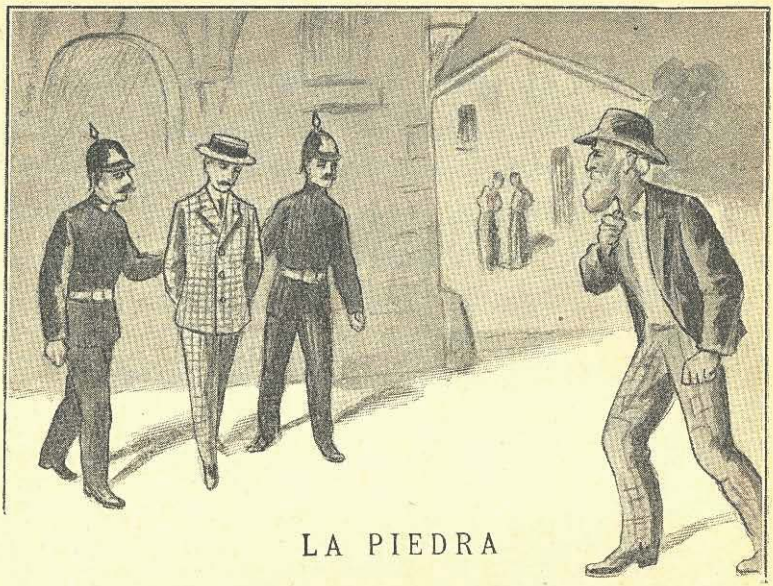
Las cálidas frases de amor y de contento, que yo atribuí al nieto ausente, la sumieron en un dichoso éxtasis; lloró de alegría, rezó sollozando, y, luego, tranquila y serena, se durmió para siempre, consolada y llena de tiernas esperanzas.

En mi vida humilde, — decía el viejo cartero

Biblioteca Nacional de Maestros

—cumplí y me porté siempre como un hombre honrado; llevo hechas en mi paso por la tierra, algunas obras buenas: pero, de ninguna me siento tan orgulloso como de la piadosa mentira con la cual limpié de dolores y alegré los últimos instantes de aquella pobre alma, tan buena, tan humilde y tan simple.

Biblioteca Nacional de Maestros



LA PIEDRA

I

Implorando limosna llegó un mendigo
al palacio de un noble, grande y soberbio;
el magnate no quiso darle socorro
y le dijo al humilde: —¡Márchate presto!...

Mas el pobre, obstinado, no se marchaba,
y entonces el magnate, de orgullo ciego,
agarrando una piedra pesada y dura,
la lanzó á la cabeza del pedigüeño.

El astroso mendigo tomó la piedra,
la estrechó rencoroso contra su pecho

Biblioteca Nacional de Maestros

y murmuró: — La guardo, pero no dudes
de que al correr los años *te la devuelvo.*

II

Y pasaron los años, como las nubes
pasan por los caminos del ancho cielo;
y pasaron los años, y el poderoso
acusado de un crimen se miró preso.

El magnate arruinado yendo á la cárcel
hallóse frente á frente del pordiosero,
y éste sacó la piedra, mas al lanzarla,
reflexionando un poco, la arrojó al suelo.

Y dijo: — Rencoroso guardé esta piedra;
mas fué inútil guardarla por tanto tiempo:
siendo feliz y rico, mucho te odiaba,
hoy, pobre y perseguido... ¡te compadezco!

LERMONTOFF.

Biblioteca Nacional de Maestros

UN PATRIARCA

En las orillas del pueblo, en la vasta y bien cuidada quinta llamada *Las Margaritas*, vive uno de los fundadores de *Tres Lagunas*, buen viejo, de pura cepa criolla, á quien los años no logran arruinar.

Alegre, decidor y jaranista; entusiasta por la guitarra y los cantos de la tierra; idólatra del caballo, sobre el cual aun se sostiene con elegancia y gallardía, se le encuentra siempre donde se ríe, se baila y canta; donde se derrochan el buen humor, el donaire y la juguetona travesura de nuestros hombres de campo.

Pero, don Miguel (así se llama el patriarca),

Biblioteca Nacional de Maestros

que siempre está de broma, se transfigura cuando se habla de su pueblo; entonces, hay en su voz y en sus miradas un suavísimo dejo de afecto y de ternura.

Hablarle de *Tres Lagunas*, es como si se le hablara de algo muy amado y caro.

Si, por desgracia, aflige á la población alguna calamidad, él es el primero que se apresta á combatirla; su bolsillo el primero que se abre, y su persona la más pronta en acudir al trabajo ó al peligro.

Pero, si en vez de horas tristes, son de júbilo y regocijo las que lucen para el pueblo, entonces no hay alegría tan intensa y expansiva como la suya.

Hace muy buenas migas con los chicos, y muy especialmente con nosotros; con los de la parranda, como cariñosamente llama á nuestro grupo.

Con Rafael suele tener diálogos muy sabrosos

—¡Hola, capataz,—le dice:—¿qué está ideando esta cabeza?

—Nada, don Miguel, ¿por qué me pregunta eso?

—Pues, porque verte á ti tan calladito, es cosa de milagro.

Biblioteca Nacional de Maestros

—Si yo éstoy siempre así.

Ya será zonzo el que te crea. Tú has nacido para moverte y dar guerra: á ser pájaro ¡chingolo clavado!

Por mí tiene predilección marcada; me cuenta cosas del pasado, costumbres del tiempo viejo, y mil cosas tan curiosas como agradables.

—Don Miguel,—le pregunté un día;—¿por qué quiere usted tanto á este pueblo?

—Porque lo he visto nacer; porque me cuesta muchos sacrificios, y, muy especialmente, porque he sufrido mucho en él. ¡Si supiérais...!

—Cuéntenos eso, don Miguel—le dijimos, casi en coro.

—Pero, ¿qué os voy á contar á vosotros, criaturas, ni qué pueden interesaros los recuerdos de un viejo, que ya tiene arreglado el equipaje para el último viaje; á vosotros, chiquilines, que no pensáis en otra cosa que en jugar y divertiros?

—No, don Miguel, usted nos juzga mal. Á nosotros nos interesa todo lo que usted nos dice.

—¡Qué me cuentas, muchacho,—contestó él, un poco zumbón!

—La verdad, don Miguel, todos estamos pen-

Biblioteca Nacional de Maestros

dientes de sus labios, cuando usted nos relata algo.

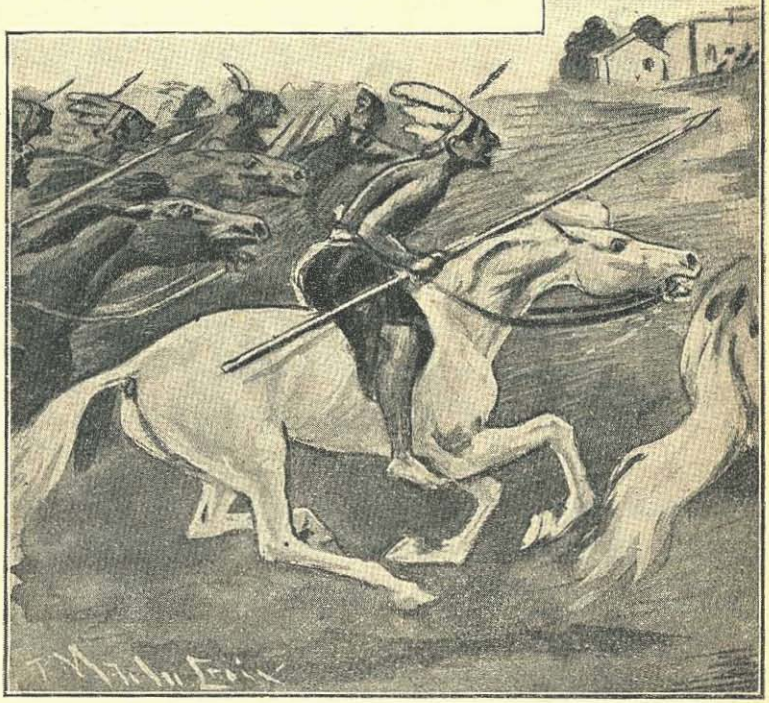
—Vaya, pues, si es así, no habrá más remedio que complaceros.

Todos nos acomodamos para oir mejor.

Biblioteca Nacional de Maestros

EL NACIMIENTO DE UN PUEBLO

Vosotros, no podéis figuraros qué aspecto presentaba, cincuenta años atrás, este rincón de la pampa, donde hoy se levanta la risueña y próspera población de San Martín de las Tres Lagunas.



Biblioteca Nacional de Maestros

Ahora os deleitáis con el aspecto de sus frescas huertas, con el encanto de sus arboledas y con la vida y movimiento que reina en todas partes: cincuenta años atrás, esto era un desierto, donde empezaban la soledad y el silencio, interrumpidos, únicamente, por el ulular del viento, y, de cuando en cuando, por el grito de las aves errantes ó de los perros cimarrones.

Todo eso lo creamos, á fuerza de trabajo y perseverancia, arrostrando riesgos y peligros, y á costa de dolorosas y constantes penalidades, un grupo de animosos criollos que vinimos á probar fortuna á esas llanadas espléndidas, disputándoselas al salvaje, entonces su único señor y dueño.

Construímos unos miserables ranchos, y luego empezamos á roturar la tierra; todo iba bien, cuando un día, un rumor lejano se dejó oir, y en el horizonte apareció una especie de nube, denza y rojiza,

—¡Los indios!—gritó un santafecino, que conocía muy bien los signos precursores del malón.

—¡Sí, eran ellos! Yo no podría pintaros los horrores de la invasión, porque ésta, es una de

Biblioteca Nacional de Maestros

las muchas cosas que son para vistas, no para explicadas.

Fué como una visión espantosa; llegaron en número inmenso, acostados sobre el lomo de los caballos, unos; otros, muy erguidos, blandiendo la mortífera lanza, y, todos, sin excepción, gritando espantosamente como si fueran demonios.

Mataron, destruyeron y arrasaron cuanto á su paso hallaron, haciendo gala de refinada crueldad.

Cerca del ombú que da sombra á la casita de doña Nicanora, la lavandera, allí lancearon á mi pobre mujer y al menor de mis hijitos; y donde está la botica del Progreso, degollaron á un infeliz vecino que pretendía recuperar dos hijas suyas, que los invasores se llevaban cautivas.

Al retirarse, aquellos desalmados, el pueblo era un montón de ruinas: cuando nos reunimos en la plaza, entonces nos dimos cuenta de nuestra desgracia; no había familia que no llorase á alguno de los suyos, muerto ó cautivo.

Empezamos de nuevo la tarea; pero, aleccionados por la experiencia, nos armamos mejor,

Biblioteca Nacional de Maestros

abrimos zanjas al rededor de nuestras viviendas, y, con gran trabajo, construímos dos edificios de azotea, donde pudieran guarecerse, en caso de necesidad, los niños y las mujeres.

Cuando, después de escarmentarles, logramos tener á raya á los bárbaros, una espantosa sequía que arruinó los campos, nos hundió en la miseria; y, como una desgracia nunca viene sola, cuando ya no podían remediar nuestro mal, sobrevinieron lluvias torrenciales y prolongadas, y con ellas, la inundación, con su cortejo de luto, desolación y espanto.

—Caramba, don Miguel,—dijo Eugeniano; ¿por qué no se fueron á otra parte, á otra tierra menos ingrata?

—Sencillamente; porque estábamos encariñados con nuestra obra, y porque la tierra de nuestras preferencias es siempre aquella que está regada con nuestro sudor, nuestra sangre y nuestras lágrimas.

Así, luchando siempre, soportando invasiones, epidemias, pérdidas de cosechas y otras plagas, reconstruyendo repetidas veces nuestro hogar, conseguimos transformar, lo que fué un fragmento de inhospitalaria estepa en un emporio de prosperidad y riqueza; en una población

Biblioteca Nacional de Maestros

alegre y feliz, llena de movimiento y de vida.

Yo la he visto crecer, desarrollarse y embellecerse; no hay en *Tres Lagunas*, ni un ladrillo, ni una pulgada de tierra que no despierte en mí un recuerdo amargo ó grato; pero siempre vivo y emocionante.

Por esto amo tanto á mi pueblo; porque he contribuído á crearle y á darle el grado de esplendor que logró alcanzar, y porque es una prueba concluyente del poder, energía y espíritu de empresa de nuestra raza: porque es justo y conveniente que sepáis, hijos míos, que, así como se ha formado y engrandecido *San Martín de las Tres Lagunas*, así han nacido y progresado infinitos pueblos que son hoy justo y noble orgullo de la gran Patria Argentina.

Biblioteca Nacional de Maestros

LA ESCUELA DE ADULTOS

Por iniciativa del doctor Cámara, prestigiada por todo el vecindario de Tres Lagunas, se abrirá, mañana, una escuela de adultos que, á juzgar por el interés con que de ella se habla, se ha de ver muy concurrida.

Papá inscribió á Jesús, que está loco de alegría; pues dice que no tendrá mayor satisfacción, ni día más feliz, que aquel en que pueda leer, por sí mismo, las cartas de su mamá, y contestarlas de su puño y letra.

Otro de los inscriptos es don Giovanni, el quin-

Biblioteca Nacional de Maestros

tero de la casa, que concurrirá acompañando á su hijo, mozo de diez y siete años.

Es realmente notable el afán quee para instruirse demuestran esos hombres, algunos con canas en la cabeza.

Don José nos decía hoy, hablando de este asunto, que estos hombres se disponen á estudiar con entusiasmo, porque la vida, con sus amargas lecciones y duras experiencias, les ha demostrado que, de todas las desgracias que pueden afligir á un hombre, la ignorancia es la peor.

—El ejemplo de estos pobres trabajadores que, después de un rudo trabajo, en vez de holgar, como otros, ó de marcharse al almacén á envenenarse con el odioso alcohol y á embrutecerse con el vulgar juego de los naipes, vienen á la escuela para aprender lo que un niño de segundo grado sabe, debe ser, para ustedes un motivo de reflexión.

Ustedes son muy felices, teniendo padres que se preocupan de su educación, y que hacen sacrificios para que nada les falte.

—Pero,—ha dicho Rafael;—puede ser, señor, que estos hombres hayan sido unos desaplicados que no hayan querido estudiar...

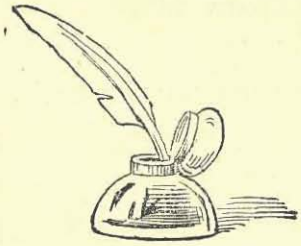
—Es más probable que sean otras las causas

Biblioteca Nacional de Maestros

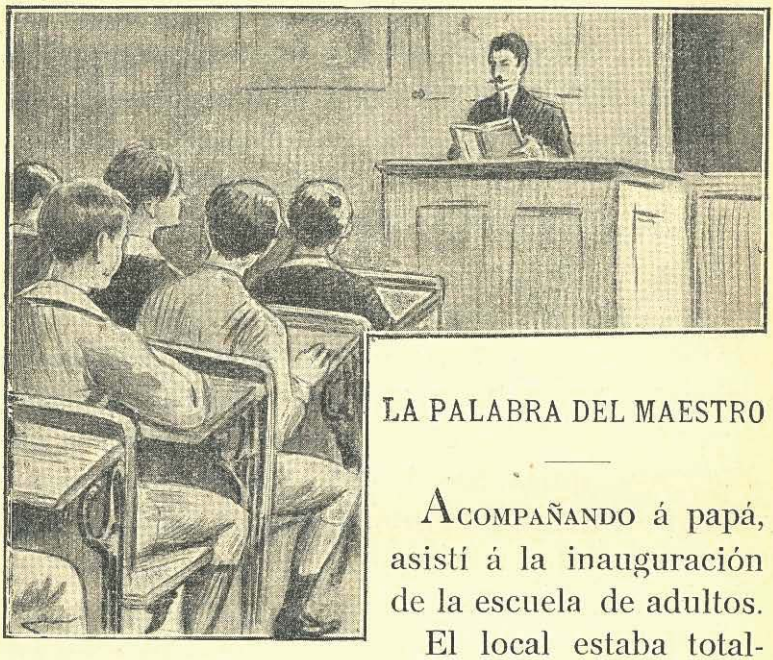
de su ignorancia; es posible que no hayan podido ir á la escuela; es casi seguro que muchos de ellos habrán tenido que trabajar desde muy pequeños.

Quizá en la edad en que otros niños, más felices, no hacían otra cosa que jugar, ellos ganaban ya su pan.

Pero, si las cosas hubieran pasado como tú supones, Rafael, su conducta actual, el ansia de aprender de hombres lo que descuidaron cuando niños, no haría otra cosa que justificar lo que yo he dicho; esto es, que á cierta edad, se comprende que no hay desgracia que supere á la de ser un ignorante.



Biblioteca Nacional de Maestros



LA PALABRA DEL MAESTRO

Acompañando á papá, asistí á la inauguración de la escuela de adultos. El local estaba totalmente lleno: un gran número de vecinos asistían á la ceremonia, dando, con su presencia, una prueba de simpatía hacia los obreros que, en cierto modo, vienen á empezar una vida nueva.

Á las siete, apareció en su tribuna, el director, mostrando claramente el júbilo que le poseía; y, después de saludar á las autoridades y á la concurrencia, sonrió á sus alumnos, y les habló así:

"Mis queridos compañeros: Aprecio lo que

Biblioteca Nacional de Maestros

representa vuestra presencia en estos bancos y en estas aulas que santifica la niñez y ennoblece el trabajo, y os ofrezco poner toda mi energía y buena voluntad, en conseguir que nunca os arrepintáis de haber venido.

" Yo no seré vuestro director, seré, simplemente, uno de vosotros; trabajaremos juntos, y espero tener la dicha de lograr que, al abandonar las aulas, una mi corazón al vuestro, el lazo inquebrantable y firmisimo de la amistad.

" La santa ley del trabajo y el ansia de mejorar, son, quizá, los más poderosos resortes del progreso moral y material de las sociedades.

" Trabajar en común, vencer juntos una dificultad, perseguir un ideal que á todos enamora, cosas son que, engendran el mutuo aprecio y enseñan á los hombres á conocerse y amarse.

" No me miréis cómo á un funcionario á quien el Estado confía la misión de instruiros; no, miradme como á un hermano; como á un obrero que, aunque en orden distinto, trabaja como vosotros.

" Si tenéis una pena, confiádmela; si sentís un momento de duda, ó si el desaliento os invade, buscadme; si tenéis una alegría, hacédmela saber para que yo goce, sabiendo que sois dichosos, y

Biblioteca Nacional de Maestros

en todos los instantes de la vida, en todos los momentos de prueba, sabed que tenéis un alma amiga, que sól lesea vuestro bien y vuestra felicidad.

" Y, ahora, que á todos os he manifestado mi sentir, abriéndoos, de par en par, las puertas de mi corazón, permitidme que os diga algo muy importante acerca *de vuestra obligación.*

" Veo, entre vosotros, rostros que denuncian al vigoroso campesino de nuestras llanuras; al argentino de pura sangre, altivo, generoso, enérgico y leal; y á su lado, á hijos de la madre patria; á honrados y laboriosos italianos, y á hombres de otras regiones y de otras razas.

" Vosotros, los argentinos, mis compatriotas, tenéis el deber de ser justos, corteses y galantes con los extranjeros, á quienes el destino aleja de su patria: ¡vosotros que amáis con idolatría la vuestra, debéis comprender cuán doloroso les habrá sido á ellos dejar la suya!

" Ellos vienen á confundirse con nosotros en las duras luchas por la vida, y por el progreso, ayudándonos á explotar nuestro suelo, y á desarrollar las ingentes fuentes de riqueza con que la Naturaleza ha favorecido á nuestra patria.

" Forman aquí su hogar, crean una familia y

Biblioteca Nacional de Maestros

acaban por confundirse con nosotros, conquistados por la liberalidad de nuestras leyes, la hermosura de nuestro suelo y la gentileza de nuestro carácter.

" Y vosotros, hombres de todos los países y de todas las razas, que encontráis en esa tierra de libertad, campo fecundo en que emplear vuestras energías, no olvidéis nunca que os recibimos con los brazos abiertos; que os miramos con profunda simpatía y con fraternal afecto.

" Pensad que cuando venís, huyendo de leyes, quizá demasiado rígidas, de comarcas donde la vida es precaria y dolorosa, no os preguntamos ni quiénes sois ni por qué venís; sino, qué es lo que sabéis hacer, en qué podéis trabajar.

" Tampoco os pedimos nada; os confundimos con nosotros en el goce de libertades y leyes, cuya conquista nos costó muchas penas y mucha sangre, y, en pago de estos beneficios, sólo os pedimos que nos améis.

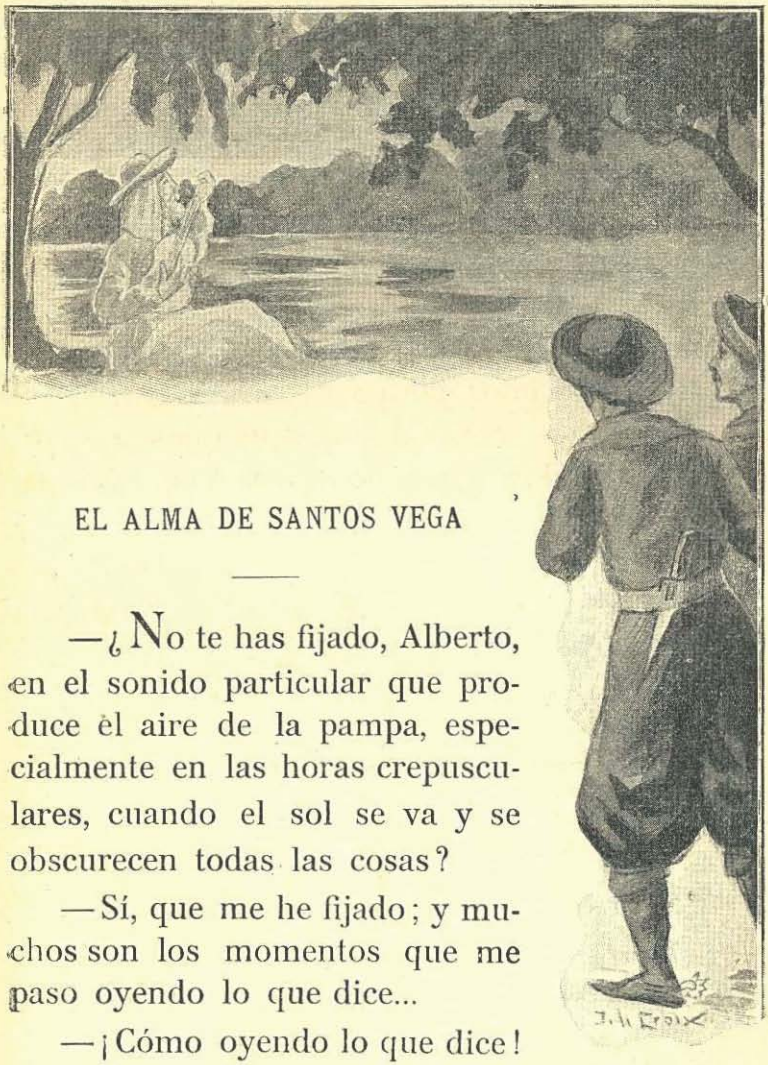
" No borréis nunca estas verdades de vuestra memoria; pues, si ingratos las diérais al olvido, nos causaríais un mal muy grande; irreparable quizá, nos haríais dudar de la eficacia del bien, y borraríais de nuestro corazón la hidalguía, la

Biblioteca Nacional de Maestros

bondad ingénita, que es la más hermosa y simpática faz de nuestro carácter.

"Hombres de buena voluntad, argentinos y extranjeros; vivid felices, contentos y en paz, protegidos por nuestro incomparable cielo, confundiéndoos en las luchas fecundas del trabajo, guiados por la misma generosa idea; la de labrar el poderío y la grandeza de esta nación buena, magnánima y generosa que, á todos debe seros cara; á los unos, porque es vuestra patria, á los otros, porque será la de vuestros hijos, y á todos, porque á todos tiende, noble y serena, el amparo amoroso de sus brazos."

Biblioteca Nacional de Maestros



EL ALMA DE SANTOS VEGA

—¿No te has fijado, Alberto, en el sonido particular que produce el aire de la pampa, especialmente en las horas crepusculares, cuando el sol se va y se obscurecen todas las cosas?

—Sí, que me he fijado; y muchos son los momentos que me paso oyendo lo que dice...

—¡Cómo oyendo lo que dice!

—Sí, —y lo repito; —oyendo lo que dice.

Biblioteca Nacional de Maestros

—¡Pues, hombre! Yo no llego á tanto: á veces me parece oir algo como una canción, como un suspiro...

—¿Todo eso oyes, Eugeniano, y dices que no comprendes lo que el aire pampeano dice?... Pues si eso es, precisamente, lo que hace; cantar, gemir, repetir una leyenda.

—¡No digas!

—¡Bah! Escúchame y vas á convencerte.

—¿Qué vas á contar?

—Una hermosa tradición que papá me hizo leer, hace tiempo, y que no he olvidado nunca.

Dicen que hace muchos, muchísimos años que, siempre solitario y ensoñador, vagaba por la inmensa llanura argentina, un misterioso gaucho, de gentil apostura y extraordinaria belleza.

Siempre aislado y retraído, jamás se le vió en compañía de nadie; sólo cuando algún payador levantaba fama ó cobraba renombre, sólo entonces se veía la cara al misterioso paisano; al famoso Santos Vega, *aquél de la larga fama*, como aun le llama el pueblo.

Empeñábase la artística lucha: *tristes nunca oídos, cielitos no escuchados*, dulces como aleteos de ángel, salían de los labios de Santos Vega; cantos que, entusiasmando á los oyentes,

Biblioteca Nacional de Maestros

anonadaban al rival, quien, sorprendido y desconcertado, acababa siempre por declararse vencido.

Entonces, el cantor prodigioso, sin dar muestras de jactancia ni de orgullo, retirábase en silencio; montaba á caballo, y, lentamente, se alejaba, hasta perderse en la sombra.

Pero un día, día fatal, en que el paisano-poeta sintiendo necesidad de cantar, daba al viento notas llenas de sentimiento, vino á desafiarle el payador Juan Sin Ropa, gaucho de nadie conocido, de faz maligna y mirada aviesa.

La payada fué larga y empeñada dicen que duró tres días con sus noches, y que al fin, Juan Sin Ropa, que resultó ser el mismo diablo, rodeándose de una nube de fuego, cantó un himno embriagador, de infinita armonía, que parecía encerrar en sus estrofas todo el sentimiento y toda la inspiración de un alma sobrehumana.

Santos Vega le oyó subyugado, y cuando el diabólico trovador dió fin á su canto, cerró los ojos é inclinó la cabeza; ¡le habían vencido y le mató el vencimiento!

Desde entonces, su alma entristecida vaga inquieta, mecida por los vientos, mientras modula cantos de infinita tristeza, de vaga y tierna melancolía.

Biblioteca Nacional de Maestros

Los paisanos viejos, los que viven de recuerdos, los adoradores del pasado, dicen que Santos Vega no murió, y que puede vérsele aún en las sombrías arboledas, ó tañendo su guitarra en las márgenes de los arroyos, cobijado por un rojo ceibo, ó en el borde de las lagunas, á la sombra de un espeso sauce.

—Y, ¿será verdad que Santos Vega vivió?

—No son pocos los que así lo creen: otros aseguran que no, que es únicamente la personificación de la vieja alma argentina, que entona la canción de los antiguos recuerdos; canción que aun conmueve los corazones de los que aman las tradiciones y las visiones hermosas del pasado.

Biblioteca Nacional de Maestros

MÁTER CARISSIMA

Fueron muchas las gentes que al mirarla
Sobre el lecho, morir,
Dijeron con pesar: "¿Por qué llorarla?
Sólo debe dormir."

Pues de los buenos la virtud impone
Supersticioso amor,
Y á los rápidos días sobrepone
Un inmortal fùlgor.

Estrella de la casa florecida,
Su Evangelio de Luz,
Fué pensar: En las sendas de la vida
El que sufre, es Jesús.

Cantemos al Señor en el doliente
Con obras de bondad;
Cruce el rumor de la divina fuente
Sembrando claridad.

Y conservó, negándose el consuelo
Solamente, á sí misma,
Dolor humano con visión de cielo
En armonioso prisma.

Biblioteca Nacional de Maestros

Si á otros en flores transformaba abrojos,
Sobre cruz invisible,
Se obscurecieron de llorar sus ojos
Evocando, apacible,

Los ojos que apagados por la muerte
Robaron su alegría,
Haciendo de sus horas una suerte
De viviente elegía.

Al cultivar congojas maternales,
Su duro torcedor
Fué casi misticismo con raudales
De espiritual fervor.

Vaso de claridad y de hermosura
Su corazón amado,
Dió á pesar de la densa rasgadura
Siempre un son delicado,

Hasta que él mismo le apagó la vida,
Dejando libre el vuelo,
A su espíritu raro de elegida
Con las alas del cielo...

Lo saben los que evocan en la tienda
Familiar, su alto ejemplo,
Como quien mira perfumada ofrenda
En la nave de un templo.

Biblioteca Nacional de Maestros

Hoy no quiero pensar en su ternura,
Pues no quiero que el llanto,
Venga á turbar la límpida tersura
De su recuerdo santo:

Al decir que su paso fué profundo,
Siendo humilde escondida
Su acción de luz: ¡reconcilió en el mundo
Á muchos con la vida!

ÁNGEL DE ESTRADA (hijo).

Biblioteca Nacional de Maestros

EL PRIMER CENTENARIO

DE LA REVOLUCION DE MAYO

En la próxima semana, partiremos para Buenos Aires: papá quiere que asistamos á las fiestas del primer centenario de la Revolución de Mayo, pues dice que ningún argentino puede dejar de presenciar una solemnidad tan grande.

Y tiene razón: el señor director de la escuela decía ayer, hablando del asunto, que no solamente es un deber de todos los habitantes del país, hayan ó no nacido en él, asociarse á las fiestas de la conmemoración, por amor ó por agradecimiento, sino porque quizá ninguno de los que hoy viven podrán presenciar otra igual.

Biblioteca Nacional de Maestros

Voy, pues, á recorrer los mismos lugares y á rehacer, aunque en sentido inverso, el mismo camino que hice hace dos años, cuando papá fué por nosotros á la capital, para instalarnos definitivamente en Tres Lagunas.

¡Qué diferencia entre aquellos días, ya lejanos, y los presentes!

Entonces, no conocía á nadie, ni nada había que me ligase al pueblo: hoy es diferente.

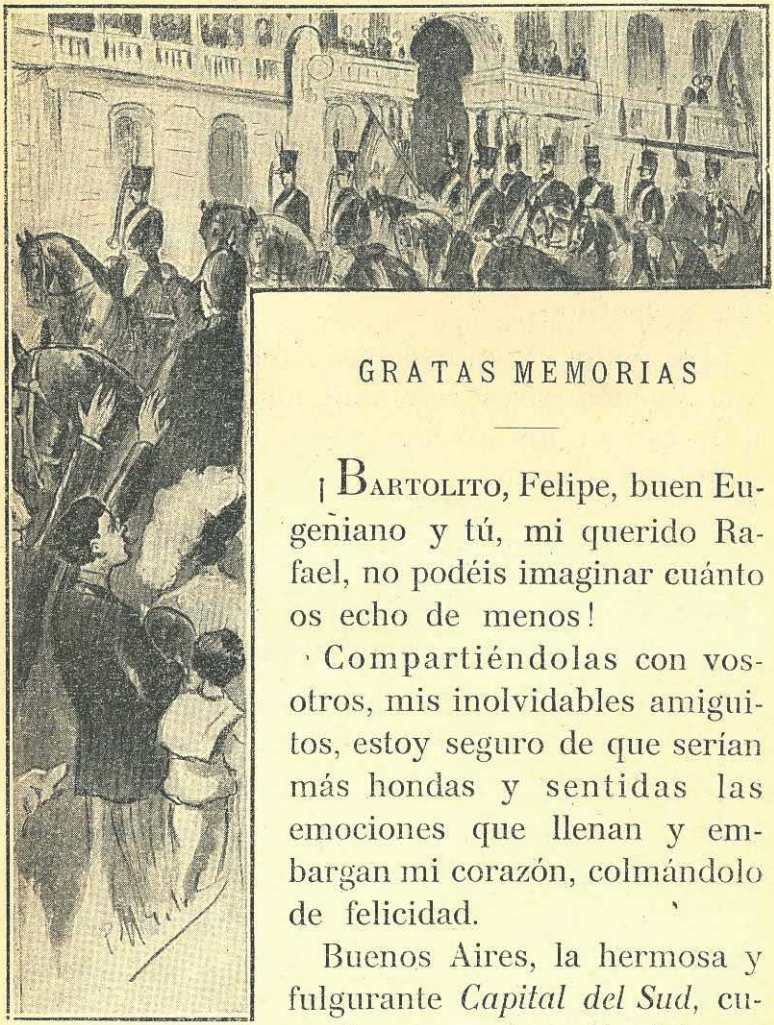
Dejo en él personas que me quieren; amiguitos á cuya amistad permaneceré fiel toda la vida, y llevo dentro de mí la visión de los campos, de los habitantes que los pueblan y la sensación suavísima de paz y de bienestar que en aquel amado rincón reina y domina.

Pero, voy contento: veré, durante mi breve ausencia, festejos y ceremonias imponentes; las múltiples y expresivas demostraciones de cariño que á nuestra nación, *nueva y gloriosa*, prodigarán los pueblos todos del Universo, y sentiré, á la vez, gozo y orgullo al contemplar la expansión y desarrollo de nuestra riqueza y de nuestra industria; de nuestra civilización y de nuestra fuerza; de todo cuanto ha creado un siglo de libertad y de trabajo.

Biblioteca Nacional de Maestros

Estas manifestaciones y tales espectáculos, que no olvidaré, seguramente, mientras viva, serán, para mí, una gran lección y un motivo de patriótica arrogancia; pues revelarán á mi alma juvenil, lo que significa y vale mi nacionalidad.

Biblioteca Nacional de Maestros



GRATAS MEMORIAS

¡Bartolito, Felipe, buen Eugeniano y tú, mi querido Rafael, no podéis imaginar cuánto os echo de menos!

Compartiéndolas con vosotros, mis inolvidables amiguitos, estoy seguro de que serían más hondas y sentidas las emociones que llenan y embargan mi corazón, colmándolo de felicidad.

Buenos Aires, la hermosa y fulgurante *Capital del Sud*, cubierta de banderas, de arcos, de gallardetes y de caprichosos adornos, parece, de día, un co-

Biblioteca Nacional de Maestros

losal ramo de flores; y, de noche, una joya de inconcebible magnificencia, que refulge más que el sol y que esplende con la brillantez de todos los luceros.

En todos los rostros se retratan la placidez y la alegría: y todas las almas se agitan en un mismo sentimiento de profundo amor á la patria argentina.

Es tanto el entusiasmo, que puede decirse que Buenos Aires vive cantando: cantan los niños, cantan los jóvenes y cantan los ancianos, y todos lo mismo: ¡el Himno! nuestro sagrado y majestuoso Himno.

Para saludar á nuestro pueblo, han formado en las calles soldados rusos, alemanes, españoles, chilenos, norteamericanos, japoneses, austriacos, franceses y portugueses; y en la revista naval, han desfilado frente á nuestro Presidente y acompañando á nuestros acorazados, naves de guerra de todas aquellas naciones, que nos han honrado con su visita.

Viendo cómo somos amados, cuánto se nos respeta y lo que representamos en el mundo, he comprendido cuánto vale y cuánto significa nuestro país, y lo mucho que debe enorgulle-

Biblioteca Nacional de Maestros

cernos tener la gloria de haber nacido en esta patria, grande por sus virtudes y su civismo.

Hoy ha despedido el pueblo á varios de los hombres notables que, en representación de reyes y de viejas nacionalidades europeas y americanas, han asistido á las grandiosas fiestas del Centenario.

Á todos se les mostró simpatía, cordialidad y afecto; pero, para una de estas personas, han tenido los argentinos, además de respetuosa deferencia, un sentimiento de complacencia y de ternura.

Acompañada del Presidente de la Nación, una dama gentil, blanco el cabello, conmovido el rostro bondadoso, saludaba con cariño al pueblo que la vivaba entusiasmado.

—Salúdala, Bertito, —me dijo papá—levantándome en alto, mírala, mírala bien.

—Y, ¿quién es, papá, esta señora?

—Es la infanta Isabel.

—Y ¿por qué se la saluda con tanto entusiasmo y cariño?

—Porque es la primera persona de la real familia española que ha visitado el suelo de América desde que Colón la descubriera; porque hoy, que somos libres é independientes,

Biblioteca Nacional de Maestros

grandes y respetables, viene ella, la descendiente de cien reyes, atravesando los mares, á traernos el abrazo fraternal de los españoles, y los votos que por la felicidad y la grandeza de sus hijas, hace la noble madre patria, la gloriosa nación española.

Biblioteca Nacional de Maestros

ÍNDICE

	Página
Papá se ha ido	5
¡Padre mío!	8
El niño vestido de rojo	12
¡Pobre viejecita!	15
Lo que es la patria	18
¡Nuestra alma será un altar!	22
Regreso de papá	25
Un nuevo hogar	29
La limosna	32
En la escuela	34
Nada es inútil	38
Respeto á la vida	43
Entre amigos—I. Las vacas de Martinchu	46
II. La mula de Bautista	50
Corriendo por los prados	55
La lección de la hoguera	60
Gotas de agua	65
Un concurso de composición	67
¡Todo llega...! ¡Todo acaba...!	71
La cigarra y la hormiga — (Pensamiento de Apeles Mestres)	74
La leyenda del petirrojo	78
Un grillo que nunca calla	80
¡Todos contentos	83
Historia de una madre — (Reducción de un cuento de Ánderson)	87
«La Verdad»	93
Mi «chacrita»	96
Una visita	99
Cómo se cuida un canario	103

Biblioteca Nacional de Maestros

Páginas

Soliloquio de un chingolo 107
Palabras malsonantes 111
El sueño del pescador 114
¡La patria pasa! 119
Bandera de la patria 122
Los jinetes argentinos 123
Una borrasca 126
Los faros 129
Noche fúnebre — La muerte en el faro 132
Héroes humildes — El bombero de Nueva York 136
El correo de los Andes 140
Una desgracia 143
Un horrible y odioso veneno 146
El secreto 149
Carta de España 152
Un terceto simpático 156
Riña de santos — Reducción y adaptación de un cuento catalán 162
Un cuento del libro — Curiosa historia de una mujer que siempre encontró bueno todo lo que hacía su marido 168
Un asunto difícil 174
¡Por qué yo no miento nunca! 177
¿Hay carta para mí? 182
La piedra 188
Un patriarca 190
El nacimiento de un pueblo 194
La escuela de adultos 199
La palabra del maestro 202
El alma de Santos Vega 207
Máter Carissima 211
El Primer Centenario de la Revolución de Mayo 214
Gratas memorias 217

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

000757

Biblioteca Nacional de Maestros

1385

LL
1920
AUB